
3 1761 06566392 4


BRIEF
EA
0024951

VIAJES Y AVENTURAS

...ELES ROJAS
...EL MISSOURI



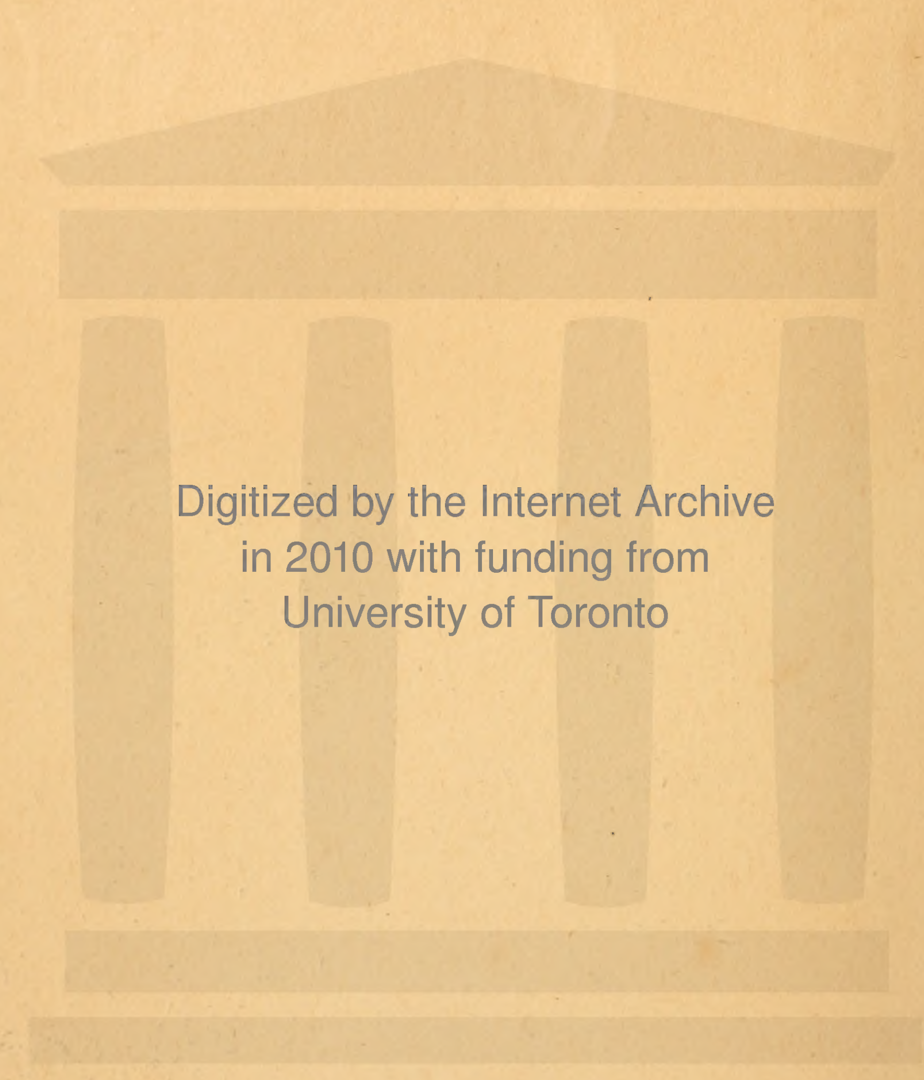
...r indó-
...na raza
...que pre-
...erminio
...nación,
...as pági-
...e relato
...n colo-
... en sin-
...ad.

...HYMPER

...STRADA
...ESANTES
...OS

J. BALLESTA - EDITOR

VICTORIA 2158
BUENOS AIRES



PIELES ROJAS DEL MISSOURI

POR

CATLIN Y WHYMPER

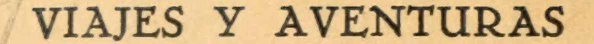
TRADUCCION DE

R. ROVIRA VILELLA



JOSE BALLESTA
EDITOR

VICTORIA 2158
BUENOS AIRES



VIAJES Y AVENTURAS

★

TITULOS PUBLICADOS:

1. - EL CONTINENTE MISTERIOSO. (Primera parte.)
2. - EL CONTINENTE MISTERIOSO. (Segunda parte.)
3. - LA INDIA DE LOS RAJAHS.
4. - TRAGEDIAS DEL MUNDO POLAR.
5. - EXPLORACIONES DEL AMAZONAS.
6. - POR TIERRAS DE CANIBALES.
7. - TEMPESTADES Y NAUFRAGIOS.
8. - LA CHINA MILENARIA.
9. - UNA EXCURSION POR TIERRA SANTA.
10. - PIELES ROJAS DEL MISSOURI.

EN PRENSA NUEVOS TITULOS.

EDITADO EN LA REP. ARGENTINA

PRINTED IN REPUBLICA ARGENTINA

Compañía Impresora Argentina, S. A., Alsina 2049 - Buenos Aires.

PROLOGO

Hay un momento en la vida de todos los pueblos, en que la historia, la leyenda y la tradición se confunden. Es en el instante de plenitud de las razas, unas veces, o en el de su decadencia y extinción, otras.

Cuando las conclusiones de la ciencia coinciden con las exaltaciones épicas y líricas que el romance transmite y el pueblo canta, esos pueblos, cualesquiera sean ellos, han colocado una piedra miliar en los lindes de su historia. Piedra que a veces se yergue en obelisco triunfal, para caer más tarde en el mismo sitio, como mármol mortuorio.

Nadie ha podido establecer el origen real de las razas americanas del Norte, cuyos puntos de contacto con algunas asiáticas es, sin embargo, tan evidente; pero su extinción, no hace todavía un siglo ocurrida, es un suceso como si dijéramos de ayer.

Los pieles rojas del Missouri y los que durante mucho tiempo se defendieron de la arrolladora influencia europea a orillas del Yukon, en una extensa zona del Canadá y Alaska, desfilan todavía con una aureola deslumbrante de luz y color épicos, por las páginas de mil relatos fantásticos, por la pantalla de todos los cinematógrafos donde se persiga la nota sensacional, y exigen —por tener caudal étnico que a todo el mundo interesa— un sitio de preferencia en todos los museos.

Sin embargo, de la vida real de esta raza, se sabe mucho menos de lo que se pretende y se ha olvidado algo más de lo que convenía tener presente. Cuando de una raza extinguida quedan algunas fantasías seductoras, es más cómodo quedarse con la fantasía que con la realidad. Sin embargo, ¡cuánto mejor no es la belleza de la realidad, no despojada enteramente de las ensoñaciones que le son, por ley natural, inseparables! . . .

Es lo que hemos elegido de los pieles rojas para este volumen. A saber: lo que dos testigos presenciales del último período de vida de un pueblo belicoso y bello, han escrito en dos trabajos de indiscutible valor documental.

Los señores Catlin y Whymper van a decirnos lo que vieron de los pieles rojas, en el año de gracia para el florecimiento industrial de

un gran pueblo como el norteamericano, y van a decírnoslo sin pensar en que, con su relato, estaban haciendo historia.

De 1860 en adelante, se produce en el oeste norteamericano un movimiento de inmigración asombroso. Aquellas antes áridas y desiertas tierras, cruzadas de tarde en tarde por las hordas salvajes, que luchan por su propia destrucción, como si quisieran servir a la ley fatal que ha de borrar su perfil de entre los vivientes, se van poblando de gentes pacíficas pero valerosas, que vienen tras un espejismo que para muy pocos será realidad, pero que para todos importa un cambio fundamental de existencia: el oro.

Los mismos artistas —porque artistas son los que trazan los relatos que van a seguir— se ven envueltos y afectados por la fiebre del oro que todo lo consume, que todo lo cambia, que lo conmueve todo. Y mientras el vapor, la electricidad, el telégrafo y las armas de fuego van forjando, en su respectivo campo de acción, las características distintísimas de una sociedad nueva, allá en medio de las Montañas Rocosas, junto a las cataratas escalonadas de uno de los más grandes ríos del mundo, una pobre raza que ha olvidado su historia, pero que se aferra desesperadamente a sus más bárbaros fanatismos, agoniza.

El valor documental que tienen los relatos de los dos viajeros nombrados no es solamente fruto de su honrada manera de ver y apreciar las cosas, sino del mérito de ilustrar gráficamente con admirable destreza todo aquello que consideraban útil para el futuro. Su trabajo es algo más que fotográfico, es interpretativo.

No vacilamos en afirmar que el lector sabrá extraer de estas páginas, junto con el valor informativo y ya histórico que el relato tiene en sí, el interés y el encanto emocionado con los cuales las dos narraciones fueron concebidas.

El Editor.

PIELES ROJAS DEL MISSOURI

Para las personas que viven en la ribera del Atlántico, el origen de la población americana parece resultarles un problema misterioso, y numerosos volúmenes escritos alrededor de este asunto han salido ya de los cenáculos científicos de Europa y de los Estados Unidos. Un solo viaje por las aguas septentrionales del Océano Pacífico hubiera, sin duda alguna, abreviado en gran manera las indagaciones realizadas por todos estos autores.

El litoral del continente americano, situado frente al Asia, se halla cortado por innumerables canales y "fiords" profundos, que penetrando en una gran extensión en las costas, forman vastos archipiélagos, y un litoral casi único, por su extensión, en el planeta. Todos estos parajes se hallan habitados por numerosas tribus, cuyas mayores actividades se desenvuelven junto al mar, del cual extraen los principales productos para su subsistencia, extendiéndose hacia el Noroeste y, casi sin interrupción, hasta la península de Alaska y de allí, por el encadenamiento de las islas Aléuticas, hasta Kurili y Kamchatka.

¿Se nos puede ahora decir dónte termina América y dónde comienza el Asia?

Sin utilizar para nada el estrecho de Behering —campo fecundo aun hoy de un intenso comercio entre los habitantes de los dos continentes—, sería muy fácil a los pobladores de la Siberia oriental o del Japón, dirigir sus canoas de isla en isla hasta las playas americanas, sin permanecer más de dos déas en el mar. Su llegada por esta vía, no constituiría una sorpresa para ninguna de las tribus allí establecidas, ya que todas ellas han demostrado extraordinarias aptitudes para la navegación.

Las embarcaciones utilizadas en los distritos de Fuca y de Nueva Georgia, fabricadas de troncos de las gigantescas especies coníferas de aquella región, se hallan trabajadas con una inteligencia que las hace aptas hasta para la navegación en alta mar, a que, frecuentemente, se arriesgan.

Un poco más hacia el Norte y especialmente sobre todo el litoral cedido por Rusia a los Estados Unidos, se encuentran dos modelos de canoas todavía más perfectas: el "baidar" y el "kaiak", canoa y piragua respectivamente, construídas con pieles y cuyo tamaño, ligereza, elegancia e impermeabilidad al agua y al aire, constituyen la admiración de todos los marinos más experimentados. Estas embarcaciones, no obstante carecer de velamen, son aptas para la navegación por alta mar, a través del cual cruzan frecuentemente grandes extensiones.

El uso de estos barcos de piel, entre los esquimales de los mares de Groenlandia, ha sido siempre considerado como una prueba de la existencia de una comunicación navegable entre los dos océanos, así como del mismo modo, indica definidamente, la línea seguida por las emigraciones humanas.

Un caracterizado marino, que goza de una incuestionable autoridad, tanto en Europa como en América, el comodoro Maury, escribe a este respecto:

"Estoy convencido que desde la más remota antigüedad, aceptando que el Océano se halló siempre regido por las mismas leyes físicas actuales, las aguas del Pacífico han sido visitadas en toda la extensión de sus costas, por razas que las recorrían en piraguas, en balsas y otras primitivas embarcaciones.

"Las islas Aléutienas no producen leña. Para fabricar la armazón de las canoas y los utensilios que emplean para excavar las cavernas subterráneas que les sirven de morada, los rojos habitantes del archipiélago, sólo pueden emplear leña arrastrada por la corriente. Ahora bien, la especie vegetal más común que las corrientes marítimas transportan hacia las citadas regiones es el árbol del alcanfor (laurus camphora) y la costa más próxima, donde esta planta se produce, es la del Japón meridional. . .

"He aquí, cómo las corrientes marítimas sirven de elemento natural de transporte entre las costas orientales del Asia y la costa Noroeste de América.

"Gracias a éstas y a ciertos vientos que reinan en determinadas épocas del año, un tronco de árbol bastaría al hombre para trasladarse desde el Asia hasta América, siempre que este arca primitiva pudiese conducir las provisiones suficientes para los hombres que emprendieran semejante empresa".

La convicción de la practicabilidad de estos viajes nos llevan con Lyell, otra autoridad en el mundo científico, a considerar como indiscutibles las afirmaciones de antiguos navegantes, accidentalmente lanzados hasta los mares de la Polinesia. Las distancias alcanzadas en

travesías de esta naturaleza, en las cuales la voluntad de los marinos no tomara parte alguna en la dirección de su nave, es de tal naturaleza y extensión, que no es de ningún modo extraordinario que embarcaciones de las costas africanas llegaran hasta las de América occidental; o del litoral occidental de Europa, pasando por las islas Azores, y de éstas a las Antillas, llegasen hasta el territorio continental del Nuevo Mundo.

El hombre, desde los primeros días de su existencia social, ha debido, independientemente de su voluntad, verse diseminado en todas las direcciones del globo, por los vientos y las corrientes, de una manera muy semejante a como lo son algunas semillas de conocidas especies vegetales.

No hay motivo alguno para asombrarse o dudar respecto a una arraigada convicción que cada vez encuentra nuevos elementos de prueba; la posibilidad de que en lejanos siglos, ciertos grupos de razas determinadas alcanzaran tal grado de civilización, que permitía a sus hombres de mar cruzar con toda seguridad, y en todas direcciones, la inmensidad del océano.

Expongamos todavía con mayor claridad esta teoría de las emigraciones voluntarias o accidentales. Vamos a suponer por un momento, que el género humano, a excepción de una sola familia, ha sido destruído. El núcleo sobreviviente del cataclismo establecido en el nuevo o en el viejo mundo, en Australia o en cualquier islote de coral del océano Pacífico —podemos estar seguros de ello—, intentaría al cabo de poco tiempo, aun cuando su nivel intelectual no pasara más allá del que demuestran las tribus menos inteligentes de la tierra, dispersarse por todas las regiones del planeta a las que pudieran llegar sus miembros más arrojados, impulsados por la tendencia natural que experimenta toda población de un país reducido a conquistar los elementos de subsistencia allí donde se le presentan más favorables, transponiendo bien pronto los confines territoriales de su suelo, o siguiendo la ruta que en el mar le señalaran las corrientes o los vientos, las que al final, han de llevarlos a remotas playas.

Frente a tales certidumbres, resulta por demás ocioso, tanto de parte de los escépticos cuanto de los campeones de la universal fraternidad, empeñarse en teorías sofísticas sobre la multiplicidad de la cuna y los orígenes de la "raza humana".

Actualmente es difícil, gracias a documentos auténticos recientemente sacados a luz, el negar los viajes repetidamente emprendidos durante el quinto siglo de nuestra era por los misioneros budistas de la China hacia la tierra de Fusang, o lo que es lo mismo del áloe: región que no puede ser otra que la del litoral centro y norteameri-

cano. Se ha podido comprobar que en este país, poco después de la época citada, los toltecas, primeros educadores de las tribus salvajes del Anahuac, se dirigieron hacia el Sur. Esta información se relaciona con la llegada a Méjico de los toltecas, los que, se decía, procedían del Noroeste.

Dichos colonizadores, fundaron, sobre los altiplanos de la mencionada región, la ciudad de Tula (el Tula de los poetas), de la cual se ven todavía las ruinas descubiertas por los soldados de Hernán Cortés, y fundada, según coinciden en afirmar varias autoridades, en el año 648 de nuestra era. Después de cuatro siglos de ocupación, y de grandes acontecimientos, los que en orden detallado y cronológico constituyen aun un misterio para los historiadores, los toltecas abandonaron el Anahuac, o fueron mejor, según se cree, desalojados por otras tribus que procedían de una dirección idéntica a la que ellos trajeron.

Todo este extenso litoral tiene condiciones excepcionales para recibir corrientes inmigratorias no ya costeras, sino directas desde el Asia y muy especialmente del Japón.

En los propios tiempos modernos en que la política celosa del gobierno japonés no permitía a sus súbditos nada más que una navegación de cabotaje a lo largo de la costa, restringiendo las actividades marítimas simplemente a las del archipiélago, ocurrieron hechos que hablan muy elocuentemente en favor de la teoría por nosotros sustentada. En los tiempos actuales, se ha dado el caso de una nave japonesa que, arrastrada por la corriente que predomina en el Pacífico, fué auxiliada por un ballenero, ya en circunstancias de naufragio, frente a las costas de California; otra de la misma nacionalidad, fué lanzada hasta las islas Sandwich; finalmente una tercera, fué a encallar sobre las costas de Oregón.

El Oregón —también llamado Columbia— es el más considerable de los ríos que el continente americano vuelca sobre el Océano Pacífico. Formado a 500 kilómetros de su desembocadura por dos grandes cursos de agua, el Oregón, propiamente dicho, y el río Lewis (o de la Serpiente), el uno viene al encuentro del otro desde el Norte y el mediodía tocando aquél las regiones donde tiene origen el Satchatchawan y el segundo el nudo de montañas en donde se encuentran las vertientes del gran Missuri y el río Green (río Verde) o Colorado del Oeste; en fin, con sus afluentes de su curso inferior, confina con la bahía del Klamath y con la California.

Entre las dos grandes curvas formadas por los cûrsos divergentes del Oregón y del Lewis, un vasto altiplano que lleva el nombre de Llanura del Columbia, surge, en graduada pendiente hasta las gar-

gantas de las Montañas Rocosas. Esta vía favorable a la marcha y al transporte, ha dado paso a gran número de emigrantes que abandonaban las regiones del Oeste para dirigirse hacia las que baña el Pacífico.

Un simple ojeada al mapa de esta zona, basta para mostrar en las cuencas del Columbia, una de aquellas grandes vías abiertas desde el principio de la existencia humana sobre la tierra, al paso de las tribus primitivas, a los salvajes que vivían de la rapiña, o de peligrosas excursiones de caza y a las canoas de corteza de árbol de los pescadores y, en fin, sus riberas muestran vestigios de todas las etapas recorridas por los pueblos que se sucedieron en esa región hasta nuestros días.

A esta vía justamente, están por llevarnos las narraciones de G. Catlin, uno de los hombres que más sincera y minuciosamente se han ocupado de los indios del Missouri y de las cuestiones estrechamente relacionadas con ellos.

I

EL ESTRECHO DE LA REINA CARLOTA

Los indios Nayas —Los cabezas chatas— El río de las Serpientes.

Hace algunos años viajaba yo en un pequeño barco de la bandera estrellada, el "Sally Anne", el cual, después de realizar una jira comercial por el litoral de Kamchatka, y de la América que perteneciera a Rusia, debía transportar a la Colombia inglesa un determinado número de pasajeros, la mayoría de ellos atraídos por la fama de los yacimientos auríferos de esa región.

Al tercer día de nuestra entrada en el largo y magnífico estrecho de la Reina Carlota, que separa la isla de Vancouver del continente, en momentos en que despuntaba el sol y me disponía a abandonar mi camarote, oí la gruesa voz de César, un negro marrón de la Guayana portuguesa que había tomado a mi servicio en las riberas del Amazonas. Este singular representante de una raza fuerte e inteligente, en esos momentos reía estrepitosamente y hablaba el inglés y el español, "la lengua nativa", con tanta propiedad, que en un momento pude pensar que se hallaba a bordo algún visitante políglota.

Subí al puente: los buscadores de oro dormían todavía y me encontré con el entrepuente lleno de indios. También alrededor de

la nave había un buen número de ellos; estaban apoyados sobre sus remos, dentro de sus pintadas canoas.

En estas embarcaciones los naturales de la región transportan el salmón fresco o seco, ostras y otros productos para realizar el trueque con las mercaderías que ellos necesitan, a lo largo de todos los puertos de este interminable litoral.

El capitán, en compañía del lugarteniente, se hallaba en esos instantes ocupadísimo en guardar las provisiones, en tanto que César, derecho, sobrepasando su cabeza por encima de todo aquel grupo, con el sol brillándole en las mejillas y la frente, trataba, carabina en mano, de hacerse entender.

Todos los ojos se hallaban fijos sobre él, que era el héroe de la escena. Los indios que se encontraban sobre el puente, le daban apretones de manos y él se daba a improvisar diálogos con ellos, pero a rigurosa y simple mímica de manos y más particularmente con los dedos.

Lo curioso de este lenguaje mudo, es que tanto al Norte como al Sur de la América, todas las tribus usan para sus comunicaciones signos idénticos, mediante los cuales parecen tener una clave de interpretación general con la que se entienden bastante bien.

—¡Vaya una gente más original! —me decía César—, pero la creo de buenos sentimientos.

A continuación me preguntó:

—¿Se atreverá usted a ir a tierra?

—Desde luego —le contesté—; desembarcaremos aquí, donde permaneceremos algún tiempo.

Se hallaría el barco a una distancia de algo más de cuatrocientos metros de la costa y todavía nuestros ojos no habían visto ni aun las apariencias de algún caserío.

Ligeras canoas salían constantemente por detrás de las rocas costeras o por las grietas de los ribazos cubiertos de cedros (thuya gigantea), y de masas compactas de redondedros rosas, blancos y violáceos, viniendo a reunirse alrededor nuestro.

Por más que hubiera oído hablar de la belleza de estas canoas y de la destreza con que los naturales las manejan, no había podido darme una justa idea de cómo son aquéllas. Las deslucidas piraguas en las que César y yo habíamos bogado en el Amazonas y por el Xingu, no dan idea ni remota de estas góndolas esbeltas, ligeras, de colores vivos, que en estos momentos tenemos a la vista surcando las olas del océano. Construídas en troncos de gigantescas coníferas del país, que se excavan cuidadosamente, son de una forma graciosa y las

pintan de todos los colores imaginables, de manera muy semejante al color del tatuaje de los hombres que reman sobre ellas.

Semejantes a un rebaño de saltarinas cabras a las que siguen triscando sus retozones cabritillos, con los que se encaraman en los más escabrosos picachos de la montaña donde haya una mata de pasto que alcanzar, estos indígenas saltan sobre las encrespadas olas del océano, que cruzan en todas direcciones, deslizándose ahora por la cresta misma de una ola espumosa o hundiéndose en las profundidades de uno de los abismos que entre las mismas forma la impetuosa marejada.

El colorido de los remos que estilan, se halla en armonía con el de sus canoas y sus vestiduras —cuando las tenían—, en todos los cuales los dibujos tienden a trazar signos geroglíficos.

De repente Simmer, uno de nuestros compañeros de viaje, saliendo de su camarote y viéndonos de tal suerte rodeados, exclamó:

—¡Dios mío, Catlin, estamos prisioneros!...

—¡Oh! No —le repuse—; nos encontramos, simplemente, entre indios Nayas, que nos hacen una amigable acogida y usted y sus compañeros se han perdido una buena parte de ella. El poblado más importante de esta tribu, se halla allá, detrás de aquella elevación del terreno que se encuentra ante nosotros.

—¡Animo, señores! —gritó Simmer metiendo la cabeza por la carlinga y llamando a los demás pasajeros a la voz de:

—¡Van a perderlo todo, apresúrense!...

Apenas despertados, entendiendo mal estas palabras, los así llamados que, a través de los vidrios de los ojos de buey estaban viendo la escena que ya hemos descrito, sin reflexionar un segundo, se lanzaron a cubierta con la carabina en mano, y en esta actitud se dirigieron hacia el puente, donde nos encontrábamos nosotros. Se les veía dispuestos a descargar sus armas contra nuestros presuntos enemigos.

No tuvimos más remedio que arrojarnos sobre los mal despiertos compañeros para evitar que allí se produjera una escena de inútil carnicería.

Los indígenas, todos ellos sin armas, se precipitaron sobre la proa del barco, de la que, algunos alcanzaron la borda. Por el aspecto feroz que tenían los hombres que salían como demonios del interior del barco, podían creer que se trataba de gentes dispuestas a exterminarlos. Extendí hacia ellos mis manos haciéndoles signos de que regresaran inmediatamente al interior de la nave, en tanto que César, con verdadera y oportuna rapidez, se acercó a dos indígenas que mantenían una animada conversación y les explicó que todo aquello se

debía a una mala interpretación; que todos nosotros éramos excelentes amigos suyos.

A eso de las nueve, armados de nuestros revólveres y César con mi cartera al hombro, y la carabina en la mano, subimos a la chalupa para dirigirnos a tierra. Momentos después, llegábamos a la aldea de los Nayas.

Los indios, informados de nuestra visita, se habían reunido para esperarnos, a la puerta de sus cabañas y el jefe de la tribu, hombre de actitud y modales dignos, estaba ya sentado en su "wigwan" con la pipa encendida, pronto a darnos audiencia.

Fuimos acogidos con afabilidad y, en seguida, se nos invitó a tomar asiento sobre esteras tendidas en el suelo, empezando, pocos instantes después, a circular la pipa —que en tales circunstancias es la primera ceremonia. Centenares de perros indígenas que habían seguido nuestros pasos, invadieron literalmente el recinto donde nos encontrábamos y comenzaron a darnos un concierto, bastante desagradable por cierto, de aullidos y ladridos con acento entre provocativo y lúgubre.

El centinela que el jefe había ordenado permaneciera en la puerta para impedir que nadie entrara en el recinto sin su licencia, tomó una flecha, empuñó el arco, apuntó y el dardo partiendo con una puntería admirable, fué a clavarse en el corazón de uno de esos perros. Este castigo calmó enteramente las furias de la jauría, que terminó de dispersarse a los golpes que, con algunos palos, les daban las mujeres de la tribu.

Estábamos bastante incómodos en aquella reunión en la que no era posible entenderse nada más que mediante señas. No obstante esta dificultad, entendimos perfectamente lo que se nos decía. Era, nada menos, que para que pudiéramos cambiar impresiones, se había enviado a buscar un intérprete a una aldea indígena no lejana de aquella en la que nos encontrábamos.

Recomendé entretanto a mis compañeros, que no dijeran palabra respecto de nuestro propósito de visitar el país, hasta que no llegara el intérprete, puesto que cualquier mala interpretación hubiera podido dar lugar a un conflicto.

Para realizar algo de interés y que pudiera despertar la curiosidad de aquella gente, dije a César que me alcanzara la cartera, de la cual comencé a sacar algunos retratos. El jefe indio manifestó una gran sorpresa ante los mismos, mostrando un verdadero placer en examinarlos y volverlos a examinar con extraordinaria atención.

Le hice desfilar algunas imágenes que estaba seguro le interesarían: La primera, correspondía al retrato de uno de los jefes indí-

genas del Amazonas, otros eran, el jefe de los Siú, el de los Osagi, el de los Pawni, y finalmente, el retrato de César, que se hallaba sentado a bastante distancia de nosotros. Le hizo acercarse, le estrechó la mano y le obligó a sentarse a su lado.

Aquellos retratos tuvieron la virtud de animar la asamblea de un modo notable. Todos los demás jefes presentes quisieron contemplar aquellas figuras y como la noticia de esto corriera rápidamente entre los miembros de la tribu, bien pronto se hallaban entre nosotros curioseando las imágenes, las mujeres de los jefes y hasta sus pequeñuelos.

Una particularidad en los usos de estas gentes nos llamó la atención: uno de los jefes llevaba atravesado el labio inferior por un anillo de madera e igual ornamento ostentaba una de sus hijas.

Mis compañeros ignoraban, al igual que César, que esta costumbre es común entre los indígenas americanos y, por lo tanto, contemplaban con verdadero estupor semejante moda.

La hija del jefe, llevaba una magnífica manteleta de lana de carnero de la montaña y de pelo de perro salvaje, maravillosamente trabajada a malla, con hilos de hermosísimos colores, los que formaban los más complicados y los más curiosos dibujos. La prenda estaba orlada por una franja de una anchura de ocho pulgadas: representaba esa obra, el trabajo de tres mujeres durante un año y estaba valuada en "tres caballos".

La cazoleta de la pipa que el jefe había hecho circular entre los presentes era de tierra dura, color negro ala de cuervo y singularmente lustrosa. Cazoleta y boquilla estaban adornadas por figuras de hombres y de animales esculpidos del modo más ingenioso. Tuve ocasión de ver varias de estas pipas y he poseído algunas de ellas en las cuales habían sido grabados dibujos representando los ropajes, las canoas, los remos y hasta los usos y costumbres más familiares de sus poseedores. Estas manifestaciones artísticas de los Nayas, son en todo diferentes de las que caracterizan a otras tribus del continente. Estos mismos ornamentos se encuentran en sus cucharas, en sus vasos, en las mazas de guerra y con toda frecuencia, en cuanto utensilio doméstico se proponen embellecer. Son todos esos dibujos complicados jeroglíficos, indescifrables hasta ahora para nosotros, pero que están destinados a tener una gran importancia para los arqueólogos y etimologistas.

Comprobamos —y esto es ciertamente curioso— que el jefe indio en cuyos dominios nos encontrábamos, tenía los mismos temores supersticiosos que nos manifestaran los caciques del Amazonas y de ciertas otras zonas de la América del Sur.

Cuando a este jefe, creo llegado el momento de hacerle un ofrecimiento gentil, le digo:

—¿Permitirías que te hiciésemos un retrato?

Y él me responde con esta bellísima expresión de modestia:

—Si encuentra usted uno más digno y más hermoso que yo entre nosotros, estamos prontos...

Le doy las gracias y, por toda respuesta, envío a César en busca de mi caballete y mi caja de colores. Momentos después doy principio al retrato del cacique y de su hija, a la cual, el jefe me había dicho que amaba entrañablemente, agregando que acompañándolo ella constantemente, le sería muy grato que los colocara a ambos en la misma tela.

Le contesté que le complacería, agregando que estimaba en todo su valor sentimientos tan naturales y tan nobles.

Horas más tarde, ya en la nave, un impetuoso golpe de viento nos obligó a costear la zona durante la noche; pero a la mañana siguiente pudimos regresar a nuestro primitivo fondeadero, donde nuestros queridos indígenas nos recibieron con aclamaciones. El intérprete, entre tanto, ya se encontraba entre ellos. El cacique lo había destacado en busca nuestra. Era un joven francés del Canadá llamado Frinié, empleado en la compañía peletera de la región. Por él vinimos a saber, que el número de tribus indígenas era considerable tanto a lo largo de la costa como en la isla de la Reina Carlota, donde la mencionada compañía hacía un comercio activísimo.

Sabiendo el intérprete que yo estaba haciendo el retrato del jefe, me expresó su deseo de verlo, a lo que accedí, quedando encantado de la obra; aproveché también esta oportunidad para exponer el trabajo entre los indígenas que en ese momento nos rodeaban.

César tenía en su poder mis cartones y estaba dispuesto a hacer ver mis restantes trabajos; como no me opusiera a ello, los fué exhibiendo uno a uno a los circunstantes. Después de esto, el intérprete me pidió le dijese mi nombre y, al oirlo, me expresó con verdadero regocijo que le era familiar desde hacía diez años, por haberlo oído en diferentes oportunidades.

Entre las demás cosas que estaba encargado de transmitirme, figuraba la de que el jefe nos atendería después del mediodía para que fumáramos y almorzáramos en su compañía. Por la noche el médico de la tribu daría en nuestro honor un baile: "El baile de la medicina".

Todos bajamos a tierra, excepción hecha del capitán del barco y de la chusma. Aquél me dió a entender que la invitación podía envolver una conjura, en la que el baile no fuera nada más que el



Jefe adornado con sus atributos

Indios Nayas

Indio ataviado para la danza de los bisontes

pretexto, para aprisionarnos y apoderarse del barco. No intenté disuadirle, por lo cual hubimos de prescindir de su compañía.

Cerca de la aldea naya, venía en sentido contrario al nuestro, una gran multitud de indígenas. Pude observar en tales circunstancias, que el paso de César, que caminaba con marcada gravedad, despertaba la atención de los indígenas y muy especialmente de las mujeres. Una de las cosas que más llamaba la atención a aquella multitud, era la cartera que iba a la espalda del moreno.

Como me llamara la atención, el que de un poblado tan pequeño como era el que habíamos conocido saliera tanta gente, pregunté al intérprete la razón de esto, a lo que me contestó, que nuestra llegada a las playas, así como la danza que se anunciaba para esa noche en nuestro honor, habían atraído y atraerían aún, mayor número de gentes desde diferentes aldeas vecinas.

Al ponerse el sol, ocupamos nuestros asientos en el interior del "wigwam" (cabaña) del jefe y allí se nos sirvió una comida compuesta especialmente de carne de animales de caza; después nos pusimos a fumar y en este entretenimiento nos llegó la noche. Fué entonces cuando, en medio de gritos espantosos, de ladridos de millares de perros, de cantos, vimos acercarse hacia nosotros unos nativos con una docena de antorchas encendidas. Llegaron hasta el "wigwam" y dieron comienzo a la danza de las máscaras.

No hay manera de expresar la impresión que nos produjo el espectáculo que luego se desarrollaba ante nuestros ojos. César sufría tales accesos de risa que estuvo a punto de sofocarse.

Imaginad quince o veinte actores, todos ellos hombres adultos, enmascarados y vestidos de la más extraña manera y varios espectadores de àmbos sexos puestos en primera fila vistiendo de una manera semejante.

El director de la danza, un médico famoso en la tribu, era el más extravagante de todos: representaba "el rey de las avutardas"; otro, era "el rey de los aguiluchos"; un tercero, venía a ser "el rey de los conejos"; el de más allá, era nada menos, que "el que descarga el trueno"; a su lado se hallaba "el hermano del diablo"; éste, "la corneja blanca"; aquél, "el oso que viaja de noche" y el último, "el alma del Caribú", y así sucesivamente hasta agotar la fauna volátil y la no volátil de la zona...

Las máscaras de los bailarines, de las que conseguí algunas, están hechas ingeniosamente. Se trabajan en un trozo de madera que se preste para el tallado, hasta que puedan adaptarse fácilmente al rostro. Por el interior se les adapta una correa que servirá para suje-

tarlas y que va de extremo a extremo de la boca, en la que, aparte esta utilidad, tiene la de simular una espantosa dentadura y facilitar las muecas extravagantes. Estas correas y máscaras ofrecen los dibujos más variados y caprichosos.

Excepción hecha de la máscara que usaba el director de la danza, todas las demás ostentaban la anilla en el labio, muestra de una costumbre tradicional en el país.

Esta clase de diversiones y espectáculos, no son exclusivos de los Nayas. Yo he tenido oportunidad de presenciar escenas muy semejantes en diversas regiones del continente, tanto en el Norte como en el Sur.

Esta costumbre de perforar el labio inferior con anillas es antiquísima, lo mismo que la de estirarse los lóbulos de las orejas, en las que también ensartan pesadas argollas de metal como ornamento. Son en especial las mujeres las que llevan estas anillas en los labios; algunos hombres han adoptado también esta moda que se generaliza cada vez más, a medida que avanzamos hacia la región septentrional.

Lo mismo ocurre con las máscaras que se encuentran hasta cerca de las islas Aléutienas. No todas las mujeres llevan el labio perforado y las que lo llevan así, no usan constantemente la anilla. Ella está reservada para las grandes ocasiones y ceremonias de la tribu cuando se visten con las mejores prendas y atavíos.

Estas anillas se las quitan para comer y para dormir y no las usan tampoco en las oportunidades en que deben hablar libremente. Muchas palabras no podrían ser pronunciadas con este pesado adminículo. La perforación del labio se practica en la más tierna edad y la incisión, apenas visible en la infancia, adquiere después proporciones cada vez mayores, dando al rostro un aspecto cada vez más desagradable.

El día siguiente de aquel del baile de las máscaras, lo dediqué a pintar y César lo empleó en mostrar mis obras entre aquellas gentes. Los otros compañeros, entre tanto, hablaban con el intérprete del jefe indígena alrededor del tema que en esos días era el obligado en toda la región: las pepitas de oro y los yacimientos auríferos que en gran cantidad se aseguraba existían en la zona.

Vinimos a saber por este conducto, que hacía aproximadamente dos años, algunos buscadores de oro llegados de California, habían sido expulsados por los agentes de la compañía explotadora de la bahía de Hudson. Decíase que por esos días era posible encontrar gran cantidad de pepitas de oro entre las manos de los indios, los

que las extraían de las márgenes de un gran río o bien excavando en determinados "placeres". Se trataba sin duda alguna de la región minera de Frazer. Mis compañeros estaban convencidos que el mejor camino a seguir para dar con esas fuentes inagotables de riqueza, era el de Victoria, desde donde se podía seguir la ruta que tomaban los mineros que se dirigían hasta el río Frazer.

Tomada esta resolución, el capitán se hizo a la mar en dirección a la ciudad mencionada, que, en rigor, no era nada más que una población de cuarenta o cincuenta casas. Permanecimos algo más de un día en Hydas y más tarde echábamos el ancla a la entrada de Smith, situada frente al cabo norte de la isla de Vancouver.

Tan animadas se hallaban las riberas de esta región, que no era preciso abandonar el barco para ver indígenas. A toda hora nos hallábamos rodeados por las ligeras piraguas de los naturales del país; y de éstos, hubiéramos tenido sobre el puente tanta cantidad cuanta hubiéramos deseado, ya que ellos no querían otra cosa que trabar relación con nosotros. La mayoría de ellos eran mendigos casi desnudos y extremadamente sucios. Su trabajo habitual, era la pesca de ostras, para con ello procurarse el rhon con que se deleitaban.

En Victoria nos encontramos con un verdadero tumulto. Las casas habían sido invadidas por una verdadera nube de pasajeros. Los barcos a vapor, y los de vela, se hallaban repletos de gentes de todas las nacionalidades, hombres y mujeres. Familias enteras habían llegado en carros y otros vehículos, sobre los que dormían en plena calle. La mayoría de ellas, habían encendido fogatas en la playa o bajo los árboles y todas las noches se realizaban frenéticas danzas.

Todos estaban convencidos de que en las riberas del Frazer, se había descubierto un nuevo El Dorado, y se diría que California entera se había trasladado en sus barcas y vapores, con sus familias y sus extranjeros, al estrecho de Vancouver.

Relatos fantásticos llegaban a cada momento. Dijérase que todas las naciones se hubieran dado cita en aquel lugar en la persona de sus más característicos representantes; tanto podían verse hombres de Nueva York, como gentes de Londres, o de cualquier otro punto del globo. La mano del Omnipotente, decían, había esparcido en aquellos campos recientemente descubiertos, pepitas de oro y arenas auríferas en tal profusión, que un hombre más o menos industrioso, para enriquecerse, no tenía más que extender la mano y llenarse los bolsillos.

Mis compañeros de viaje se encontraban en su elemento en medio de aquella confusión.

Habíamos llegado apenas, cuando ya me gritaban desapareciendo entre aquel mundo de gentes que se movían en todas direcciones: "Adiós, que el Señor te proteja, ¡oh, Catlin!. No volví a verlos ni oí hablar de ellos, sino mucho tiempo después y en muy diferentes circunstancias.

Los pobres indios que habitaban en los alrededores de Victoria, todos ellos de la familia de los "Cabeza chata", atemorizados ante aquella batahola, se refugiaron en la selva.

Ya podrá comprenderse que en medio de tal confusión y apenas restablecido de una grave enfermedad que me aquejara, mi situación en aquellos lugares no era de lo más agradable. Al cabo de varios días, siempre acompañado de César, tomé un vapor que me llevara a San Francisco desde donde me fué fácil llegar hasta Portland, otra población recientemente fundada sobre el río Columbia, en el punto en que éste empieza a ser navegable. Esta, ahora exigua población de Portland, está destinada a enriquecerse y a poblarse extraordinariamente con el tiempo.

A treinta millas más arriba de este lugar, y siguiendo siempre el curso de este río, se encuentra el país de los Lastre, lugar famoso desde tiempos inmemoriales, en el cual diez mil indios viven exclusivamente del salmón que pescan en una impetuosa corriente, la que recorre varias millas a través de pequeños canales abiertos entre las rocas. Los peces, extenuados por la lucha que debían sostener contra la corriente que los arrastraba, se amontonaban en aquellos canales, cuyas bocas cerraban previsoramente los indios, logrando de este modo una fructuosa pesca.

Todos estos indígenas no conocían otro alimento que éste, consumiéndolo fresco o seco; pero la concupiscencia se ha apoderado de esta industria, y las clases incultas llevaban verdaderos asaltos a estas fuentes de producción que correspondiendo a los verdaderos y primitivos habitantes, poco a poco les fueron arrebatadas.

Durante la misma época, una epidemia de otra especie, no menos asoladora que la anterior, la fiebre del oro, alguna de cuyas manifestaciones más características acababa yo de dejar tras de mí, se difundía por las riberas del Missouri y del Columbia; era la epidemia de las emigraciones hacia las tierras de Oregón. Constituía una verdadera e insensata cruzada de los estados del Este a través de las Montañas Rocosas: una procesión de gentes, de bestias, de carros, de carretas, que sembraban las carreteras y las montañas de sepul-

turas recientes, y jalonaban los flancos de todas las sendas, de esqueletos de bueyes y de caballos, de vehículos destrozados y de víveres abandonados.

El mayor número de estos desgraciados que en cierto aspecto vendrían a ser como fanáticos peregrinos de una ilusoria conquista, atravesaban las Montañas Rocosas por un paso llamado "Sendero del mediodía", el que se encuentra al Sur de las rocas inaccesibles de cuyo seno, surge el río del Salmón; desde allí, desciende a lo largo de la ribera del Snake (Serpiente) hasta el Columbia.

Supe, por algunos de estos inmigrantes, que los Paunch o "Gran Vientre", subdivisión de la gran familia de los Crows (cuervos), habían vadeado los montes situados en la parte septentrional del río del Salmón y se hallaban acampados en el valle, muy próximos a las vertientes de este curso de agua. Inmediatamente tomé la resolución de llegar hasta ellos.

Me encontraba en esos momentos en medio de los Klatsap, los Sinuk, los Clickatat y aun de los Walla Walla, de los "Nariz Perforada" y de los Spokan, que son las principales tribus de los "Cabezas Chata". Tenía buena tarea a realizar si me determinaba a emprender un estudio formal de esta complicada familia indígena. Por de pronto estos indios si no ostentaban todos la cabeza aplanada, en cambio todos ellos hablan una misma lengua, la de los "Flathead", o un dialecto que se diferencia muy poco del más común.

Los "Cabeza Chata", así llamados por la extraña costumbre de aplastar la cabeza de los niños desde la más tierna infancia, forman una de las más importantes tribus —si no la más numerosa— que se encuentran al Oeste de las Montañas Rocosas y que ocupan todo el país situado alrededor de la baja Columbia y la isla de Vancouver.

Son un pueblo marítimo, porque viven en un país donde no existe casi otro elemento de subsistencia que el pescado, y en busca de las más variadas especies de los mismos, se pasan la mayor parte de la vida en la canoa.

La tribu se halla dividida en cerca de treinta bandas.

Las mujeres, particularmente, y casi sin excepción, tienen la cabeza achatada y esta incomprensible costumbre es simplemente una moda que constituye su mejor adorno.

Hice el retrato de un "cabeza chata" con su mujer; aquél, envuelto en su amplia manta; ésta, llevando sobre la espalda a su hijito en una cuna. La criatura desde pequeñuelo es colocado en el suplicio de la "achatadora nacional", voy a decir cómo:

La cuna, trabajada en un tronco de árbol (por el mismo procedimiento con que hacen las piraguas), lleva en la parte superior una especie de pieza elástica, la cual, colocada sobre la cabeza del niño, le va comprimiendo la frente poco a poco. Cada día esta pieza, sostenida por cuerdas atadas a los lados de la cuna, va presionando con mayor fuerza la caja craneal del tierno ser, de modo que éste no puede moverse. A cierta edad y en los primeros meses de la vida más particularmente, los huesos son de naturaleza cartilaginosa por lo cual toman la forma que se les quiera imprimir y en estas tribus, al cabo de dos o tres meses, la cabeza de los niños ya queda achatada para toda la vida.

Si se llegara al mundo con semejante deformidad, ello dañaría sin duda alguna las facultades intelectuales, pero esta deformación artificial, cambia no obstante la forma y la posición de los órganos, sin por ello afectar sus funciones naturales. Está probado que aquellos que tienen la cabeza aplanada de tal suerte, son tan inteligentes como los que las exhiben de la misma manera como las tenían al nacer. Sería realmente monstruoso que los padres de familia sometieran a sus hijuelos a una tortura que pudiera privarles de su inteligencia.

Junto al fuerte Walla Walla, me procuré un caballo en condiciones bastante razonables. También logré una vigorosa mula para César y otra para transportar nuestros bagajes, y partimos hacia las montañas en compañía de tres jóvenes recientemente llegados a los Estados Unidos y que regresaban al interior para reunirse a unos amigos que los habían dejado en el camino atacados de alguna dolencia que les impedía terminar el viaje.

Después de cinco días de marcha, nos separamos y mientras ellos remontaban las riberas del río Lewis, o de las Serpientes, César, yo y un guía, seguimos, lo más aproximadamente posible que nos fué dado, por las riberas del río del Salmón. Al cabo de unos días de inauditas fatigas, ya que en muchos parajes debimos caminar arrastrándonos, y llevando el caballo de la brida, desembocamos en una bella pradera.

Hacia el octavo día de marcha, salimos a un verdegueante valle y dos días después las tiendas de piel del villorio de Crow, se hallaban a nuestra vista.

II

LOS CROW O CUERVOS

Los Crow, o cuervos, han conservado sus bellas formas nativas. No han debido soportar las torturas de la deformación. Habiendo pasado la mayor parte de la vida a orillas del mar, en el fondo de sus piraguas, sus ojos aparecen hundidos a fuerza de tanto fruncir las cejas para evitar el efecto que produce la refracción del sol sobre el agua; sus cabezas no han sido comprimidas por un acial; sus labios no han sido estirados por trozos de madera. Confieso que me sentía muy feliz al encontrarme entre aquella viejos amigos. Viéndolos, no puede uno menos de compararlos con aquellos salvajes de las tribus que la necesidad de la vida hizo deformes, tal como aparecen algunos naturales del Amazonas, de Vancouver y de las riberas del Columbia, los cuales son membrudos y toscos por el género de vida que se ven obligados a llevar.

La de los Crow es probablemente la tribu menos debilitada y la que menos transformaciones ha sufrido entre las que forman parte del tronco originario americano, del Norte.

Supe, cuando me encontraba entre ellos, que esta tribu alcanzaba un número de diez mil componentes y habitaba la pendiente oriental de las Montañas Rocosas.

A estar a lo que sus propias tradiciones nos refieren, ellos ocupaban anteriormente, toda esa cadena junto con los hermosos valles que se abren a sus faldas. Sus posesiones se extendían hasta el propio Panamá.

Pretenden estos indígenas, que sus antepasados formaron parte de una gran nación que floreció antes del diluvio y que de entre ellos, los que pudieron refugiarse en las cumbres de sus montañas, se salvaron del desastre.

Insisten en que son la estirpe americana más antigua y que presentan el tipo del clasicismo más característico de todos los habitantes del continente; aseguran descender de los Toltecas y de los Aztecas; son los fundadores de Méjico y de Uxmal.

Cuando expuse en Londres mis primeros retratos sobre estas tribus, dos de mis amigos quedaron sorprendidos por la semejanza que encontraron entre estas imágenes y ciertas piedras esculpidas que se encuentran en México y en el Yucatán y me alentaron para que realizara estudios más profundos sobre la materia.

Por mi parte, había pensado en ello durante mucho tiempo; de ahí, que apenas supe que una banda de crows se hallaba acampada a orillas del río del Salmón, me determiné a dirigirme hacia ellos a costa de cualquier sacrificio.

Una vez que estuve entre ellos, y pude ver que su manera de vestir, sus tradiciones y muchos de sus usos y costumbres eran iguales a las de las tribus que había visitado más al Sur, hasta el estrecho de Panamá, me convencí de que existía una estrecha relación entre estos indígenas, y los toltecas y aztecas de Méjico y del Yucatán.

El villorrio donde nos encontrábamos, estaba formado por cuarenta o cincuenta tiendas de piel. Sus habitantes habían atravesado las montañas vecinas a las vertientes del río del Salmón, para proveerse de pescado y secarlo, puesto que en las faldas orientales de estos montes se carece de ellos.

El segundo jefe de la banda, "Pañuelo Amarillo", era muy inteligente. Me acogió con extremada benevolencia y me contó en seguida lo que podríamos llamar la historia moderna de su tribu; historia que él había escuchado de su padre y éste de labios de sus abuelos.

Los Crows, me decía, habitaron primeramente las montañas y los valles circundantes de este lugar, del cual sus enemigos eran impotentes para desalojarlos, pero apenas aparecieron en la llanura los caballos y fueron empleados como elemento de combate, mis antepasados, al descender a las tierras bajas, fueron despedazados por los Siú, los Pieles Negras y otras tribus. De esta manera quedó destruído el poderío de una gran parte de las fuerzas de nuestros antecesores.

Mientras el segundo jefe me hacía esta sencilla narración histórica, muchos otros indios se habían reunido en torno nuestro; creí entonces llegado el momento, según era mi costumbre en tales casos, de hacer conocer a los presentes el verdadero motivo de mi presencia entre ellos.

Por supuesto, que lo primero que hice, fué comenzar a mostrar los retratos que traía.

En eso, de improviso, uno de los presentes da un salto y lanza una exclamación: "Be eets e cure!... Be eets e cure!...".

Era, sencillamente, que había reconocido en uno de mis retratos a un determinado jefe indígena que veinte años antes había tomado con mi lápiz. Atraídos por la novedad, todos los presentes rodean al que lo examina; varios de los indígenas salen rápidamente del

"wigwam", atraviesan a todo correr el villorrio, y regresan extenuados por la fatiga con el "Be eets e cure" en persona...

El así traído a rastras, casi, me miró fijamente por algunos segundos y de pronto exclamó: "¡How! how!" (bien, bien), me estrecha fuerte y cordialmente la mano y me da muchas señales de simpatía.

Le entrego su retrato y le hago decir por el intérprete que lo había guardado con mucho cariño.

Mientras renovábamos las expresiones cordiales de una vieja amistad, había cerrado mi cartera; pero para mostrarle alguno de los jefes indígenas enemigos suyos, la volví a abrir. Allí estaban determinados jefes Siú y Pieles Negras; después venía el retrato de "El Saltador", uno de los cabezas de aquella raza. Todos reconocieron la semejanza con los originales y declararon que me habían visto pintar esos cartones veinte años antes sobre las márgenes del río Piedra Amarilla.

Luego, les hice decir por el intérprete que cientos de miles de personas de la raza blanca habían visto la imagen de sus jefes y que podían juzgar, por el cuidado que había puesto en conservar la imagen, cuanto la había respetado.

Al oír esto, el jefe me hizo una señal para que me aproximara y, al hacerlo, me abrazó conmovido. Lo mismo fueron haciendo sucesivamente todos los presentes.

"Ba da ha chon du", estaba representado en traje de gala, con la cabeza adornada con plumas de águila. Cubría sus vestiduras con pieles de búfalo, en las cuales habían sido pintadas expresiones gráficas más o menos felices relacionadas con sus hechos victoriosos de guerra. Tenía la lanza en mano, su escudo y su carcaj a la espalda; también se veía la bolsa de tabaco pendiente de la cintura, en tanto que, alrededor de sus polainas, podían observarse trozos de cuero cabelludo de los enemigos por él vencidos y de esta manera señalados.

"Be eets e cure", me informó, que aquel gran guerrero había muerto poco tiempo después de mi partida y que su familia y muchos de sus amigos, habían atribuído su infortunio al retrato que de él hiciera. "Pero yo les decía —agregaba mi interlocutor— que estaban en un grave error, por cuanto a mí también me habían retratado, y me encontraba vivo después de tanto tiempo".

Por mi cuenta agregué, a estas tan sensatas razones del indígena, que ningún hombre que posea el más elemental entendimiento tiene nada que temer y nada teme de un retrato, y que entre las gentes de raza blanca es usual que cada uno posea el suyo.

Todos ellos aprobaron mis palabras con la conocida expresión de "how", ¡bien! y al día siguiente "metí la piel de varios de ellos", según su propia expresión, en mis telas.

Empecé por el joven jefe que en esos momentos me daba hospitalidad. Hice su retrato en actitud de arreglarse, ungiéndose con la grasa de oso que su mujer iba colocándole en la mano. En esta obra, era preciso hacer resaltar el largo cabello del cacique. No pasa lo mismo con las mujeres que, por una ley de la tribu, están obligadas a llevar el cabello muy corto.

Debe agregarse a esto, que en la tribu es muy frecuente ver hombres de cabellera tan larga que por muy pocos pies no le llega al suelo.

La víspera de mi partida, un empleado de la compañía Hudson (nombre de la bahía donde se hallaba establecida) vino a avisarme que una banda de los "Black Feet" (Pieles Negras), mortales y tradicionales enemigos de los "Cuervos", estaba en esos momentos descendiendo del Norte, para atacar a los indígenas entre los que me encontraba.

Esta noticia produjo una gran agitación entre los hombres de la tribu. Los guerreros de la misma resolvieron al punto dirigirse hacia una garganta de los montes donde poder atrincherarse en caso de asalto. No pude saber nunca más el resultado de esta alarma.

El jefe entre cuyas huestes nos habíamos encontrado, nos proporcionó para el regreso un guía de toda confianza para atravesar el río Snake o de las Serpientes. Se imponía una gran resolución para atravesar aquel difícil lugar, en el que se encuentran profundos barrancos que se entrecruzan y que aparecen flanqueados por rocas de todas dimensiones, cuyas cimas aparecen cubiertas de nieve.

Nuestro guía eligió de todas, la mejor senda, pasó una noche en nuestra compañía y después de habernos instruído para que pudiéramos guiarnos a través de aquel dédalo, regresó a su aldea, dejándonos librados a nuestro destino.

Debíamos andar seis días antes de poder hallarnos en el Fuerte Hall, uno de los depósitos de la compañía peletera, situado en lo alto del río de las Serpientes, y que lleva el nombre de Lewy, en homenaje a su primer explorador europeo.

Para las exigencias alimenticias del viaje, nos habíamos provisto de salmón seco. Regresando por el mismo camino que siguiéramos al dirigirnos hacia el campamento de los "Cuervos", nos hubiéramos podido evitar las dificultades frente a las cuales íbamos a encontrarnos ahora, pero a mí no me complació nunca hacer dos veces el

mismo camino. Además, yo tenía un ardiente deseo de atravesar un territorio que podía enriquecer en gran manera mis observaciones paleográficas y poder estudiar, de paso, esa extraña confusión producida en los estratos de los terrenos que íbamos a atravesar, por las conmociones volcánicas.

La cadena de montañas que corre de occidente a oriente en línea perpendicular con las Montañas Rocosas, toma el nombre de Black Hills (montañas Negras) en su parte oriental.

Según la opinión de los geólogos, toda esta región se hallaba cubierta en tiempos remotos por el mar, del que surgiera, por un levantamiento general de las Montañas Rocosas.

¡Cuán vasto campo éste para el geólogo que desee estudiar la naturaleza de los materiales que componen la corteza terrestre!...

Estas masas formadas por materiales que fueron un tiempo ígneos y capas graníticas, constituyeron los elementos de la primera capa terrestre. Ya, en el fondo de los mares, estas masas formaban altas montañas las que, con el decurso del tiempo emergían con los continentes de que formaban parte. Todas estas superficies, seguían más tarde un proceso continuado o accidental de sucesivos levantamientos. Estos vestigios de las antiguas cavernas calcáreas que se hallaban bajo los océanos, cubren ahora las montañas, muchos de cuyos materiales revelan también la repetición de gigantescas erupciones volcánicas.

Todo esta región aparece cruzada por largas fajas de basalto y es preciso convenir en que ningún punto del globo presenta una más grandiosa variedad de formas e imponentes masas que aquella que con el nombre de Gran Curva, cruza en ángulo recto con su prodigioso muro, el gran codo que el Columbia describe en la confluencia de los Spokane y Lewis.

Yo me pasaba horas y horas ante estas portentosas masas de piedra, que son como páginas de un gran libro de singulares y múltiples enseñanzas, de las cuales trataba de aprovechar las que me eran accesibles.

César no podía comprender esta pasión mía. Ya tenía él bastante que hacer, por otra parte, con el cuidado de nuestras cabalgaduras. Cuando volvía junto a él, lo encontraba por lo común adormilado por el sopor del hastío. También lamentaba la tiranía de no tener más alimento que el pescado seco y no poder gozar de alguna distracción. Nuestras pobres bestias, por su parte, se morían de hambre, ¿pero qué podíamos hacer en tales circunstancias?; a varias leguas a la redonda no podíamos encontrar ni una mata de pasto.

Recorríamos ahora un sendero tan estrecho, que solamente podíamos avanzar por él con gran trabajo, cuando pude observar los rastros de las herraduras de una cabalgadura que poco ha debía haber pasado por allí. Esto me hizo abrigar la certidumbre de que los empleados de la compañía peletera habían elegido esa vía para su tránsito y que, tarde o temprano, llegaríamos al valle bañado por las aguas del río Snake. No me equivocaba. Al quinto día de marcha lo descubrimos en lontananza y nuestras pobres bestias comenzaron a lanzar alegres relinchos apenas distinguieron allá lejos entre las crestas de dos barrancos, las verdes tintas del valle.

Poco después, vimos "Los tres montecillos", nombre dado a otras tantas pirámides que surgen del centro de la llanura. Allí encontramos yerba en abundancia, árboles propicios a prestarnos su sombra para descansar y un sitio ideal para levantar nuestro campamento a la vera de las montañas. Mi primera preocupación durante este descanso, fué la de corregir y escribir más claramente todas aquellas notas que había trazado de prisa, en tanto que las cabalgaduras se hartaban de buen pasto y César dormía a pierna suelta.

A una regular distancia ante nosotros vimos salir una columna de humo de una selva formada por árboles jóvenes. Pude pensar que se tratara de el Fuerte Hall y precisando cuanto me era posible su posición, con la ayuda de mi brújula, me dirigí hacia ese punto. Salimos al medio día esperando llegar a destino antes de la noche. Teníamos hacia la derecha los Tres Montecillos y aquel macizo granítico que por su gran altura podía muy bien servirnos de jalón.

Marchábamos lentamente y la noche vino a sorprendernos sobre la marcha. Acampamos en un terreno blanco a consecuencia de hallarse cubierto por una capa de cenizas volcánicas. En aquel lugar no había ni rastros de vegetación, como para poder satisfacer las necesidades otra vez perentorias de nuestras cabalgaduras.

El valle que desde lejos viéramos... ¡como tantas cosas en este mundo!... era bello de lejos, pero de cerca... ni un hilillo de hierba..., ni árboles, ni céspedes, ni nada. Lo único que allí había en abundancia era ceniza volcánica, la cual, esparcida constantemente por los vientos, impedía todo arraigo y manifestación de vida vegetal.

Por todo el contorno no se veía ningún animal, ni un conejo, ni una gallina salvaje. Habíamos llegado al término en el consumo de nuestras provisiones. Apenas nos quedaban los últimos trozos de nuestro salmón ahumado y para nuestros caballos y mulas nada poseíamos. No era posible pensar en detenerse, entonces, en un país semejante, símbolo de desolación.

Continuamos, pues, nuestra marcha por la mañana, y a eso del medio día, llegamos a las márgenes de un arroyuelo en el cual, finalmente, era posible encontrar pastos en cantidad suficiente como para que nuestras bestias repusieran las fuerzas necesarias para transportarnos.

Un poco antes del anochecer, nos acercamos a un pequeño espacio arbolado que desde muy lejos ya habíamos visto y muy pronto llegamos, no al Fuerte Hall, como suponíamos, sino a un campamento formado por una treintena de emigrantes del país, que habían atravesado las Montañas Rocosas por el Sendero del Mediodía y se dirigían hacia el Oregón.

Cuando llegamos junto a las tiendas de los caminantes, éstos parecían más sorprendidos que nosotros del encuentro.

—¿No tienen ustedes algo que darnos de comer?—les dije apenas nos pusimos al habla.

—Sí, señor —me respondieron avanzando hacia nosotros encabezados por un hombre de mediana edad—; tenemos algo de cerdo salado y de bizcochos secos.

—Menos mal—confeséles—porque nos estamos muriendo de hambre.

La mujer del hombre que nos había hablado de tal manera, trajo en seguida el alimento mencionado juntamente con un poco de habichuelas, y dejo al lector imaginarse el recibimiento que tanto César como yo haríamos a semejante banquete.

Aquella pequeña caravana había partido del Fuerte Leavenworth, situado cerca del río Missouri, hacía treinta y seis días y estaba compuesta por ocho coches y dos carretas. Tales coches, tenían un toldo de lona sostenido por aros de metal. Se trataba de vehículos solidísimos y construídos especialmente para estos viajes. Los bueyes que tiraban de ellos, para mayor comodidad de su marcha en terrenos pedregosos, habían sido herrados del mismo modo que los caballos. Juntamente con las provisiones de boca para los pasajeros, los emigrantes se habían procurado las reservas necesarias para que los animales de tiro no padecieran hambre en los sitios donde la vegetación estaba ausente. Saliendo de las praderas en marcha hacia los altiplanos, las ruedas de los vehículos se habían destrozado de tal modo, que la cuarta parte de sus llantas de hierro se habían perdido. Fué ésta una pérdida irreparable para los viajeros, ya que no tenían elementos con qué reponerlas. No tuvieron más remedio, en consecuencia, que ir dejando por el camino los trozos de rueda que caían a pedazos al tropezar en cada bache. Algunos se resolvieron, para

prolongar un tanto la capacidad de marcha de sus vehículos, atar con mimbre las ruedas de los mismos y ello terminó por dar un resultado poco satisfactorio; por lo menos, en circunstancias en que la conservación de un solo vehículo representaba un asunto tan importante.

En el momento en que encontramos a esta caravana, llevaban perdidos la mitad de sus bueyes y en cuanto a sus vehículos, no les quedaban nadá más que tres.

Sus víveres, en cambio, se hallaban en cantidad suficiente para poder mantenerlos; pero la provisión más generosa, era la de su buen humor. Había que verlos marchar llenos de esperanzas hacia la nueva tierra de su elección.

Precisamente aquel mismo día, los viajeros habían encontrado casualmente un intérprete, hombre de color, que venía desde el Fuerte Hall. Este hombre les había informado que se hallaban todavía a veinte millas del punto al que se dirigían. Entonces fué cuando pude darme cuenta de que me había equivocado de camino al desembocar en el valle.

Los emigrantes me refirieron que desde su entrada en la montaña por el valle del Sweet River (Río Dulce), habían encontrado, por lo menos ciento cincuenta esqueletos de bueyes sobre el camino, unos devorados en parte por los osos y los lobos del contorno y los demás, perfectamente conservados no obstante hacer varias semanas que habían caído en aquellos parajes.

No hacía mucho, habían atravesado más de cincuenta millas sin encontrar ni una mata de pasto y para conseguir algo de hierba les había sido preciso alejarse un tanto de la carretera.

El intérprete les informó, además, que una gran cantidad de emigrantes habían pasado por esas regiones durante el último tiempo y que, por esta circunstancia, a diez millas a la redonda del Fuerte Hall, no era posible encontrar ni un trozo de pradera fértil, porque lo que quedaba de ésta había sido destruída para alimentar a tanto animal de tiro como había pasado por allí. Los mismos habitantes del Fuerte Hall, así como sus animales, perecían de necesidad en grandes cantidades y que lo más acertado en tales circunstancias, era pasar lo más lejos posible de semejante lugar.

Esta pequeña caravana se puso en marcha al día siguiente, dejando el Fuerte Hall a su derecha y dirigiéndose hacia el Fuerte Boissey, otro poblado americano que se encontraba a ciento cuarenta millas más allá, sobre la carretera del Oeste.

César y yo montamos en nuestras cabalgaduras y los acompañamos, con gran satisfacción de los viajeros que no dejaron de expre-

samos su agrado por esta determinación. La verdad es que llevábamos el mismo destino. Desde ese momento, seguimos la carretera de los emigrantes, en la cual, a poco andar, tuvimos la desventura de perder mi caballo y las dos mulas. En todo el trayecto, debimos sufrir la fetidez que exhalaban los cadáveres de los caballos y de los bueyes abandonados en el camino. En sólo dos días, pudimos contar más de cincuenta de estas bestias. Dos animales más de los nuestros, caían dos días después atacados del mismo mal: cansancio, hambre...

Al segundo día de marcha, me encontré con el intérprete del que más arriba he hablado. Montaba un soberbio caballo y lucía una vestimenta de acuerdo a las circunstancias. Iba armado con una carabina de primer orden. Hablaba francés, inglés y varios idiomas indígenas. Por él mismo supe que su misión, como lo presumía, era la de recorrer estas ásperas y solitarias carreteras para socorrer a las caravanas que atravesaban el país en esos días. Cada cual le daba lo que podía para recompensarlo por aquel servicio que prestaba y que tantas veces alcanzaba una extraordinaria utilidad.

Por él supe, también, que no quedaba nada más que un día para llegar a la cascada "Humeante" del río Snane, la que se encontraba muy cerca del lugar donde él había nacido. Por esta razón es que él conocía perfectamente el país circunvecino. Me puse de acuerdo con él para que me condujera a ese lugar al día siguiente.

La valerosa y pequeña expedición a que nos habíamos incorporado, nos proporcionó víveres para varios días y nosotros nos separamos de ella, esperando alcanzarla bien pronto, a causa de la lentitud con que proseguía su marcha.

Nuestro viaje, a través de aquel país desierto, árido y arenoso, duró dos días en vez de uno, pero nos sentíamos seguros y satisfechos por la experiencia que del terreno demostraba nuestro guía.

Las grandes cataratas del río Snake llamadas "Humeantes", poseen todos los títulos para ser consideradas como una de las más raras curiosidades de la naturaleza.

No tienen ni la forma ni las proporciones de las del Niágara, pero presentan ciertos y determinados caracteres que las hacen no menos importantes y que causan admiración al espectador en un sentido bien diferente de las otras.

Sobre un espacio de cien a doscientas millas a la redonda, el país es árido y devastado como el desierto de Arabia; no se ve la más mínima expresión de naturaleza vegetal por ningún lado; ni pájaros, ni insectos siquiera; la tierra se halla recubierta de arena y

una capa blanca, compuesta de desmenuzamientos de polvo blanquecino, cuando no de cenizas volcánicas.

En el centro de esta vasta y desolada llanura, se puede observar, surgiendo, en una extensión de más de una milla, una columna de vapor que parece salir de la superficie de la tierra, en forma muy semejante a las fogatas que los caminantes encienden en algún repliegue del terreno.

No basta acercarse para comprender el origen de aquel fenómeno. Sólo cuando la boca de un profundo abismo nos detiene, advertimos las proporciones y el valor de aquella realidad.

Tal abismo, es el cauce por donde corre retumbando el río Snake o Lewis.

Si queremos contemplar estas famosas cataratas, en vez de volver nuestras miradas hacia arriba o hacia delante, tal cual se hace ordinariamente para contemplar una cascada, es necesario inclinarse o tenderse boca abajo para poder contemplar bajo nuestros ojos el paso de la corriente.

Por espacio de tres o cuatro millas, el río corre horizontalmente y de improviso se precipita a las profundidades de un agitado seno, entre dos muros perpendiculares de piedra basáltica, cuya altura puede calcularse entre ciento cincuenta a doscientos pies, con una separación entre las dos cascadas de cerca de setecientos pies, y que presentan a quinientos o seiscientos metros de distancia, ángulos salientes o profundos sobre los cuales las aguas se precipitan revolviéndose y levantando nubes de espuma.

Para comprender mejor el carácter y la forma de estas cascadas que son comunes a casi todas las corrientes de agua que salen de las Montañas Rocosas, bastará con decir que se trata de verdaderas corrientes encajonadas entre altísimas rocas que, de trecho en trecho, se precipitan a profundidades de diferente longitud, lo que crea un cauce escalonado de cataratas cada una de las cuales tiene sus características especiales dentro de la identidad de los caracteres que les son comunes.

Lo que aquí hemos descrito ligeramente es la repetición de lo que ocurre a 500 millas del otro lado de la cadena, en la gran cascada del Missouri.

Allí como aquí, la forma en zig-zag que adopta el cauce para su curso, presenta un panorama limitadísimo para la vista del que quiera observar estos curiosos saltos de agua, pero, de todos modos, la frenética y casi rabiosa corriente de una gran masa de agua que salta, hierve en espumas, azota alternativamente un muro u otro, como

La Gran Cascada del Missouri

Grupo de Mandanes



El Día y la Noche

Indios asaltando una diligencia



La serpiente y el castor

El atormentado

si fuera la diversión de un capricho furioso, ofrece al interés del espectador y al pincel del artista un espectáculo bien raro y que va más allá de cuanto puedan crear la fantasía o el sueño.

III

CREENCIAS Y TRADICIONES

Ceremonias religiosas y expiatorias de los indios de las Montañas Rocosas. — Torturas de la iniciación. — Bailes salvajes.

Los indios de esta región, manifiestan una fe muy viva en la persistencia de la personalidad humana más allá de la tumba. Este principio se encuentra en las creencias religiosas de todas las tribus de la zona, tanto al Este como al Oeste de las Montañas Rocosas, y forman parte de una doctrina y de una tradición que son comunes, no solamente a los pueblos aborígenes de América, sino que se encuentran como elementos básicos entre los primeros conceptos de la metafísica oriental, que se descubren entre los recuerdos legendarios más remotos de la alta Asia.

La doctrina es aquella que podría llamarse de la "dualidad divina", o lo que es lo mismo del bien y del mal: "Cpento Mainyu" y "Anghro Mainyu", que se encuentra en los más viejos monumentos de la lengua żenda y el "Kitsú Manitú" y "Matsi Manitú" en la mayor parte de los dialectos de la América del Norte.

En cuanto a la leyenda más difundida, ella no es otra que la de la inmersión de la corteza terrestre a causa de un diluvio universal que, salvando a una sola pareja humana, destruyó a todos los seres del mundo.

Los ritos correspondientes a tales creencias se traducen en los más populares de la "expiación de las culpas". Y como quiera que todos ellos se vinculan a aquella remota catástrofe, al tiempo que conmemoran el acontecimiento, conjuran a sus divinidades para que les libre de la repetición de semejante castigo.

Los doctos del siglo XVIII, que sobre los vestigios de semejantes ritos exhumados del polvo de la clásica antigüedad, fundaron los sistemas filosóficos tan exaltados en su hora y tan prontamente olvi-

dados después, quedaron muy sorprendidos al comprobar, que sus más arriesgadas tesis sobre todos los problemas metafísicos que se plantearon, habían sido sostenidas y practicadas, y que aun se mantenían en medio de las soledades del "Far West"; del mismo modo que las más aventuradas hipótesis, viendo la funesta influencia que ciertas costumbres ejercían en determinado grupo de la raza humana, encontraban una cabal justificación en el "O Kié Pa" de los indios Mandanes.

En mi viaje por esta zona, visité en dos oportunidades a los indios Mandanes y el único villorrio que poseen, y en donde viven reunidos en número de dos o tres mil almas, sobre la orilla izquierda del Missouri, cerca de seiscientas leguas distante de la ciudad de San Luis.

Las costumbres, las actividades, la forma de vestir de los Mandanes, los distinguen señaladamente de las demás tribus americanas. De mediana estatura, ricamente vestidos de pieles, todos llevan polainas y calzas de piel, elegantemente recamadas con cerdas de puerco-espín teñidas de diversos colores.

Cada hombre poseía su túnica y su capa o manto que tendía sobre sus hombros o recogía de las más diversas y elegantes maneras, según las exigencias del momento, los gustos personales o las imposiciones de la temperatura; cada mujer tenía su correspondiente vestido de piel de gamo o de antílope, que cubre el brazo hasta el codo y el cuerpo enteramente desde el cuello hasta los pies.

Su epidermis, el color de los cabellos y el de los ojos, daban a esta tribu una gran semejanza a otras del continente, pero había en la misma una quinta o sexta parte que tenían la piel blanca; el cabello de estos escogidos, dirémoslo así, tenía la particularidad de ser gris plateado desde la pubertad a la vejez; los ojos, azules; la cada oval, sin ninguna de las angulosidades en los pómulos o los maxilares que caracteriza a casi todas las tribus americanas. Era innegable que allí se había producido una mezcla de razas de la que surgiera una rama más perfecta.

Casi todos los hombres de esta tribu seguían una moda extremadamente curiosa y exclusiva. La cabellera que les cubría la parte posterior de la cabeza, caía sobre las espaldas en forma de trenzas aplastadas, entre las cuales dejaban un espacio de algunas pulgadas que rellenaban con una especie de goma sólida, o de arcilla roja o amarilla.

A fin de que el lector no llegue a formarse una falsa idea de las verdaderas características de estos indígenas, ofrecemos aquí un apun

te tomado directamente de ellos, con el mayor número de detalles correspondientes a su físico y manera de vestir y adornarse.

Este pueblo que también se llamaba Numah Kakie, había sido siempre uno de los más hospitalarios de la frontera de los Estados Unidos. "Jamás un mandane ha dado muerte a un hombre blanco", esta era una frase proverbial difundida en esta región, y que la tribu respetaba y repetía con justo orgullo.

Los jefes y los habitantes del villorrio, me acogieron con simpatía y se prestaron gentilmente a que les retratara, facilitándome cuanto les solicitara para el resto de las notas que deseaba tomar.

El señor Kipp, intérprete y agente principal de la compañía del Missouri, caballero bien conocido por todos los viajeros que me habían precedido o seguido por estas regiones durante una veintena de años, me dió las más completas explicaciones sobre cuanto pudiera interesarme de la vida de estas tribus.

Mucho antes de mi llegada a estas regiones, había oído hablar del "O Kié Pa", la fiesta anual de la tribu, y el señor Kipp me interesó vivamente para que me quedara hasta la celebración de la misma. Cuanto más me hablaba de este asunto, más se picaba mi curiosidad por conocerlo.

Mi decisión fué bien pronto tomada. Mientras diseñaba el retrato de un cacique, pedí a mi modelo me dijera cuando tendría lugar esa famosa ceremonia.

—Apenas —me respondió— las hojas de los sauces de la ribera se hallen bien desarrolladas.

—¿Las hojas de los sauces? ¿Qué tienen que ver ellas con vuestra fiesta?

—El pájaro llevó a la Gran Barca un ramo de sauce cuyas hojas estaban bien extendidas—me contestó.

Dejo al lector imaginarse la sorpresa con que escuchaba estas consideraciones en labios de un hombre considerado por el común de las gentes como un salvaje, y en el centro de un territorio aun no penetrado por la civilización, en el que me hallaba a cientos de leguas de todo centro culto. Todas estas palabras, como se comprenderá, no hacían sino aguijonear mi interés para llevar a cabo la investigación que me había propuesto.

A mi primera pregunta respecto a aquel pájaro de que el cacique me hablara, mi interlocutor no pudo contestar claramente; mas, tomándome del brazo me condujo por tortuosas callejuelas de la aldea hasta que descubrió un par de palomas que picoteaban flores sobre uno de los "wigwam":

—He ahí el pájaro—me dijo.

Recordé entonces, que desde mi llegada, el señor Kipp me había advertido que me era forzoso respetar estas aves que se encuentran en gran número alrededor de las habitaciones de los mandanes, los que las protegen con una respetuosa veneración.

La leyenda de la paloma, no forma parte de las tradiciones que, sobre el diluvio, conservan las otras tribus americanas. Bien es cierto que, por lo tanto, cabía suponer que los mandanes la habían recibido a través del Atlántico, en épocas inmemoriales.

Sólo gráficamente es posible darse una idea de lo que son las aldeas de esta tribu; es por esto que la ofrecemos aquí como la mejor y más exacta forma de documentación.

Como ya lo dijéramos, la tribu no tenía nada más que una aldea y las familias pertenecientes a la misma hacían sus moradas en los "wigwam", todos construídos de la misma manera: Un armazón de madera revestida por un entretejido de ramas de sauce, sobre el que se extendía una capa compacta de arcilla o de cascajo de uno o dos pies de espesor. Este cemento, después de colocado, se endurecía prontamente, permitiendo a toda la familia, incluso los perros, guarecerse bajo su techo. El diámetro del "wigwam" variaba entre treinta y sesenta pies. La cabaña era perfectamente redonda y podía contener de veinte a treinta personas.

La parte frontal del villorrio estaba bien defendida contra cualquier ataque, por los acantilados del río; lo demás, se veía rodeado por una empalizada que era a la vez trinchera, cuando los guerreros se agazapaban detrás de ella para lanzar sus flechas.

El lector puede encontrar fácilmente en el grabado que representa esta aldea indígena, "la cabaña de la Medicina", que era la primera y la más espaciosa de la población; su diámetro era de setenta y cinco pies, hallándose coronada por cuatro imágenes simbólicas, las que estaban adornadas por ricas vestiduras de los más variados colores y junto a las cuales se veían, además, algunas picas. Esta cabaña venía a ser el templo de la tribu, el cual se encontraba cerrado durante todo el año, abriéndose solamente durante los cuatro días de fiesta.

En un espacio libre en el centro del villorrio, se distinguía el Arca o "Gran Canoa", en torno a la cual se realizaban varias de las ceremonias que tenían lugar durante las fiestas. Aquel rojo símbolo, compuesto de tablas y de arcos, alcanzaba ocho o diez pies de altura y semejaba algo así como un gran tonel colocado verticalmente sobre uno de sus extremos.

En él se encontraban encerrados objetos misteriosos que sólo los sacerdotes u "Hombres de la Medicina", podían contemplar. Sin lugar a dudas, hacía muchos años que este bote se encontraba emplazado en el centro mismo del pueblo, en el cual inspiraba una veneración muy grande; debido a eso, el cuidado que se tenía por este monumento de fe, permitía que no se pudiera descubrir en él ningún desperfecto.

A cierta distancia de la empalizada, se podía distinguir una parte del cementerio. Los muertos, rápidamente embalsamados, eran envueltos estrechamente en una piel de búfalo humedecida con agua y liga; después se les coloca sobre ligeros caballetes, fuera del alcance de las manos del hombre y del contacto de los animales.

La "O Kié Pa", fiesta a simple vista profana, tiene sin embargo un significado profundamente religioso y ha sido solemnizada en casi todas sus partes por medio del ayuno, los sacrificios y todas las formas de una sincera devoción. Los mandanes la celebraban con tres motivos diferentes:

La que se refería a la conmemoración del Diluvio, que en su lenguaje llamaban "Mie ni ro ka ha cha", que quiere decir, "las aguas entran en su propio lecho"; después se efectuaba la danza de los bisontes "Bel lohk na pick"; a la rigurosa observancia de cuya ceremonia atribuían la feliz reproducción de los animales que han de servirles de alimento. La tercera de las ceremonias correspondía a la iniciación de los jóvenes que iban a entrar en la edad viril.

Estos jóvenes eran sometidos a una larga abstinencia y a terribles torturas, las que, decían, les daban fortaleza a los músculos y preparaban su ánimo para soportar valientemente los más grandes dolores. Los caciques que presidían estas escenas, juzgaban de la fuerza respectiva de los neófitos, y de sus aptitudes para soportar las privaciones y los suplicios, que han de ser propias de los guerreros indios. Por estas pruebas podían estimar cual de ellos era el más capacitado para salir con bien de los supremos peligros y, de acuerdo a estos méritos, se les encomendaba, llegado el momento, la dirección de las bandas para las acciones de guerra.

Habiendo llegado finalmente el tiempo de la ceremonia, una mañana, al despuntar la aurora, el gran Médico o Mago de la tribu hizo su aparición sobre el techo de uno de los "wigwam" y anunció que veía algo muy extraordinario en el horizonte del Poniente. Al despuntar el sol un gran hombre blanco, llegado del lado de Occidente, estaba entrando en el villorrio y se disponía a abrir la logia o cabaña de la Medicina.

En pocos minutos, los techos de las cabañas y todos los montecillos circunvecinos se llenaron de hombres, mujeres y niños que presenciaban con gran interés el espectáculo.

En el instante preciso en el que el primer rayo de sol iluminaba la aldea, un grito se elevó al unísono de la multitud y bien pronto se nos ensordecía con gemidos y prolongados gritos. Los perros ladraban y ahullaban rabiosa y lastimeramente; todo era movimiento y terror aparente; se preparaban las armas, se corría hasta el lugar donde se encontraban los caballos, como si el enemigo se hallara a la vista y estuviera por dar un asalto a la población.

Todas las miradas se hallaban ahora vueltas hacia la pradera, donde, a distancia de cerca de un kilómetro, se descubría a un hombre solitario que ascendía por la colina y avanzaba en línea recta. Pronto estuvo cerca de la empalizada, detrás de la cual un formidable contingente de hombres que llevaban picas y escudos, se había aprestado para recibirlo.

Un jefe de los guerreros, saliendo de la línea de formación, intima al extranjero a detenerse preguntándole de dónde viene y cuál es la misión que lo trae.

—Vengo—responde el aludido—de mi morada de las altas montañas del Poniente y voy a abrir la logia de la Medicina; no se me impida la entrada, de lo contrario, toda esta tribu será destruída.

El cacique y sus compañeros, en aquel momento reunidos en la cabaña del concilio, con los rostros teñidos en negro, fueron en ese momento llamados y se dirigieron solemnemente hacia la empalizada; allí saludaron al extranjero como a un viejo amigo. "Nu mohk muck a nah", el hombre único, el primer hombre. Todos le estrecharon la mano y le invitaron a entrar. Después de hacerlo, el recién llegado dirigió una pequeña arenga a los circunstantes, a los que recordaba que él era el único hombre de la humana estirpe que había podido escapar con vida del diluvio, descendiendo con su propia barca en lo alto de un monte del Poniente donde aun tenía su morada. Llegaba ahora a proceder a la apertura de la logia de la Medicina para que los mandanes pudieran celebrar el fin del diluvio y ofrecer a las aguas el sacrificio que estaba destinado a impedir la repetición de la misma calamidad.

Apenas él hubo transpuesto la puerta bajo la mirada de los jefes indios, la gritería y las manifestaciones de terror de los habitantes de la aldea cesaron como por encanto. Se dió orden a las mujeres y a los niños de guardar el mayor silencio, de penetrar en sus respectivos "wigwam", y de poner el bozal a los perros durante todo aquel día que pertenecía al Gran Espíritu.

Hombres, mujeres y chiquillos, y hasta los perros, representaban a maravilla su parte en esta escena espantosa y extraña, que yo no me hubiera sentido con los nervios suficientemente fuertes para continuar contemplando, si el señor Kipp no me hubiera advertido que éste era el preludio de la ceremonia, y que no me convenía perder un minuto si es que quería hacer un bosquejo de todo aquello que tenía ahora la oportunidad de ver.

Había, pues, seguido a mi huésped hasta la empalizada y asistido al recibimiento de aquel extraño visitante. A primera vista, éste parecía viejísimo y no mostraba otro indumento que una veste hecha con cuatro pieles de lobo blanco; su cuerpo, el rostro y los cabellos habían sido blanqueados con arcilla y a cierta distancia, yo lo hubiera tomado por un anciano centenario de nuestra raza. Llevaba este extraño personaje una gran pipa en la mano izquierda, objeto éste al que se asigna en estos casos un carácter sagrado que recibe la mayor veneración por parte de las gentes del pueblo.

Seguido de la multitud, en perfecto orden y silencio, "el primer hombre", penetró en la logia de la Medicina, que él sólo parecía tener el derecho de abrir, y me aseguraron que nadie, desde el año precedente había entrado allí.

Los jefes de tribu regresaron después al salón del Concilio, dejando al misterioso personaje como dueño y poseedor exclusivo de la gran cabaña.

Muy pocos instantes después, el anciano aparece en el umbral de la cabaña y reclama la ayuda de algunos, para que le ayuden en los trabajos de la jornada.

No todos podían prestarse a este servicio; los que debían cumplirlo, eran "cuatro hombres del Oriente, cuatro del Occidente, cuatro del Norte y cuatro del Sur, cuyos pies y manos fueran lo suficientemente puros y limpios a fin de no mancillar el santo edificio".

Los individuos no tardaron en comparecer y se pusieron al punto en cumplimiento del deber para el que se les reclamaba, el cual era arreglar el interior de la cabaña y los objetos del culto que se encontraban dentro de la misma, para la ceremonia que debía verificarse al día siguiente.

El pavimento de la choza, hecho de arcilla mezclada con pedregullo y los muros formados por un cemento en forma de red, fueron cuidadosamente adornados con ramas de sauce y con yerbas de la pradera en ese mismo día cortadas.

Al día siguiente, en tanto que los mandanes se hallaban encerrados en sus propias casas con prohibición de salir de ellas, "el pri-

mer hombre" se presentó a la puerta de cada cabaña y colocándose en el umbral, llamaba al jefe de familia:

—¿Quién está ahí? ¿Qué quiere de mí? —respondían a esta llamada.

—"Nu mosk muck a nah" refería entonces la destrucción del género humano por medio del diluvio, y decía: "Yo fuí salvado en la Gran Canoa y mi morada se encientra hacia occidente. Yo soy el que abre la logia de la Medicina, para que los mandanes celebren sus sacrificios anuales. A la puerta de cada "wigwam", vengo a pedir un objeto aguzado que ofreceré a las aguas, puesto que con tal instrumento fué construída la Gran Canoa".

En todas partes se le entregaba un objeto afilado de acero o de hierro, ya preparado para las circunstancias.

Por la noche, el anciano depositaba su colecta de herramientas en el interior de la logia y no se ocupaba en más actividades hasta el siguiente día.

Aquella noche, solamente el anciano reposaba en el interior de la cabaña.

Al día siguiente, al despuntar el alba, el anciano aparecía en el umbral de la puerta de la cabaña de la Medicina y hacía un llamamiento a los jóvenes de la tribu que se quisieran dedicar a la carrera de las armas, invitándolos a abandonar las cabañas respectivas, donde el resto de los habitantes de la villa estaban encerrados.

De allí a pocos momentos, unos cincuenta jóvenes, todos aquellos de la tribu que desde el año anterior habían alcanzado la edad prescrita, formaban un magnífico grupo delante de la cabaña sagrada. Sus cuerpos se hallaban absolutamente desnudos, pero revestidos desde la cabeza a los pies de un emplasto de arcilla de varios colores, blanco, rojo, amarillo, azul turquesa o verde. Cada uno de ellos, llevaba el escudo de piel de búfalo al brazo, el arco en la mano izquierda, el saco de medicina en la derecha. Todos estos jóvenes se alinearon en "fila india" siguiendo al "primer hombre" hasta la cabaña de la logia donde tomaron un puesto a lo largo de la pared, sosteniendo el arco y el carcaj sobre la cabeza, después de tenderse en tierra, a lo largo.

"El primer hombre", llama ahora al principal médico o mago de la tribu y le hace solemne entrega de la pipa que durante todo el tiempo anterior él había llevado tan respetuosamente, pipa que —según el rito y la tradición— "había sido salvada con él en el diluvio", y que venía a ser como el eje principal de toda la ceremonia.

Después de esto, "Nu mohk muck a nah", estrecha la mano del

mago y abandona la cabaña anunciando que regresaba a su morada del Poniente.

No se le volvería a ver hasta el año siguiente, en que de nuevo llegará para abrir, una vez más, la cabaña de la Medicina.

El anciano atraviesa luego el villorrio, toca la cabeza al jefe ceremoniosamente y desciende por la colina, siguiendo el mismo camino por el que se le viera llegar.

Llega ahora la oportunidad de referir como yo pude entrar en el templo en el cual ningún blanco antes que yo había podido penetrar, para conocer el misterio de la logia de la Medicina, misterio escondido a los profanos con tanto cuidado, que en el corredor por el cual se llegaba al recinto por dos puertas, dos centinelas armados alejaban a los curiosos, especialmente a las mujeres, las que, según me fué asegurado, no alcanzaron jamás a echar ni siquiera una ojeada en el interior del recinto.

El mismo señor Kipp, que desde hacía ocho años visitaba aquel villorrio, como agente de la compañía peletera, no había podido lograr el permiso para entrar en el sagrado recinto. Afortunadamente para mí, había terminado apenas el retrato del ilustre médico, gran maestre de la ceremonia y su vanidad satisfecha salvaba todos los obstáculos. En un exceso de satisfacción, él se sube a la techumbre de una de las cabañas y desde allí, teniendo la tela del retrato que yo le hiciera con ambas manos, grita a sus compatriotas:

—Yo soy el más grande de la tribu porque este señor me ha retratado a mí antes que al cacique. Catlin es "el médico" más grande de los blancos, ya que había sabido lograr su semejanza con tanta fidelidad, que las mujeres y los niños que veían la obra reían a más no poder contemplándolo.

Este hombre, director supremo de la logia sagrada, me vió en pie frente a la puerta con el señor Kipp, uno de los empleados de éste y con un sirviente mío y sin más ni más se llega hasta el grupo que formábamos, me toma del brazo y me conduce cortésmente hasta la sala, consintiendo en que mis acompañantes gozaran del privilegio que se me concedía. Esta circunstancia me fué ciertamente muy grata, pues su presencia allí me permitiría asegurarme sobre la fidelidad de los apuntes y de los datos que allí debía tomar.

Tomamos desde ese momento nuestro sitio en el interior de la cabaña, que casi ya no abandonamos en todo aquel día, como en los tres sucesivos, y desde el amanecer hasta la puesta del sol.

El gran maestre de ceremonias se tendió junto al fuego que se había encendido en el centro de la cabaña y teniendo siempre en una mano la pipa de la Medicina, se dió a gemir y a llamar al Gran Es-

píritu, amonestando después a los jóvenes candidatos que durante cuatro días y cuatro noches no debían ni comer, ni beber, ni dormir. Estas duras privaciones producían, como podrá imaginarse, un gran desfallecimiento en quienes las tenían que soportar; demacraban los rostros, enflaquecían los cuerpos y preparaban a aquellos jóvenes para las grandes torturas. Este acto de velar las armas, según la tradición, se llamaba: "Retorno de las aguas al propio lecho".

El aspecto de la logia era en aquellos momentos extraño y pintoresco. Sobre el suelo, adornado como las paredes de ramas de sauce y de hierbas aromáticas, se habían distribuído simétricamente cabezas de bisonte y cráneos humanos.

Junto al mago se encontraban odres sobre los cuales se mantenía el más profundo respeto y cuya fabricación había debido exigir un gran cuidado y una mayor destreza. Estas originales vasijas, contenían quince o veinte litros de agua, y estaban construídas con cuero de bisonte cosido en forma de poder darles una forma semejante a una gran tortuga en posición supina.

Cada odre llevaba una especie de cola formada con plumas de cuervo y una como varita, que servía a los músicos para golpearla marcando en ella el tiempo de las danzas sagradas. No olvidemos también con este "Ih ti ka" o tambor, otros dos instrumentos muy importantes que se hallaban colocados uno junto al otro; se trataba de dos carracas en forma de calabazas vacías y hechas de cuero en bruto y luego desecado.

Los odres daban la impresión de ser antiquísimos. A este respecto, los mandanes me aseguraron que estos recipientes contenían agua desde la época del diluvio y había que renunciar a conocer la época en que los habían llenado de nuevo...

Ofrecí varias veces y ante la concurrencia, cien dólares a cambio de uno de esos tambores de tan extraña forma y ornamentos; pero... eran una cosa de "Medicina" que no se podía ceder a ningún precio.

Durante tres días y una parte del cuarto, permanecimos en el interior de la logia. Fuera de allí, alrededor de la "Gran Canoa", los habitantes del villorrio, celebraban una cantidad de curiosas y grotescas ceremonias, la más original de las cuales fué, ciertamente, la llamada "Bellohk na pick", danza que, como he dicho antes, aseguraba, según los naturales, el paso de los bisontes que habían de servirles de alimento durante todo el año.

Esta escena coreográfica se repite cuatro veces durante el primer día, ocho durante el segundo, doce el tercero y diez y seis el cuarto, siempre ante la "Gran Canoa".

Los corifeos de este baile salvaje y extraño, eran ocho mandanes

vestidos de pieles de bisonte, a los que no se había despojado ni de los cuernos ni de la cola. Tratando de mantenerse en posición horizontal, los bailarines trataban, de la mejor manera posible, imitar los movimientos característicos de las fieras que representaban. La piel de la cabeza les servía al mismo tiempo de máscara y por el agujero de los ojos, miraban.

Estos hombres, absolutamente desnudos, estaban pintados de la misma manera, produciendo un efecto verdaderamente extraordinario. El tronco, los miembros y la cabeza, aparecían pintados de negro, rojo y blanco; dos círculos concéntricos señalaban todas las articulaciones, hasta la de los maxilares, los dedos y los pies. Sobre el abdomen llevaban pintado el rostro de un niño, del cual, el ombligo representaba la boca.

Una trenza de crines de bisonte adornaba su peinado; en la mano derecha tenía la carraca y en la otra, un delgado bastón del largo de seis pies. Finalmente, un haz de ramas de trigo que iba fuertemente atado a sus espaldas, completaba el adorno de estos bailarines.

Así disfrazados, nuestros ocho actores formaron una cuadrilla y se colocaron a los cuatro lados del "Arca", representando de esta manera los cuatro puntos cardinales. Entre cada uno de estos grupos, que hacían los mismos pasos de baile y que volvían las espaldas al "Arca", nuevos bailarines, llevando en la mano bastón y carraca, no tardaron en comparecer. En número de cuatro, los últimamente llegados tenían por únicas vestiduras una magnífica sotana de piel de armiño y plumas de águila, y un atavío para la cabeza compuesto con los mismos ricos elementos.

Dos de éstos, representando "la noche" estaban teñidos totalmente de un negro brillante mediante un compuesto de grasa y carbón. Sobre esta superficie se habían imitado los estrellas mediante manchas blancas; los otros, luciendo una pintura roja, cual sólo podía darles el uso del cinábrio, mostraban líneas blancas, las cuales representaban los rayos del sol de la mañana, pues ellos simbolizaban "El día".

Estos doce personajes, los únicos que se hallaban empeñados en la danza propiamente dicha, la repetían de nuevo una vez terminada, sin darle una variación aparente. Buen número de otros indígenas, aparecían representando a diversos animales del país, lo que prestaba a la escena un más desconcertante carácter. Bien merece ella una descripción.

Todo se hacía bajo la dirección del viejo director de ceremonias, el "O kie pa Ka sie ka", simplemente recubierto por una densa capa de arcilla amarilla que le cubría hasta los cabellos.

Cada vez que se renovaba la danza, el anciano, con la indispensable pipa en la mano, salía de la cabaña seguido por unos hombres que llevaban unas trompetas y de cuatro viejos teñido el cuerpo de rojo, con plumas de águila en la cabeza y cargados con los tambores hechos bajo la forma de tortuguitas. Los cinco acólitos se iban a sentar cerca del "Arca" y cantaban al compás de sus instrumentos, en tanto que el personal que dirigía todas estas ceremonias, daba grandes y repetidos gritos llamando al Gran Espíritu. Del lado opuesto, dos hombres pintados de amarillo, encogidos sobre el pavimento y vestidos con pieles de oso gris, bajo cuyo disfraz escondían su semblante, daban saltos continuamente, haciendo como si intentaran devorar cuanto se les colocaba al alcance de sus abiertas fauces, así como hacían movimientos de amenaza de lanzarse sobre los danzarines.

Para obligarlos a estarse quietos, las mujeres les presentaban algunos platos conteniendo trozos de carne, que en el momento en que éstos iban a tomarlos venían dos "águilas calvas" y se los arrebataban llevándolos a la pradera. Estas águilas eran dos individuos vestidos de negro, menos en la cabeza y llevaban los pies y las manos blanqueados de arcilla.

Estos últimos personajes, eran al punto seguidos por un numeroso grupo de antílopes, criaturas teñidas de amarillo, excepto la cabeza, que ostentaban de color blanco y adornados con una cola de pelo de gamo.

Se podían ver además en esta presentación zoológica, dos "cisnes" blancos, con el pico y las patas negras.

Dos "serpientes de cascabel", con el cuerpo cuidadosamente pintado en forma de semejar lo más aproximadamente posible la piel del reptil, se presentan a su turno. Cada uno de los actores lleva en la mano una carraca y un haz de salvia silvestre.

También aparecieron dos castores. Su indumentaria consistía en una piel de bisonte por la cual sacaban la cabeza. A la cintura llevaban una cola del animal que representaban.

Los buitres no podían faltar en esta danza y, efectivamente, se veía a dos de ellos de cuerpo obscuro, cabeza y espaldas azul turquesa y pico rojo.

Sigamos la enumeración; para terminarla: dos "lobos". Estos se dedicaban a seguir a los antílopes o a las gacelas y en algunas ocasiones llegaban a apoderarse de aquellos niños que las representaban; cuando ésto tenía lugar, los osos grises corrían como si fueran a devorarlos en castigo de haberles arrebatado la carne que las mujeres les ofrecieran.

Casi todos estos actores, imitaban bastante bien las actitudes y costumbres de sus modelos, cada uno tenía una canción especial, que repetía constantemente durante el baile sin por esto entender el sentido de lo que estaba diciendo: Eran himnos "de Medicina", cuyo significado se había perdido u olvidado por el vulgo siendo únicamente comprendido por los únicos invitados que desde la juventud y a un precio bárbaro, se hacían iniciar en los misterios.

Hacia el fin de la danza, varios de los actores se ponían a mugir, cantar o gritar —cada uno de acuerdo a su talento— y bien pronto quedaba formado un coro de voces discordantes ensordecedor.

Unos bailaban, otros saltaban, había quien realizaba esfuerzos como si fuera a volar. Los castores daban colazos, los osos zarpazos, las serpiente agitaban sus anillos, los lobos ahullaban, los bisontes chocaban con sus testas y se levantaban sobre las patas posteriores; en fin, todos de consumo se abalanzaban en masa hacia una cabaña un poco lejana, donde fueron a sentarse en parlería pintoresca, hasta que el maestro saliera nuevamente de la logia y, apoyado en el "Arca", llamáse en torno a sí a bailarines, músicos, cuadrúpedos y pájaros.

También esta cabaña, que durante los cuatro días de la fiesta servía de vestuario a los actores, era una "Logia de la Medicina" y, como tal, estaba formalmente vedada la entrada a quien no tuviera participación en aquella ceremonia. El director en jefe de las ceremonias se complació en confiarme a un mago, bajo la custodia del cual, pude asistir a las diversas fases del arreglo y preparación de los actores. Solamente una imaginación asaz fecunda puede figurarse este espectáculo. Ninguno se ocupaba para nada de su arreglo personal. Cada uno de ellos, rígidos, en pie o tendidos, no se movían para nada, parecían verdaderas estatuas en manos del artista que estuviera modelándolas. Cada pintor tenía su misión especial, su particular diseño y todos trabajaban con la mayor diligencia para merecer los aplausos del público cuando sus "obras" salieran a la vista de los espectadores.

Es muy difícil —aunque se crea lo contrario— darse una idea exacta del efecto que producía aquella grosera pintura en cuerpos desnudos. Yo lo confieso: se trata de una de aquellas escenas, que no se pueden imaginar a menos que se haya sido testigo presencial de las mismas. Ninguna descripción es capaz de hacernos imaginar la extraordinaria belleza que presentan estos hombres de formas escultóricas, pintados de vivos colores, reunidos en grupos o moviéndose rápidamente.

Cerca de cuarenta hombres formaban parte de la danza y repre-

sentaban cuadrúpedos, pájaros y reptiles del país; cuarenta jovencitos representaban las gacelas; en total, ochenta individuos pintados de la cabeza a los pies y de la manera más fantástica.

Agreguemos a todos estos los cincuenta neófitos que esperaban la hora de la tortura en la logia sagrada, y los cuales también aparecían cubiertos de arcilla de color rojo, verde y turquesa, y nos hallaremos con un compacto grupo de ciento treinta personajes sobre cuyos miembros, y hasta cabellera de los cuales, no puede descubrirse una pulgada que nos descubra su color natural.

Durante cada una de estas danzas, los cuatro viejos que redoblaban sobre los tambores-tortuga, suplicaban con sus cantos al Gran Espíritu que les siguiera concediendo sus favores y les otorgara abundancia de bisontes para el año siguiente. Estos entraban después en la logia, para mantener con sus rezos el coraje y la firmeza de los jóvenes: "El Gran Espíritu, decían, ha escuchado nuestras voces; gracias a él la atmósfera estaba ahora llena de paz y de felicidad; las mujeres y los niños podrían cerrar las fauces y aferrar las garras de los osos grises; en fin, todos eran buenos augurios si desde el principio de la fiesta se llamaba al Espíritu maligno y éste no había osado responder a su intimación".

Pero durante el último día, en medio del baile final, un repentino rumor corre a través de todos los grupos de la gente que se halla reunida en amable charla y anuncia la llegada de un misterioso personaje que viene del Occidente. Las mujeres empiezan a gritar otra vez, los perros a aullar y todos los ojos se vuelven hacia la pradera. A una distancia de dos o tres kilómetros se podía ver un hombre negro que avanzaba en zig-zag y se lanzaba con repentinos saltos en diversas direcciones. Finalmente se dirigió hacia la aldea, a la que entraba entre los chillidos de las mujeres y de los chiquillos que simulaban la máxima consternación.

"O Ke He Di" (el espíritu maligno) se precipitó ahora sobre la plaza donde continuaba la danza de los bisontes, y cada uno al que se acercaba el monstruo, apretaba a correr huyéndole. El cuerpo del maligno, tinto en negro intenso, logrado con grasa y carbón machacado, estaba adornado con círculos de arcilla blanca, trazados sobre el busto, en los miembros y hasta alrededor de los ojos; dentadura blanca, figurada con enormes ganchos, que surgían de la boca, y con las dos manos empuñaba una delgada varilla de ocho pies de largo y terminada en una como manzana roja que él hacia resbalar por el suelo.

Después de haber atravesado la multitud que circundaba a los danzarines, el "espíritu maligno" se dirige a los grupos formados por

las mujeres, las que comenzaron a huir presas del mayor terror, cayendo unas sobre otras y pidiendo socorro.

"O kie pa Ka sie ka" (el gran maestro de ceremonias), dejando su sitio junto a la Gran Canoa sobre la que se apoyaba, gimiendo largamente durante toda la danza, no tardó en correr al encuentro del monstruo, armado de su pipa sagrada. Al encontrarse aquellas dos figuras, el anciano miró fijamente a aquel hórrido personaje y levantando ceremoniosamente el misterioso símbolo, mantuvo a su enemigo en sosiego hasta que las mujeres y los niños fueron puestos bajo seguro.

A cada nueva tentativa del espíritu maligno, que a cada instante procuraba turbar la paz de la parte débil de la población, el jefe de ceremonias abandonaba su puesto junto a la Gran Canoa para enfrentarse con el demonio y ponerlo en fuga.

Estas escenas se repitieron hasta que el hombre negro, pareciendo confuso y delibitado, se acercó al lugar donde se realizaba la danza, donde las mujeres, pasado el pánico, lo siguieron y rodearon.

En estas circunstancias, una vieja matrona, avanzó a paso de lobo hasta el demonio y con las manos llenas de fango amarillo, se las restregó por los hocicos, cayéndole parte del barro por el cuerpo, del cual docenas de manos estaban pellizcándole la pintura, hecha a base de grasa de oso. Aquel desgraciado iba buscando un lugar propicio donde substraerse a un nuevo asalto. Diversos proyectiles, además, le eran arrojados de todas partes.

Finalmente, una muchachita se apoderaba de su varilla rompiéndosela en dos pedazos sobre sus propias piernas. Sus compañeritas, apoderándose de los trozos, los hicieron añicos, que finalmente arrojaron al aire entre exclamaciones de victoria. En un momento desaparecieron su poder y sus colores, dándose a lanzar tristes gemidos; y así, lamentándose, se dirigió corriendo hacia la pradera, donde otro grupo de mujeres se abalanzó sobre él saliendo de las empalizadas, y llenándolo de improperios, de escarnio y de fango, lo persiguió un buen trecho, hasta que desapareció por donde había venido.

Todas estas "guerreras" entraron luego en la aldea con aire triunfal y tomaron parte en la fiesta. Cuatro de las participantes en la lucha contra el espíritu del mal, llevaron hasta frente a la logia a la mujer que había vencido al demonio y la subieron sobre el techo, precisamente sobre el lugar donde se abría la puerta.

De pie, por algunos minutos, en aquel pedestal, arengó durante algunos momentos a la multitud:

—"Yo soy —decía— la madre de los bisontes; estoy en posesión de la fuerza creadora, tengo derecho de vida o muerte sobre

todos. Está en mi mano poder lograr que los bisontes vengan, o impedir que lo hagan".

Inmediatamente después, descendiendo de la techumbre, ordenó que los bailarines se detuvieran y llevaran sus tambores a la logia. Dispuso igualmente que los demás actores se retiraran a la cabaña del "bestiario". De cuatro palos, ya colocados anteriormente, hizo colgar cuatro cabezas de bisontes y los cráneos humanos que se hallaban esparcidos por tierra en el sagrado recinto; invitó a los jefes a entrar y sentarse para que sirvieran de testigos de los tormentos que se iban a imponer a los jóvenes, en tanto que hacía una señal al jefe de ceremonias para que empezara a fumar su pipa junto al fuego sagrado, y, finalmente, dió la voz de mando para que los "operadores" penetraran al local.

Estos "operadores", armados de cuchillos y de astillas de leña, debían dar comienzo a la sangrienta operación. El acto siguiente fué el pedido que esta mujer hiciera del más rico vestido que se pudiera encontrar en el villorrio para colocárselo, como la más justa recompensa para quien había sido capaz de vencer al demonio y tenía el poder de crear todos los bisontes necesarios para el consumo de la población, durante un año entero. Su exigencia era perentoria: reclamaba esas vestiduras para dirigir durante esa tarde la danza y el banquete de los bisontes.

El jefe de ceremonias se encargó de hacerle llegar solemnemente, las vestiduras solicitadas, la entrega de las cuales la hizo el anciano con las siguientes palabras:

—Joven mujer: tú has conquistado hoy un gran renombre y esta noche tendrás el honor de presidir la danza en el banquete de los bisontes.

De esta manera terminaron las alegrías de la mañana durante el cuarto día del "O gie pa". El símbolo de la ceremonia últimamente descrita puede definirse de este modo: El espíritu maligno quería, pérfidamente, turbar las ceremonias religiosas de los mandanes, pero todos sus designios fueron desbaratados por el mágico poder de la sagrada pipa y aquellas mismas a que él venía a engañar, lo habían expulsado ignominiosamente del poblado.

Restablecida en toda la población la calma, se dispuso someter los candidatos alineados junto a la pared de la cabaña, a los tormentos que ya habían comenzado para ellos con tres días y medio de ayuno, y cuyo acto vendría a ser el final de aquellas ceremonias extrañas.

Dos hombres se encontraban en el centro del recinto; el primero, armado de un cuchillo con punta y doble filo, pero con éstos y aquélla embotados, para someter a un mayor tormento a los que debían

soportarlos; se hallaba allí para practicar las incisiones prescritas, en la carne de los neófitos. El otro se hallaba provisto de astillas de madera del espesor de un dedo y aguzadas por los dos extremos, instrumento que se debía colocar en las heridas, apenas el otro hubiera retirado su cuchillo.

Estos dos sacrificadores, probablemente magos también de la tribu, tenían el cuerpo teñido de rojo, y la cabeza, manos y pies pintados de negro. Una máscara velaba el rostro del que empuñaba el cuchillo: era preciso que actuara de incógnito riguroso frente a sus víctimas. Su cuerpo, así como también el de su compañero, estaba cubierto de cicatrices, cuidadosamente marcadas con colores resaltantes.

Era el testimonio indiscutible de que ellos habían pasado también por el mismo martirio.

Uno de los desventurados candidatos, finalmente, se irguió y, adelantándose hacia los sacrificadores, se tendió entre ellos.

El operador aferrándole sucesivamente la piel y la carne del antebrazo, con el índice y el pulgar, la del codo, la de las piernas por arriba y por debajo de la rodilla, en la pantorrilla y en la región del peroné, perforó lentamente con su arma las citadas regiones y después pasó a repetir la operación en el pecho y en la espalda.

Cuando llegaban al lugar del suplicio, algunos de aquellos jóvenes, viendo que yo tomaba apuntes, me hacían signos de que me aproximara y que les examinara de cerca a mi sabor, prestándose a aquella bárbara operación sin que ni un solo músculo de la cara se moviese o temblase. Más aún; me miraban sonriendo en el mismo instante en que el arma penetraba en sus carnes con un sordo crugido que me hacía temblar, en tanto que una húmeda nube velaba mis ojos a la vista de aquella sangre que corría de sus cuerpos.

Hechos aquellos tajos y colocadas en su interior las astillas que se habían preparado, se hizo colgar de la parte superior de las vigas situadas en el techo del "Wigwam", una cuerda hecha de cuero crudo, la cual fué atada por uno de sus extremos a las astillas de la espalda del martirizado.

Cada uno de éstos tenía en sus manos el saco de la "Medicina"; su escudo, quedó suspendido de la astilla del brazo derecho y de todas las demás, se colgó el cráneo de bisonte, cuyo peso debía impedir al torturado poder moverse.

A una señal dada, unos hombres que se habían colocado en lo alto de las vigas, tiraron de la cuerda y con ella levantaron el cuerpo del novicio, a tres o cuatro pies del suelo, en forma que quedara

materialmente colgado. Cuando el novicio estuvo colocado de tal suerte, otro de los ejecutores de la ceremonia se le acercaba y con un fuerte impulso, que luego aceleró mediante una pértiga, imprimía al cuerpo colgante un vestiginoso movimiento de rotación.

Este movimiento solo se suspendía cuando el joven aspirante a guerrero quedaba desvanecido. Ni en esta operación, ni durante las anteriores, estos jóvenes habían proferido ni un grito, ni lanzado una queja, ni hecho siquiera la más mínima señal de dolor o desfallecimiento.

Al iniciarse esta parte del suplicio, todos los presentes se dieron a llamar a gritos al Gran Espíritu, implorándole concediera a los jóvenes la suficiente fuerza para soportar aquellos tormentos. Yo no sabría decir todo lo de lúgubre que para mí tenían aquellos clamores, que se iban extinguiendo a medida que el joven perdía gradualmente el sentido.

Nunca pude lograr la traducción de aquel ruego que hacían en ese momento.

Pero era indudable que el mismo formaba parte del rito clásico.

Cuando sin aliento alguno, el infeliz martirizado, con la cabeza rebotando sobre los hombros, sobre el pecho y sobre la espalda, con la lengua colgándole de la entreabierta boca tenía todo el aspecto de un cadáver, los presentes proferían a coro las palabras: "¡Muerto! ¡Muerto!...", los sacrificadores que hacían girar al martirizado cesaban en su afán, la cuerda se deslizaba por su sostén superior y el cuerpo descendía a tierra. El suplicio había durado de quince a veinte minutos.

El excesivo dolor causado por esta tortura, durante la cual se dejaba oír aquel coro de lamentos de que ya hemos hablado, era debido al desgarramiento interno de los tejidos que se producía por la velocidad del movimiento giratorio y por la multiplicación del peso del cráneo de bisonte al ser impulsado por la fuerza centrífuga.

Después de esta horrible prueba, en la cual participaban en número de dos o tres por vez, un hombre avanzaba y retiraba los cuerpos yacentes en tierra. La cuerda, con las astillas en que se hallaba aferrada, también era desceñida, librando así pecho y espalda de los elementos de martirio que más dolorosas señales habían dejado en aquel cuerpo. Las demás artillas continuaban incrustadas en la carne.

Este joven, tendido en tierra, parece, en estos momentos, un verdadero cadáver; sin embargo, está vedado a los asistentes prestarles el menor auxilio. Según la tradición del ceremonial, el neófito goza en estos momentos del inestimable privilegio de haber ofrendado

su vida a la custodia del Gran Espíritu; sólo al Gran Espíritu le estaba permitido prestarle las fuerzas para alzarse y caminar.

Apenas uno de estos desventurados era capaz de levantarse y dirigirse al otro extremo de la logia, donde, ante un cráneo de bisonte y con un hacha en la mano se hallaba sentado un hombre, con el cuerpo teñido de rojo y con la cabeza, manos y pies pintados de negro.

El joven martirizado levantaba el dedo meñique de la mano derecha y lo ofrecía al Gran Espíritu, agradeciéndole en alta voz que hubiera escuchado sus oraciones y conservado su vida durante la prueba tremenda que acababa de soportar. En un abrir y cerrar de ojos, el hombre de rojo le colocaba la mano sobre un tronco y de un golpe le cortaba el dedo ofrecido.

He visto varios de estos jóvenes ir en sus ofrendas más allá de lo exigido, pues ofrecían además el anular. Se quedaban con los dedos indispensable para poder empuñar el arco.

Como prueba testimonial del coraje de esta raza de valientes, se me hizo ver las cicatrices que ostentaba en su pecho uno de los jefes, que, voluntariamente se había sometido varias veces a la espantosa tortura que estaba presenciando.

Parecía como si los neófitos no se preocuparan mayormente de sus heridas; contribuía a ello, la circunstancia de que la cortadura de las arterias digitales no producían hemorragia alguna ni inflamaciones. Es indudable que a esto contribuía de modo decisivo el estado de debilidad en que por el ayuno se encontraban los jóvenes aspirantes, durante cuatro días privados de toda nutrición.

Todos estos suplicios se realizaban a la vista de los jefes y de otros dignatarios de la tribu, que venían a reconocer entre los candidatos el espíritu mejor templado y el alma más vigorosa. En tales momentos recordaban siempre a algún joven de extraordinario coraje y superior naturaleza que, habiéndose sobrepuesto al martirio, había permanecido sin desmayarse durante toda la prueba. Para éstos se reservaban los puestos de mayor confianza y peligro en la jefatura del ejército.

IV

FIN DE LAS TORTURAS DE LA INICIACION

La muerte de una tribu.

A medida que seis u ocho jóvenes iban siendo pasados por la prueba descrita, se les sacaba de la logia, con el cráneo del bisonte todavía colgándole de las astillas y rodando arrastrado tras ellos. Nuevas pruebas les esperaban.

Esta parte de la ceremonia llamada "Jeh ki nah ka Na pick", o sea la última carrera, tenía lugar ante la tribu unida. Los "Búfalos", despojados ahora de sus máscaras y los demás actores con la cabeza adornada de plumas de águila se hallaban ahora dispuestos en círculos y se mantenían unidos, merced a unas guirnaldas de sauce que sostenían con las manos.

Todos estos dieron principio bien pronto a lanzar agudos gritos y a girar en torno al arca con una fantástica velocidad. Fuera de aquel círculo, las víctimas, todavía ensangrentadas, fueron colocadas a igual distancia una de la otra. Dos jóvenes de formas atléticas pintados en azul turquesa y rojo, y llevando en la mano una vara de sauce, agarraron a los martirizados por las astillas incrustadas en sus brazos y los arrastraron en una carrera loca alrededor de la Gran Canoa.

Los cráneos de bisonte y otros objetos que se han colgado de las astillas ruedan y saltan detrás del grupo en el que va un joven para el cual todo paso, todo movimiento, representa un agudísimo dolor, una desesperante tortura, que es saludada con gritos y clamores de aprobación por parte de la multitud que presencia el espectáculo.

Esta desaforada gritería tiene por objeto apagar la voz del dolor de aquellos infelices que en esta parte del martirio ya no pueden por menos de lanzar agudos gritos de dolor.

No había uno solo de estos infelices que no acariciara la esperanza de correr todo el tiempo a que se le sometiera en la prueba sin perder el conocimiento y de levantarse primero que sus compañeros de martirio después de haber perdido el sentido; pero se hallaban tan extenuados que casi todos cayeron vencidos por la debilidad apenas recorrida la mitad del círculo y en ocasiones vinieron a dar con el rostro en el fango, arrastrados por los martirizadores, que no los dejaron

hasta que de sus cuerpos se habían desprendido, desgarrándolos, las últimas astillas.

Esta última era una tortura que se consideraba indispensable: las honrosas cicatrices que ellos tanto estimaban no se producirían si la astilla no fuera arrancada violentamente, desgarrando la carne. Lo ideal era que quedara en el sitio ocupado por la madera, un tajo por lo menos de una pulgada.

Tan firmemente se aferraban al cuerpo del neófito muchas veces estos pequeños trozos de leño, que para arrancarlos, era preciso que en el curso de la carrera, varios de los espectadores se arrojaran sobre el cráneo del bisonte y tiraran de él hasta desprender el objeto del martirio.

El infortunado joven, libre al fin de todos estos apéndices, quedaba tendido en tierra, semejante a un cadáver despedazado y los dos torturadores que lo arrastraran, huían a toda prisa hacia la pradera, como para substraerse del castigo que pudiera corresponderles por su terrible tarea. Corrían enarbolando sus ramas de sauce.

Nadie hubiera osado jamás, venir en socorro de los pobres iniciados. Estos se encontraban ahora, de nuevo, bajo la custodia del Gran Espíritu; de éste debían surgir las fuerzas para que el joven se levantara por sus propios medios.

Veía ahora a uno de ellos, cubierto de arroyos de sangre, emprender una marcha vacilante entre la multitud y dirigirse hacia su "Wigwam", donde inmediatamente era curado de sus heridas y donde, finalmente, podía reparar sus fuerzas con el alimento y el sueño.

Los jefes de la tribu asistían con interés a estos últimos pasos dados por el novicio para juzgar con conocimiento de causa del coraje del futuro guerrero.

Apenas ocho jóvenes habían realizado esta prueba, un número igual pasaba a someterse a las torturas de la misma. Unos cincuenta aspirantes pasaron aquel día de horror ante mis ojos.

El número de las incisiones que se les hacía en el cuerpo, era igual para todos, pero a los de la primera prueba, se daba al novicio la opción a ser suspendido por el pecho o por la espalda. En cuanto a la extracción de las astillas, podía optarse por la extracción violenta en la carrera que hemos descrito o por la caída de estos cuerpos extraños, después de vagar largos días por la pradera, supurando sangre y humores de sus heridas.

No debo olvidar decir que estas heridas, nunca, jamás, tuvieron una consecuencia funesta para ninguno de los que las experimentaron. La tradición de la tribu, sólo menciona un caso de muerte. El cadáver permaneció durante tres días en tierra, sin que parientes ni

amigos hicieran algo por socorrerlo en la agonía, ni levantarlo ya fallecido: se esperaba siempre que el Gran Espíritu lo reanimara. La víctima, según los doctos de la tribu tenía más bien motivos de considerarse entre los privilegiados, pues su fin era una expresión de la voluntad del Gran Espíritu, para bien del alma del caído.

Después que el último iniciado hubo dejado el local de la logia, el Gran Mago penetró en ella sin compañía alguna. Una vez dentro, debía recoger los instrumentos del suplicio, hacía con ellos un lío y acercándose a la ribera del Missouri, escoltado por toda la tribu, con muchas ceremonias, hacía de esos objetos un don propiciatorio a las aguas del río, lanzándolos al fondo de un abismo, donde debían desaparecer para siempre. Después, invitaba a toda la nación allí reunida, a dar gracias al Gran Espíritu.

Así finalizaba el "O kie pa".

. . . .

Resta ahora hablar del banquete de los bisontes, extraño coronamiento de aquel rito expiatorio. Lo haré brevemente.

Llegada la noche, los anunciadores o como si dijéramos heraldos de aquella ceremonia —ancianos que empuñaban carracas que agitaban con violencia—, recorrieron la aldea anunciando que el gobierno de la nación había sido confiado a una mujer; la misma que había desarmado al espíritu maligno y la cual debía proveer de bisontes el año siguiente.

Durante aquella noche, los jefes no eran sino mujeres ancianas y estaba terminantemente prohibido hablar en alta voz. Todos los mandanes debían entrar en sus correspondientes cabañas y ni uno siquiera tenía el derecho de que se le viera fuera de ellas, excepción hecha de los afortunados comensales que habían sido invitados por la "Rah la copuck che" (la mujer jefe) al banquete de los bisontes que debía tener lugar en torno a la Gran Canoa.

Esta selecta sociedad quedó bien pronto reunida y, sentados sus componentes en tierra, quedaron todos mirando hacia el arca, formando círculo.

Se veía allí, en primer lugar, a los corifeos de la danza, los ocho búfalos ahora despojados de sus pesadas vestiduras y de su capa de pintura. Era especialmente en su honor que se daba el banquete, pero que no debía confundirse con "la fiesta de los bisontes", la que se celebraba hacia fines del año y que tenía un desarrollo diferente, por más que tuvieran algunos puntos de semejanza.

Después que los ocho búfalos hubieron aparecido, "el gran médico", acompañado de varios ancianos jefes de la tribu y de varios

músicos; esto es, cuatro tambores, y aquellos que habían empuñado las carracas.

La mujer jefe se veía en estas circunstancias, obligada a persuadir a ocho o diez jóvenes casados de llegarse hasta ella para realizar el homenaje que las costumbres del país exigía ofrendar a los cazadores de bisontes, proveedores de la tribu, y a la vejez venerable.

Iniciada la ceremonia con una comida, en sus intervalos circulaba una enorme pipa que era sucesivamente fumada brevemente por cada uno de los comensales. Después de los bailes coreográficos, que en nuestro país provocarían la intervención de la policía, la fiesta se prolongó mucho más allá de la media noche y concluyó con expansiones de un orden orgiástico que me excuso de mencionar.

Sin duda alguna es sorprendente asistir a una de estas escenas, tras las cuales tiene lugar una ceremonia religiosa de los más tétricos caracteres.

Pero antes de condenar por estos hechos a los miembros de una pobre tribu ignorante y supersticiosa, es preciso preguntar si todo esto no es esa propensión inherente a la naturaleza humana (que suele encontrarse hasta entre los pueblos cristianos de más destacada civilización) de aturdir con las expresiones más crudas de la disolución, el pesar y los padecimientos que acarrean la pérdida de los seres que nos son más queridos.

Cualquiera sea el origen de estas extrañas costumbres, ellas ya únicamente pueden encontrarse en los recuerdos de los viajeros que acertaron a pasar por estas regiones y pudieron presenciarlas. Forman parte, para decirlo de una vez, de la historia de las razas americanas, puesto que las tribus de los mandanes ya han desaparecido. . .

El odioso sistema del tráfico que acrece rápidamente la fortuna de los aventureros y de las compañías industriales, ha ido hundiendo en el vicio de la embriaguez y la disolución a estos infelices, que han pagado sus excesos con la enfermedad y la muerte, hasta desaperecer enteramente como colectividad.

"Pocas tribus del Far West —reza una información que me fué transmitida por un agente superior de la compañía americana de pieles del alto Missouri— han atravesado por tantas vicisitudes y han caído en una más rápida decadencia que la de los Mandanes. Hace poco más de un siglo, ella ocupaba nueve villorrios sobre las dos riberas del Missouri, en un punto muy cercano a la confluencia de este río con el Mississippi. Dos de estas aldeas se hallaban hacia levante y siete a poniente del río, todas ellas estaban circundadas por bastiones circulares de tierra batida y el total de su población reunida, no debía

pasar de quince mil almas, a juzgar por la extensión de las ruinas que durante mucho tiempo podían observarse en esa región.

"El primer relato hecho sobre los mandanes data de 1738, en que también se difundieron las noticias sobre la tribu llamada de los «Rostro pálido». La expedición había partido la primera vez desde el Canadá, bajo la dirección de los hermanos Verendrie, franceses, a los que se debe el honor de haber remontado por vez primera la cuenca del Missuri y explorado las llanuras de Saschatchawan. En 1773, Mackintosh, agente de la compañía de Montreal, se encontró con nueve villorrios mandanes en la misma situación en que se hallaban cuando las anteriores referencias. Este viajero hizo una relación minuciosa, aún cuando un poco romancesca, del recibimiento que le hicieron, dió a conocer informaciones muy interesantes sobre la prosperidad de la población mandana y de su indiscutible superioridad sobre las tribus vecinas, por sus facultades intelectuales sobresalientes y por su coraje en los combates, proveniente de su innata tendencia belicosa. ¡Ah, el espíritu belicoso es la ruina de las pequeñas como de las grandes naciones! El heroísmo de los mandanes sólo logró atraer sobre ellos el odio de todas las otras tribus que les rodeaban.

Una colisión entre los Siú, los Creines, los Cuervos y otras tribus de las praderas, dió por resultado que comenzara una era de persecución contra ellos y que durante tres largos años, sin concederles tregua alguna, los atacaran ferozmente por todos lados y con un ensañamiento inaudito. Los mandanes, ante la superioridad del enemigo, fueron retrocediendo palmo a palmo; abandonando a los enemigos posición tras posición, hasta que la mayoría de sus poblados quedaron en poder del enemigo.

El núcleo central de los mandanes, bastante diezmado y debilitado, pudo concentrarse finalmente en la cima del gran codo que forma el Missouri al doblar hacia el Sur, en el punto en que sigue paralelo a las colinas que bordean la llanura. Allí hicieron alto y se fortificaron en dos poblaciones separadas por el lecho del río, a mil seiscientas setenta millas de su confluencia con el Mississippi. Este acontecimiento debió tener lugar en el año 1776. Veintiocho años después, los mandanes recibieron la visita de la expedición mandada por los oficiales del estado mayor del ejército norteamericano Clarke y Lewis, encargados por el gobierno de la Unión, de explorar las riberas del Missouri y las dos vertientes de las montañas rocosas. Fué éste un suceso memorable y grato para este pueblo valeroso, puesto que los expedicionarios, resolvieron invernar en las vecindades de los indígenas. Estas tropas levantaron un fuerte en la ribera izquierda del

río e iniciaron un activo intercambio comercial y amistoso con los nativos, tras lo cual los vínculos entre ambos se estrecharon de una manera extraordinaria. Consecuencia de todo esto, fué que en una oportunidad el capitán Clarke, que se hallaba al frente de las tropas norteamericanas, no vaciló en salir al encuentro de las tribus Siú, que intentaban atacar a los mandanes. Esta generosa y eficaz intervención conquistó de una manera absoluta la fe, el afecto, el respeto y la fidelidad de ese pueblo hacia los representantes de la nueva raza que había conquistado el continente para un cambio fundamental en sus destinos.

El jefe de la expedición del gobierno, viendo las propensiones hacia la guerra que demostraban los indígenas, se esforzó en disuadirlos de sus costumbres guerreras que de nueve pueblos florecintes los había reducido a dos, y ellos, reconociendo la sensatez de las consideraciones que se le hacían prometieron enmendarse. Pero ya era demasiado tarde.

Ningún censo del número de pobladores de aquella zona, fué levantado en esos días por Clarke o Lewis. La cifra de tres mil doscientas almas señalada posteriormente por documentos oficiales pareciera ser un tanto exagerada. Puede ser que la cifra de mil seiscientos habitantes adoptada en las relaciones que se hicieron sobre la tribu en 1837, sea la más aproximada a la verdad, puesto que ha sido reconocida como exacta por todos los que han estudiado esta cuestión, que entre las tribus del Far West, el número de los nacimientos, raramente sobrepasaba al de las defunciones, al contrario, el movimiento demográfico era alarmantemente negativo".

Durante el cuarto verano, después de mi partida del villorrio, cuyas raras costumbres he tratado de describir, el vapor de la compañía peletera del Missouri fondeó en San Luis, cargado de bebidas alcohólicas y de mercaderías de todo género. Dos miembros de la sociedad viajaban en él. Como esta nave se acercara a las playas que los indígenas frecuentaran, desde el vapor se les invitó a visitar la nave y para realizar a su bordo los intercambios que a unos y otros interesaban. Los naturales subieron a la nave sin desconfianza, ignorando que en ella había algunos enfermos de viruela y, una enfermedad que para los europeos no tiene mayor gravedad sabiendo tratarla, para los indígenas resultó mortífera en grado pavoroso.

Al cabo de tres meses de desatado el flagelo, por una imprevisión culpable de parte de los que pudieron impedir su propogación, de toda la tribu no quedaban nada más que treinta y dos mandanes habitando el villorrio, y alugnos otros diseminados por las tribus vecinas

Muy poco tiempo después, las tribus hostiles a los mandanes, la de los arikaras, invadieron la zona, llegaron al poblado y lo ocuparon sometiendo a esclavitud a los sobrevivientes. Un conflicto entre los dominadores con los Siú, impulsó a éstos a entrar en acción y para no someterse a sus tradicionales enemigos, los mandanes se arrojaron a los pies de los caballos de los guerreros contrarios u ofrecieron sus pechos a las puntas de sus lanzas, prefiriendo morir en la lucha a someterse a tan odioso dominio.

Así terminó el núcleo principal de aquella raza guerrera, cuyo máximo culto era el que rendidamente ofrendaba al coraje.

Probablemente haya que modificar algunos puntos de este relato final, que de acuerdo a lo manifestado, provenía de informes que me suministraran personas que habían habitado en la zona y conocido de cerca a la tribu mandana. Las noticias oficiales publicadas posteriormente por el instituto Smithsoniano y por los oficios de los asuntos indígenas, permiten ampliar algo más estas noticias.

Por estos documentos se colige que cierto número de mandanes pudieron sustraerse a la catástrofe de 1837 y fueron recogidos por alguna tribu vecina no hostil, y que, después de cierto tiempo, no pudiendo soportar el alejamiento del lugar de sus mayores, volvieron a la aldea fundada por sus antecesores. Allí se dedicaron a la agricultura. En 1853 la tribu parecía ir en vías de progreso. Fortuna será que esto ocurra a quienes han debido soportar tantos y tantos contraste y sean campaces de desprenderse de las supersticiones que tan fatales debían serles y entre las que figura como la más terrible la que constituye el rito del "O kie pa".

★

VIAJES Y AVENTURAS POR LA COLOMBIA INGLESA, ISLA DE VANCOUVER Y ALASKA

I

EL CARIBU. - LOS BUSCADORES DE ORO. - ILUSIONES Y DESILUSIONES

En 1863, las costas del Pacífico y especialmente las de la Colombia inglesa, eran en Londres objeto de una viva atención y curiosidad. Yo estaba bien lejos de imaginar que muy en breve se me presentaría la oportunidad de explorar los territorios poco conocidos del interior de la parte Norte de América, que fuera un tiempo posesión rusa, pero como la mayor parte de mis compatriotas, poseía un exceso de energías que me dispuse a emplear lo mejor que me fuera dado.

Aquellos relatos que tan frecuentemente llegaban de América, refiriendo episodios y aventuras de un interés y una novedad a todas luces seductores, me decidieron en un momento dado a tomar una determinación, y, sin más vacilaciones, procedí a hacer mis preparativos de viaje.

De allí a diez y ocho meses, me encontraba en el estrecho de Fuca y el 16 de marzo de 1864, navegaba de Victoria hacia el fiord de Bute Lulet, proponiéndome explorar las minas de oro del Caribú, de este nuevo "Eldorado" de la Colombia inglesa, que ha hecho a algunos infelices y a tantos desventurados.

El Caribú, precisamente por esto, posee considerables riquezas. Se cita el caso de una sociedad que en sólo un día, extrajo oro por valor de ochocientas onzas. Yo mismo he tenido entre mis manos doscientas onzas de ese mineral, que, me lo aseguraron, era sólo el producto de ocho horas de trabajo. Hechos análogos presentados al público sin mayores explicaciones, son bastante elocuentes como para atraer a estas regiones a todos los espíritus aventureros que andan por el mundo sin tener en qué emplear sus entusiasmos. Pero, a medida que se van examinando las cosas de cerca, no se tarda en

descubrir que muchas sombras se mezclan a tan risueñas perspectivas.

Las propias tareas de excavación, son, ordinariamente, muy penosas. Sólo después de una tarea intensa y prolongada de varias estaciones, la producción empieza a dar algún rendimiento. Entre tanto, hay que vivir...

Los comestibles más indispensables, la carne y el pan, por ejemplo, se cotizan a un peso la libra; en cuanto a la mano de obra, es de un costo exhorbitante; el día de trabajo de un hombre, se paga a diez dólares, esto es, ¡más de cuarenta pesos!...

Los más valerosos trabajadores, aquellos mismos que se han endurecido en las fatigas agotadoras de los yacimientos californianos, no siempre alcanzan la anhelada fortuna, tan difícil es dar con el filón destinado a ofrecer el éxito. El fin deplorable de los mineros que descubrieran Williams Creck, la zona aurífera mejor dotada del Caribú, demuestra cuán caprichosa es la fortuna aun en las más favorables circunstancias.

Uno de estos trabajadores heroicos, un alemán de nombre Guillermo Dietz, cansado del trabajo y vencido por las privaciones, terminó pidiendo la caridad pública. Otro luchador esforzado, y escocés de nacimiento, murió de hambre en un bosque. Su cadáver, encontrado algunos días después, ofrecía todas las señales de una agonía que debió tener lugar en medio de las más horribles convulsiones. Su mano crispada aferraba todavía una vasija de estaño en cuya superficie parecía haber intentado hacer, mediante la punta de un cuchillo, el relato de sus padecimientos.

II

LA COLONIA INGLESA. - MISERIA DE LOS PIELES ROJAS. - EL GRAN TORRENTE. - UN GLACIAR

Basta dar una ojeada sobre el mapa de la Colombia inglesa, para reconocer que las costas de estas regiones ofrecen las más caprichosas irregularidades. El mar se insinúa sobre las playas, se aleja lentamente o penetra profundamente en ellas formando una gran multitud de bahías de todas dimensiones, en cada una de las cuales viene a desembocar un riachuelo.

El "scuner" que nos conducía, empujado por un viento favorable, nos llevó en poco tiempo hasta el río Homatheo. El país nos recibió envuelto en una magnífica túnica invernal. Las islas bajas y rocosas

del golfo de Georgia, habían desaparecido bajo la nieve; ante nosotros solamente teníamos los montes escarpados de la costa de Bute.

La nieve comenzaba a derretirse al soplo de la primavera, formando millares de corrientes de agua que se deslizaban lentamente entre arboledas y prados fertilísimos, o formaban cataratas rumorosas que caían de una gran altura, formando espesas nubes de espuma. En las bocas del Homatheo dejé el "scuner", en compañía del ingeniero Alfredo Waddington, que había comenzado a construir a sus expensas el camino de Caribú y el que, después de una breve visita a Victoria, regresaba a inspeccionar los trabajos iniciados.

La carretera que estábamos recorriendo ahora, atravesaba un magnífico bosque de cedros, de abetos y de pinos, varios de los cuales podían competir con las especies gigantescas de California. Medí en esa oportunidad uno que tenía cuarenta y cinco pies de circunferencia. De cuando en cuando, nos encontrábamos con pieles rojas, cubierto el cuerpo de caprichosas pinturas y envueltos en su inseparable manto de lana blanca. Sus apéndices nasales ostentaban enormes anillos. Por lo demás, sus vestiduras no ofrecían mucho digno de consideración: unos llevaban camisa sin usar calzas y otros ostentaban calzas y carecían de camisa. Dos solamente vi que vistieran trajes de piel de lobo, cuyo cuero usaban vuelto al revés. Colas de marta y de ardilla, ribeteando esta especie de túnica, formaban una franja de un aspecto bastante pintoresco. Todos los que encontramos parecían ser presa de la más espantosa miseria. Esto lo pudimos comprobar ampliamente cuando comíamos; en tales circunstancias nos rodeaban y se peleaban con los perros, disputando con ellos la posesión de los huesos que arrojábamos. La avidez con que devoraban los residuos de nuestros alimentos atestiguaba grandes privaciones en la vida de estos pobres seres.

Para darles oportunidad de que ganaran el sustento, tomamos a algunos de ellos como portadores. Para esto demostraban una singular habilidad; se colocaban los fardos sobre las espaldas, pero en vez de fijar las correas a la cintura o a los hombros como hacen la mayoría de los gañanes que se ocupan de estas tareas, ellos usaban unas correas que pasaban por la frente. Ellos no rehusaban llevar cargas que el común de los hombres considerarían abrumadoras. En cuanto a su cabeza, estará demás decir que demostraban poseerla bien resistente...

El 1º de abril, habíamos recorrido ya la mayor parte de la carretera recientemente construída. De allí en adelante, para llegar hasta los glaciares que tenía interés en visitar, me era necesaria la compañía de un guía. El dialecto "chinuk", el único que entienden los

indios, no posee un vocablo que pueda dar idea respecto a lo que es un glaciar. Este lenguaje, es una extraña mezcla de inglés, francés e indígena, que los europeos emplean para entenderse con los naturales. Pensé suplir la falta de ese vocablo, usando en su reemplazo una expresión que consideré que mi hombre podía entender: "hyou ice, hyou snow" (mezcla de hielo y nieve) fué sin embargo una esperanza bien pronto desvanecida. Mi situación se parecía mucho a la de aquel dignatario de la iglesia que queriendo un día anunciar el evangelio entre los indios, principió su discurso con estas palabras: "Hijos de la floresta".

Desgraciadamente el intérprete con el que contaba en ese momento, no pudo encontrar la palabra justa y el sacerdote tuvo la mortificación de oír traducir su expresión en los siguientes términos: "Numerosos hombrecitos en medio de troncos de árboles"...

No tuve yo mejor suerte con mi guía. Después de haber vagado a la ventura con él durante dos días, me persuadí de que no llegaríamos a entendernos jamás. Consecuencia de ello es que regresaba a la ciudad y me entregaba a la búsqueda de un indio mejor dotado. Pronto encontré uno que parecía adivinar con alguna claridad todo lo que yo le decía, y con éste, de nombre Tellot, partí al día siguiente.

Es muy difícil, cuando no se ha visto con los propios ojos, darse una idea justa de la grandiosidad de la antigua boscosa región que estábamos recorriendo. Aquí la vida se entremezcla con la muerte en el más extraño concierto. La más pujante vegetación que pueda contemplarse, se ve surgir del seno de la destrucción que el tiempo y los cataclismos produjeron.

Aquí, nos veíamos forzados a escalar un enorme tronco derribado que cerraba el camino; allá, debíamos deslizarnos penosamente por debajo de otro, que en su caída, un obstáculo había detenido a poca altura del suelo; acullá, podía verse un grupo de árboles a los que sin duda un ciclón de gigantescas proporciones había medio sepultado, y, por doquier, troncos y más troncos de árboles derribados que habían permanecido durante siglos en la actual posición, sin que ni una sola mano hubiera hecho el ademán de levantarlos para uso alguno. El musgo y la maleza recubren la mayoría de estas masas vegetales, ocultando así la obra de la descomposición que opera lentamente el tiempo. De ahí el peligro de la marcha por esta región, pues al poner el pie sobre algunos de estos troncos, la corteza cedía a nuestro peso y nos hundíamos entre sus fibras carcomidas.

Se refieren por estas regiones, una gran cantidad de dramas lúgubres, de la que fué siempre teatro la floresta de Vancouver

y de la Colombia inglesa. Muchos infelices, extraviados en esos dédalos de vegetación perecieron lentamente de hambre o de frío.

En 1865, un comerciante de Equismalt, deseando celebrar el aniversario del natalicio de la reina Victoria, resolvió realizar una alegre jira en compañía de algunos amigos. El grupo desembarcó en Souk Harbour, pequeño puerto que dista cerca de cinco leguas de la ciudad arriba mencionada y que se halla en medio a una vegetación espesísima. Aquel hombre, de poca vista y peor memoria, cometía la imprudencia de separarse de sus compañeros y se extraviaba entre los matorrales. Entre tanto, en su casa se hallaban intranquilos por su suerte, viendo que, pasado un tiempo prudencial el hombre no regresaba.

Varias personas, entre las cuales me encontraba yo nos dispusimos a ir en busca de este buen hombre. Anduvimos en su busca, tomando todas las precauciones que, para semejantes casos emplean los exploradores al hacer un reconocimiento y, revisando minuciosamente mata por mata de una gran extensión de bosque, íbamos a cada momento llamando al extraviado por su nombre, lo más fuertemente que nos era dado. Después supimos que había pasado a pocos pasos de él, pero no pudimos verle a causa de que, debido al entretejido de la maleza, era imposible distinguir a una persona a diez pasos de distancia. Durante varios días proseguimos en nuestra desesperada búsqueda, pero sin resultado alguno. El azar vino en nuestra ayuda. El hombre, siguiendo un camino abierto por los cazadores que frecuentaban aquellos parajes, se encontró con dos de éstos que se lo llevaron consigo poniéndolo a salvo.

Por seis días, el hombre no tuvo otro alimento que las frutas silvestres, y ya se puede suponer en qué estado de debilidad se encontraría cuando fué sacado de allí. Refería, ya repuesto, que había oído muchas veces nuestra llamada, pero que no encontró fuerzas con qué poder respondernos. Creyéndose ya condenado a una muerte segura, había hecho su testamento y, a falta de papel, había usado de su pañuelo, sobre el cual había escrito con un lápiz.

Con un guía indígena, tales accidentes no son ciertamente de temer. Mis excursiones en compañía de Tellot, no dejaron por esto de ser en ocasiones muy fatigosas, debiendo soportar un gran peso, cual era el que obligadamente debíamos transportar para no vernos privados de los elementos que nos eran indispensables: bagajes y víveres. Debido a ello, en muchas partes debíamos abrir un camino por la nieve, que formaba una capa de varios pies de espesor, la cual ya empezaba a reblandecerse por el cambio de estación. Este manto

de cándida blancura, sepultaba numerosos troncos de árboles, que eran los que nos presentaban mayores obstáculos para la marcha.

Viajar en tales condiciones, representaba un placer bastante problemático. Aun caminamos lentamente durante todo aquel día, siguiendo por las márgenes del río Homatheo. A últimas horas de la tarde llegamos al primer glaciar. A la vista del mismo mis entusiasmos se redoblaron. De allí a pocos momentos de marcha, descubrimos el "Gran Torrente" y los majestuosos picos que lo circundan.

Levantamos nuestra tienda sobre una prominencia situada bastante lejos de allí. Al día siguiente, 24 de abril, después de un ligero desayuno y de haber fumado nuestra pipa, dejé que Tellot se ocupara de poner el campamento en las mejores condiciones de habitabilidad y me dirigí hacia el monte. Tenía una legua a recorrer a través de la nieve bastante deshecha. No teniendo yo el peligro de perderme, mi guía, un típico hijo del desierto, no creyó del caso acompañarme hasta el punto en que yo me disponía a admirar las bellezas de aquellos paisajes extraordinarios. La llanura que tenía frente a mí, se veía sembrada de trozos de leña muerta y de cantos rodados de diferentes tamaños. color y forma; un poco más allá, se extendía una franja de arena; todo ello, sin embargo, se hallaba cubierto por una capa de nieve fina y blanda, sobre la cual era un tanto difícil mantenerse en pie. Me ocurrió más de una vez, a causa de ello, hundirme en la grieta de una roca o caer en las aguas de un riacho que corría taciturno bajo una capa de hielo. Extensas y rápidas corrientes, demasiado profundas para ser vadeadas a pie, cruzaban el paraje; bosques de pinos y de olivos cerraban como una muralla el horizonte de este amplísimo espacio descubierto.

Cuanto más avanzaba, repetidos crugidos del hielo y la caída de algunas piedras, me anunciaban las proximidades del glaciar. El rumor y el movimiento de estos elementos respondían cada vez más acentuadamente a la transformación que en esos instantes operaba en tales alturas el fenómeno de los deshielos primaverales. De reperente, una lluvía de guijarros descendía de los flancos de la montaña; más allá, gruesos peñascos se abrían en garganta en forma de pasaje; en otro punto, es un masa de arena que viene empujada por las aguas que va a precipitarse a la llanura y, en fin, donde la vista se posa, movimiento y cambio de todo lo que, hasta hacía poco tiempo formaba parte de un conjunto de naturaleza inmóvil y rígida.

El glaciar tenía en toda su extensión, la semejanza de una roca grisácea, tanto era el polvo y el fango que los años habían acumulado sobre su superficie. Sin embargo, era imposible equivocarse sobre la verdadera naturaleza de esta masa enorme. Cuando en sus flancos

La danza de los bisontes



Velando las armas



Jefes indios

se abrían estas enormes grietas, era fácil ver la nítida blancura del material con que había sido formado tan gigantesco amontonamiento de hielos, en muchas grietas transversales de cuyas masas, pendían millares de estalactitas.

El glaciar medía en su base, aproximadamente, un cuarto de legua, pero se alargaba apreciablemente hacia el Sur. Mientras yo me detenía para tomar un apunte, el solemne silencio que envolvía aquel lugar hacía aun más claramente perceptible el rumor de los hielos al derrumbarse. Picachos y masas enormes, se precipitaron en un momento dado por el plano inclinado de las faldas de las laderas en una avalancha de tal violencia que hubieran podido aplastar en un instante a un observador demasiado absorto en aquel grandioso espectáculo.

La nieve, aunque aun cubría gran parte de aquellas cumbres, se estaba derritiendo rápidamente, formando riachos que brillaban al sol. De las grietas producidas en las laderas del monte, saltaban cantarinos arroyuelos de aguas de cristal. Un fuerte calor imprimía a los deshielos una redoblada rapidez. Entre tanto, allá, en lontananza, los últimos rayos del sol doraban dulcemente los majestuosos picos, donde las nieves se mantienen por mucho tiempo incólumes.

Después de haber pasado todo este día en la contemplación de este especáculo, regresé muy avanzada la tarde al campamento, donde encontré a Tellot, el cual me recibía con una sonrisa que indicaba claramente su opinión sobre las personas que se dan tanto trabajo para ir a contemplar una simple masa de piedra y de hielo. . .

La vista de mi dibujo, sin embargo, pareció interesarlo, pero ni con esto pude sacarlo de su obstinado mutismo, que le era habitual. Las maneras de este hombre tenían a veces algo de feroz; ahora ciertamente, yo le prestaba poca atención, pero no tardé en conocer los siniestros proyectos que se escondían en aquella tétrica reserva.

III

UN VIAJE EN CANOA POR EL OCEANO PACIFICO. - UNA ISLA INCENDIADA. - LA MASACRE DE BUTE

Después de haber pasado dos días en compañía del ingeniero Waddington, llegábamos con él al lugar en que se proseguían las obras de la carretera y el 29 de abril llegábamos a la desembocadura del río. Al día siguiente, yo me encontraba sumido en un profundo

sueño, cuando un multitud de indios, amigos de los colonos establecidos en la zona, se precipitaron a mi dormitorio dando gritos y haciendo grandes gestos de admiración y alarma.

Tomado de sorpresa, no pude en los primeros momentos comprender la razón de aquella gritería —si es que podía llamarla razonable— pero poco a poco, tras algunas palabras incoherentes, vine a comprender que un europeo que se hallaba de guardia en un pontón, treinta leguas más hacia el interior del sitio en el que nos hallábamos, había sido asesinado por los pieles rojas, a los que se había negado a entregar los víveres y los materiales que se habían confiado a su custodia.

Nosotros no hicimos otra cosa que reirnos al escuchar semejante relato, de tal manera se nos imaginaba inverosímil el mismo. Sabíamos perfectamente que el hombre que se decía atacado, habitaba muy cerca del lugar en que los obreros trabajaban en la construcción de la carretera y se dedicaban a construir puentes y a hacer saltar con pólvora los trozos de roca que dificultaban el plan de nivelación en que se hallaban empeñados. Estos obreros, por lo demás, se hallaban en constante comunicación con la estación situada en el pontón que servía de depósito. Como si esto no fuera bastante, una caravana de comerciantes pasaba regularmente todas las semanas por aquel sitio y estábamos seguros, en última instancia, que los guardianes del pontón contaban con armas suficientes para defenderse.

Las aseveraciones de los indios nos encontraron, por lo tanto, muy poco propensos a darles crédito.

El señor Waddington me había consignado varias comunicaciones importantes que quería hacer llegar lo más pronto posible a Victoria. En aquel mismo día, 30 de abril, me embarcaba en compañía de dos obreros y de un indio, Clajouché, al cual pertenecía la embarcación sobre la cual íbamos a realizar el viaje por mar. Este indígena, en su calidad de patrón de la barca, se imaginaba tener el derecho de conducirse de un modo un tanto despótico. Nos obligó a remar infatigablemente durante tres días, desde el alba hasta la noche.

No obstante la apariencia frágil de la navecilla, construída de madera de cedro y a las que llaman "kanims", cruzamos sin lamentables incidentes el estrecho desde el golfo de Georgia hasta Nanaimo, en la isla de Vancouver.

Un viento favorable vino a ayudarnos en nuestra travesía y nuestra canoa hizo el resto del trayecto con la rapidez de una golondrina.

Desembarcamos en una de las islas del golfo de Georgia, donde debimos permanecer durante un día entero a causa de haberse desatado

una fuerte borrasca. El día siguiente, internándonos ya en el canal de Dodd, tuvimos una refriega con el viejo Neptuno, que bien pudo sernos fatal. El oleaje ora golpeándonos por efectos del flujo y ora contragolpeándonos por el del reflujo, se precipitaba furibundo sobre nuestro madero, formando torbellinos y rápidas corrientes a través de un angosto canal sembrado de arrecifes. Era indispensable dirigir la canoa entre dos abismos que se abrían amenazadores a pocos pies de nuestra quilla. En aquel momento miré el semblante habitualmente impasible de nuestro patrón, experimentar una viva inquietud; pero no habló una palabra y nosotros no osamos interrogarlo.

En esos instantes remábamos con la furia de quienes intentan sustraer la propia vida a las acometidas de la muerte. Después de inauditos esfuerzos, el peligro quedaba salvado.

Un poco más tarde, el piel roja, refiriéndose a esos vórtices que habíamos logrado cruzar, nos decía: "Muchos indios fueron tragados por las aguas en este lugar"...

A eso del mediodía, habiéndonos detenido para tomar el té, fuimos testigos de un gigantesco incendio del cual, involuntariamente veníamos a ser la causa. Atracada la barca en la playa, nos situamos debajo de una roca que sobresalía en la parte alta formando una especie de techo natural. En este sitio procedimos a encender fuego. Una chispa, sin que lo advirtiéramos, fué a comunicar el fuego a unas pajas secas que estaban situadas sobre nuestras cabezas, de allí la llama se comunicó a un grupo de malezas y, en un abrir y cerrar de ojos, toda la selva entera era presa de las llamas.

Ante semejante suceso, no consideramos cosa mejor a hacer que lanzarnos de nuevo al mar, donde, empujados por vientos propicios, nos alejamos rápidamente de aquel lugar. Por espacio de varias horas, presenciamos el espectáculo imponente del incendio que cada vez alcanzaba mayores proporciones. A medida que nos alejábamos, veíamos crecer una gran nube de humo que cerraba por entero todo el horizonte de la zona que acabábamos de abandonar.

Algunos de estos incendios, llegan a durar muchas veces hasta dos y tres semanas y constituyen, en verdad, soberbios espectáculos. Siniestros de este carácter han arruinado más de una vez nacientes y prósperas colonias. Hace pocos años, un incendio de extraordinarias proporciones destruía casi totalmente la ciudad de New Westminster, en las márgenes del río Fraser.

Una semana después de nuestra llegada a Victoria, fuimos sorprendidos, juntamente con toda la población local, con la noticia procedente de Bute, según la cual, catorce de los obreros que trabajaban en la construcción del camino, había perecido bajo el cuchillo de los

indios Chilicotes. ¡El mismo día en que los indios vinieron a avisarme el suceso a que tan poco crédito le prestáramos en esa ocasión!

No les bastó a los indígenas con la muerte de los hombres que custodiaban el pontón, sino que por la noche, al siguiente día, aprovechándose de que todos los obreros dormían, habían rodeado el campamento y, después de arrancar las estacas de las carpas y despejar las telas de éstas, se habían lanzado con armas de fuego y cuchillos sobre los indefensos trabajadores que caían al golpe mortal de proyectiles o eran degollados sin compasión por los asaltantes. Fué tan repentino el ataque, que ninguno de los así sorprendidos pudo defenderse.

A esta masacre, que durante mucho tiempo fué el comentario obligado en todo el país, solamente pudieron escapar tres hombres, y ésto, porque al amparo de las sombras pudieron darse a la fuga.

Un danés, de apellido Petersen, me contó que en el momento en que oyó el primer disparo dió un salto, librándose rápidamente de la tela de la tienda que al perder el apoyo de las correas tensoras había caído sobre los durmientes. No obstante su prontitud para buscar la defensa, ya un hórrido semblante se hallaba frente a él con aspecto amenazador y la hoja de un hacha se descargaba sobre él dándole el tiempo indispensable para ponerse a salvo de aquel golpe que iba lanzado con tal furia, que el arma con que se ejecutaba fué a clavarse en tierra.

No obstante esta primera y milagrosa esquivada a un golpe mortal, el danés recibía unos momentos después una herida en el brazo y otra en la espalda.

Sangrando a mares, el hombre, sin embargo, no perdía el ánimo y, aprovechando la confusión que en aquellos instantes era espantosa, se tiró a tierra fingiéndose muerto y como sus heridas presentaban un horroroso aspecto exterior, los indígenas creyeron que, verdaderamente, aquel hombre había sido muerto y no se ocuparon más de él. Reuniendo todas sus restantes fuerzas en un impulso supremo, el hombre se levantó de allí y, casi arrastrándose, se dirigió hacia un arroyo de aguas impetuosas, cuya corriente lo arrastró en pocos minutos hasta un lugar distante un cuarto de legua de aquel en el que había tenido lugar la masacre. Obligado finalmente a detenerse ante un obstáculo, pudo salir de las aguas y reunirse con otro de los sobrevivientes de aquella carnicería, un compañero suyo llamado Mosley.

Este, más afortunado que Petersen, había salido incólume de aquel desastre y pudo ver, mientras huía, veinte cuchillos que brillaban alrededor de su cabeza y luego sobre las de los compañeros que debían perder la vida muy pocos segundos después.

Estos dos hombres, milagrosamente librados de un riesgo que más tarde ellos mismos no podían comprender cómo pudieron eludir, dieron un poco más tarde con un tercer compañero, europeo también y de apellido Duckley, que se ocupaba en las excavaciones, el cual si bien repetidamente herido en la cabeza había pasado momentos muy críticos antes de escapar, pudo sin embargo eludir la persecución después de sufrir un desvanecimiento que hizo creer a los salvajes que el caído figuraba ya en el número de los muertos. Cuando recobró el conocimiento, encontróse en medio de sus asesinados compañeros; reinaba alrededor un lúgubre silencio y los chilicotes se habían retirado a sus campamentos.

Los infortunados heridos, debilitados por la pérdida de sangre, por las fatigas de una marcha forzada y por las torturas del ánimo al pensar en los horrores del suceso de que habían sido testigos, se dirigieron hacia el lugar donde el pontón solía estar amarrado. Con gran sorpresa suya, nada vieron allí. Muy probablemente fueron cortadas las amarras a la barcaza y ésta quedó librada a la corriente, en aquel lugar impetuoso.

La extenuación en que estos hombres se encontraban, no les permitía aventurarse a cruzar la corriente del río a nado y sólo Dios sabe lo que allí les pudiera pasar, si uno de ellos, Buckley, que había sido marinero, no se ingenia para fabricar una cuerda con lianas y juncos, logra atarla a la otra orilla y, a pesar de la anchura del cauce, que no bajaba de un centenar de metros, no se dispone a trasladar a sus compañeros mediante este procedimiento que, al final, rendía los más satisfactorios resultados.

Antes, yo viajaba por entre los pieles rojas absolutamente confiado y sin arma alguna. Pero la carnicería de Bute nos sirvió a muchos de severa advertencia. Desde entonces, no me separé jamás de mi revólver y pude reconocer que esta arma inspiraba casi siempre a los indios un saludable respeto por mi persona.

Este suceso produjo en Victoria una profunda impresión. Muchas personas de la citada ciudad que tenían parientes o amigos entre los pobladores de las viviendas diseminadas por el interior de la selva, pasaron momentos de gran angustia temiendo por la suerte que pudieran correr los suyos. La opinión pública estaba unánime en deplorar la desaparición del ingeniero Waddington y consideraba su muerte como el más doloroso de los acontecimientos en ese tiempo ocurridos. Tenía el ingeniero mencionado títulos más que suficientes para que se llorara de tal suerte. A él se debía en gran parte el progreso extraordinario de la región y muchas iniciativas que a tantos beneficiaban no eran otra cosa que expresiones de su esfuerzo, su inteligencia y su tesón.

Al tener conocimiento de los sucesos, el gobierno se decidió a aplicar un serio escarmiento a los indígenas. A tal efecto, un cuerpo de soldados de marina, reforzado por voluntarios surgidos entre los hombres de toda la región y a los que se agregaban después muchos indígenas que desaprobaban el atentado cometido por sus hermanos de raza, se ponía en marcha hacia el campamento de los indígenas. El gobernador dirigía en persona la expedición. Solamente una parte de los indios que habían tomado pare en el asalto fueron tomados prisioneros, juzgados en forma sumaria y ahorcados. Entre éstos se encontraba Tellot, que me había servido de guía para llegar al glaciar.

Interrogado sobre el motivo que tenía para odiar a los europeos, repuso que el camino que se estaba construyendo cortaba el territorio destinado a la caza por los nativos y que los ancianos de las tribus habían determinado no dejar invadir el país por los hombres de la cara pálida.

IV

SE ORGANIZA UNA EXPEDICION A LA ISLA VANCOUVER

El río Cowitchan. _ Kakalatza y su gorro. - Relatos de una velada. - Desventura náutica. - Extravagancias de nuestra armadia.

Por más que la fundación de la ciudad de Victoria esté muy lejos de ser reciente, pocos son aquellos de sus habitantes que se hayan aventurado más de tres leguas hacia el interior del país. Debiéndose la prosperidad de su comercio a la industria minera de la Colombia inglesa, la mirada de sus habitantes se vuelve más frecuentemente hacia el continente, que hacia su propio territorio circundante.

En la primavera de 1864 convencidos los colonizadores de esta isla de la anomalía que representaba semejante situación, quisieron conocer el territorio que habitaban. A tal efecto, una ·expedición organizada por un núcleo animoso de ciudadanos, a los que el gobernador alentó a realizar la empresa, partía de Victoria a principios de la primavera.

Roberto Brown, nacido en Edimburgo, naturalista de profesión, fué designado jefe; el ingeniero P. Leech, que tenía un cargo del Estado, actuaría de astrónomo, y a mí se me incorporaba a la falange en calidad de artista.

Eramos nueve, sin contar los indígenas que nos acompañaban. Cada uno de nosotros tenía su tarea a desempeñar bien determinada.

Algunos eran mineros de profesión, otros naturalistas o cazadores. La Isla de Vancouver, no iba a avergonzarse de sus representantes.

El 7 de junio, partimos a bordo del "Grapples", barco de guerra que figuraba en la categoría de cañonero. Con esta nave debíamos dirigirnos hacia la colonia de Cawitchan, situada sobre la costa oriental de Vancouver, a doce leguas de Victoria. En el mismo día llegamos al lugar de destino y se nos dispensó una acogida tan cordial, que algunos de nosotros hubimos de pensar muy seriamente en quedarnos definitivamente en aquella Nueva Cápua, dejando que el objetivo principal de la expedición se esfumase.

Nuestro jefe comprendió bien pronto que convenía alejarse rápidamente de las seducciones de aquel lugar. El 9 de junio, después de haber parlamentado largamente con los pieles rojas, éstos nos procuraron una canoa, en la cual fueron colocados nuestros bagajes, bajo la custodia de uno de aquellos indígenas. Aquella pequeña embarcación debía remontar la corriente del río Cawitchan, en tanto que nosotros nos dirigiríamos a pie hacia la villa de Somenos. Cuando llegamos allí, los indios se hallaban ocupados en hacer sacar el producto de su pesca, suspendiendo a los pescados de las vigas de sus cabañas. Ocupados en estas tareas, los naturales de aquel lugar estaban muy lejos de decidirse a entrar a nuestro servicio y sólo con el incentivo de un buen salario pudimos lograr que se resolvieran a acompañarnos.

Un "tyhí" o jefe de los Kakalatza, consintió en servirnos de guía. Era éste un viejo de continente grave y majestuoso, a pesar de su gorro en forma de largo tubo de estufa horriblemente destrozado con el cual se empeñaba en cubrir su venerable cabeza. Este gorro, regalo sin duda alguna de algún "setler", era el orgullo y la constante preocupación de nuestro indígena.

Antes de partir con nosotros, estipuló expresamente que debía permitírsele llevar consigo la enorme caja en la que debía guardar aquel raro implemento de su adorno personal. Hubiera sido más fácil separar su sombra del cuerpo que separar a Kakalatza de su estrambótico gorro.

En Somenos, hicimos un reclutamiento todavía más útil, en la persona del mestizo Antonio, al que familiarmente llamábamos Tomo. Este hombre hablaba varios dialectos indígenas, tenía fama de cazador denodado, aun cuando había perdido un brazo. Esta falta no le impedía una de sus habilidades más notables, la de colocar los bagajes en la forma que estorbaran lo menos posible. En fin, tenía entre sus muchos méritos, el de una fidelidad a toda prueba, excepción hecha de cuando bebía whisky. . . y, desgraciadamente, tenía

una pasión vivísima por esta bebida que lo transformaba en un verdadero insensato.

Un viaje por el interior de la Isla de Vancouver, tiene un carácter de excesiva monotonía, de suerte que los días se sucedían a los días sin diferenciarse mayormente los unos de los otros. Sobre las espaldas, llevábamos una carga de ochenta o cien libras. Como principal alimento llevábamos una buena provisión de habas, de una especie que en Europa sólo habrían sido ofrecidas a los caballos. Pero éramos jóvenes y estábamos dotados de una salud de hierro. Debido a ello era que marchásemos con el sol en el corazón y la sonrisa en los labios a través de aquel país escabroso, en el cual todos los ríos son torrentosos, los bosques "junglas" y en el cual el clima tan húmedo, que los cobertores que nos servían de lecho se encontraban todas las noches empapados, como si hubieran estado sumergidos en el agua. Mientras recorríamos la ribera del Cawitchan, la canoa, impulsada a remos, remontaba la impetuosa corriente. Muchas veces la rapidez del curso hacía inútil el empleo del remo o de la pértiga. El río está formado por una sucesión de corrientes pequeñas y grandes, que se alternan con parajes tranquilos. En pocas oportunidades nos veíamos precisamos a levantar la piragua y a transportarla sobre nuestros hombros. En otros lugares, el cauce se nos presentaba erizado de arrecifes que hacían imposible en absoluto la utilización de la barca, la que juntamente con los bagajes debíamos cargar durante un buen trayecto.

Por la noche, para descansar de nuestras fatigas, realizábamos alegres veladas alrededor de la fogata del campamento. Comúnmente Mac Donald hacía el gasto de la conversación: Su misma vida ya era un texto de interminables sucesos que, referidos como sólo él sabía hacerlo, resultaban de un gran interés. Hijo de un comerciante de la bahía de Hudson, había nacido en la playa del Fraser, pero el comercio de su progenitor le había resultado poco interesante; se cansó bien pronto de comprar y vender pieles y en la primera oportunidad, muy joven aún, se embarcaba para remotas latitudes.

No fué, sin embargo, afortunado en sus expediciones. En las costas del Japón, tuvo la mala ventura de ver naufragar su barco y de salvar milagrosamente la vida. En esta, sin embargo, estaba destinado a pasar peripecias muy serias. Prisionero en país extraño, se vió obligado a pasar trabajos penosísimos durante un año, al cabo del cual, podía huir, dirigiéndose hacia Australia, donde pudo reunir un pequeño capital que gastó mucho más velozmente de como lo ganara. Fué sucesivamente hostelero en Melbourne, barquero, patrón de una barcaza en la Colombia Inglesa, vendedor de licores en Lilloet,

minero en Caribú y ahora, joven todavía, amando la aventura y el peligro, estaba encantado en acompañarnos en nuestra excursión por Vancouver.

Otras veces, también, Tomo nos contaba alguna leyenda, una buena parte de cuyo repertorio más pertenecía a la fábula que a la tradición siendo más propia para la mente infantil que para los adultos. Sin embargo, ponía tanta gracia y estro tan original en aliñar los relatos, que el asunto era en verdad lo de menos. Algunos de estos relatos, revelaban la facultad inventiva de los indígenas. Hete aquí una de esas fábulas, contada como Tomo nos la contó y que se dijera la historia de un Jonás indio:

"Un piel roja valiente y emprendedor, se ha aventurado en alta mar con su «kanim».

"¿Dónde va?, que lo impele a la aventura? Ni él mismo lo sabe. Lo cierto es que las olas ruedan sobre su ruta y él corta con la quilla, la cresta espumosa del oleage...

"Va a pagar cara el hombre de raza roja su temeridad... Nadie, nunca, se atrevió a ir tan lejos como él en tal débil leño...

"Pero él avanza, avanza, avanza...

"De pronto, ¿qué va a pasar? ¿qué está pasando? ¿qué ha pasado?

"Os lo dirá la leyenda de un piel roja, que se aventuró temerariamente muy lejos sobre el mar.

"Un enorme pez, ha engullido barca, hombre y remos; pero él así devorado se halla en el interior del pez gigantesco, pero con vida. Su barca está allí con él, sus remos con él..., pero en las sombras pavorosas de unas entrañas monstruosas...

"¿Morir...? ¿será preciso morir en las entrañas de un gran pez? ¡Ah, los ojos del indio brillan de coraje y de anhelos de venganza!...

"Lleva el hombre en su bolsa de marinero un pedernal. Con uno de los remos hace mil astillas, enciende la chispa y allí mismo, en las entrañas del monstruo, enciende fuego.

"El monstruo, al sentir el escozor espantoso de las quemaduras, abre enormemente la boca por la que entran el aire, el agua y la luz. La vía de salvación está abierta.

"Por ella se lanza el piel roja, con su cuchillo en la mano y en tanto que el pez se debate en contorsiones y marcha velozmente hacia una playa, él se prepara para la evasión.

"Ha llegado el momento. El indio descubre las arenas de las costas de su patria; ve árboles y montañas, ve los caseríos. Entonces busca el camino de la garganta del monstruo, pero éste vuelve

a cerrarla. El se abre camino a cuchilladas, va despedazando los tejidos y... en el momento en que los gigantescos maxilares del monstruo se abren en el estertor de la agonía, el piel roja se evade.

"La vida ha vuelto a cantar para él su canción feliz, más feliz todavía, porque ahora es una canción de victoria"...

El Cawitchan tiene una extensión de cerca de quince leguas, en varios sitios de su curso, su corriente atraviesa por unos lugares llamados cañones, pequeñas gargantas rocosas en las cuales el agua, batiendo violentamente las rocas, forma remolinos torrentosos antes de proseguir su curso normal.

El 15 de junio, el paisaje se transforma apreciablemente a nuestra vista.

El bosque es más espeso, los árboles del mismo son ahora más altos y mucho más corpulentos; el terreno es también mucho más feraz. Debemos estar acercándonos al lago del cual nace el río.

En aquel mismo día, hemos llegado a las orillas del lago, cuyas tranquilas y transparentes aguas contemplamos con delicia.

Después de haber hecho varias exploraciones alrededor de aquel pequeño mar interno, en el cual vienen a desembocar varias pequeñas corrientes, nos dividimos en dos secciones, una de ellas dirigida por el ingeniero Leech, debía llegar hasta Puerto San Juan, eligiendo la línea más corta; la otra, de la que yo entraba a formar parte, bajo la dirección de Brown, llevaba el propósito de explorar el río Nittinaht.

Kakalatza, no nos acompañaba en esta excursión. Dimos el adiós al jefe y a su majestuoso gorro, después, cargando los bagajes sobre la espalda, equitativamente distribuídos, nos internamos por la floresta. No tardamos mucho tiempo en descubrir una corriente de agua que corría hacia occidente y que se parecía mucho al río por el que habíamos cruzado.

Una canoa de cedro abandonada por los salvajes se encontraba a poca distancia de la playa. Nos pusimos de inmediato a calafatearla, y al día siguiente, 27, Brown, con uno de nuestros compañeros, salía con la vieja piragua, que hacía agua como si fuera una criba. En cuanto a Mac Donald y a mí, los seguimos con una balsa de nuestra invención. La habíamos construído mediante tablas y palos arrancados del maderamen de una vieja cabaña abandonada y que habíamos ligado mediante cuerdas que traímos en los fardos de nuestras mantas. La falta de un barreno con que hacer las perforaciones para el entrabado de las maderas, la habíamos suplido con nuestras pistolas, con cuyos disparos logramos abrir en las tablas los agujeros necesarios. Los otros exploradores, prefirieron tomar la vía terrestre en la esperanza de cortar camino. Les deseamos buena

suerte y partimos alegremente, después de armarnos de pértigas en vez de remos.

Pero el tal río no era otra cosa que una serie de corrientes separadas las unas de las otras por senos de agua estancada, lo que vino a poner a dura prueba nuestros músculos y nuestra paciencia. En gran número de lugares, no podíamos tocar fondo con nuestras pértigas y teníamos una dificultad no menor para mantener la balsa cerca de la orilla. Cada vez que llegábamos a una de las corrientes, si bien nuestra "excursión naval" no resultaba exenta de peligros, adquiría un carácter de los más ridículos. Mac Donald, una especie de Hércules, de miembros cortos y gruesos, el cual no pesaba menos de trescientas libras, tenía a su cargo las funciones de timonel, y cuando, por efectos de la velocidad que el declive imprimía a la marcha, la proa se levantaba y se hundía la popa a impulsos del pesado corpacho que sobre ella gravitaba, la embarcación y sus tripulantes ofrecían el más original de los espectáculos. Un espectador cualquiera que desde la orilla nos hubiera visto pasar en tales circunstancias, viera con asombro la más rara embarcación, casi vertical sobre las aguas y marchando a una velocidad de tres leguas por hora, con uno de sus tripulantes casi hundido en las aguas y el otro levantado a gran altura sobre ellas.

Demás está decir que en tales momentos, mi compañero y yo hacíamos esfuerzos desesperados por recobrar la posición horizontal. No debo olvidar decir que por un capricho de estas aguas que parecían entretenerse con la fragilidad de nuestra embarcación, muchas veces la popa pasaba a ocupar el sitio de la proa y vice versa, con un desprecio absoluto de las leyes de navegación.

En dos ocasiones, fuimos lanzados al agua; en una de ellas, una gran masa de leña arrastrada por la corriente nos tomó bajo su peso, viéndonos en grandes dificultades para salir con bien del riesgo. Experiencia saludable de tal accidente fué la de que, en adelante, tuviéramos grandes precauciones en esquivar tales peligros, que de continuo se nos presentaban, pues la corriente llevaba gran cantidad de troncos de árboles derribados.

Más adelante, en alguna ocasión hubimos de encallar en extensas playas llenas de cantos rodados. En tal situación era preciso descender de nuestra nave, aligerarla y, pasado el peligro, saltar de nuevo a ella con la velocidad del gato montés, pues la embarcación se alejaba a tumbos hacia el centro de la corriente, sin esperarnos. . .

A cada minuto resonaba en nuestra embarcación este grito de advertencia: "¡Cuidado con la cabeza!", lo que no impedía que, no obstante todas las precauciones, las ramas de los grandes árboles que

bordeaban la ribera y que bajaban sus ramas hasta casi tocar la linfa, se nos enredaran en la cabeza y nos rozaran el rostro, ní más ni menos que si quisieran arrancarnos en vilo de nuestra embarcación. Esta loca y desesperada carrera, me recordaba algunos pasajes de mi vida infantil cuando, montado sobre un asno, paciente pero lleno de mañas, debía soportar las astucias que el jumento empleaba para descabalgarme. Pasaba rozando lo más estrechamente posible todas las paredes y donde el burro veía un árbol de caída fronda, por allí se metía y me metía. Sólo con grandes precauciones, tendido, más que montado sobre el lomo del animal, lograba yo salvar la situación.

Nuestra balsa parecía estar animada a ratos, de un vivo espíritu de contradicción; sin embargo, sus extravagancias no llegaron nunca a turbar nuestro buen humor; más bien terminaron por hacer más fuerte el vínculo de la amistad y de la simpatía que ya había entre nosotros.

Por dos o tres veces desembarcamos para tomar algún refrigerio. Los víveres que teníamos a nuestra disposición eran, a decir verdad, más sustanciosos que delicados, puesto que consistían, únicamente, en salmón mal cocido y tal cual conserva.

Desesperábamos de llegar al campamento de Brown, cuando el viento nos trajo el humo de un fuego que no podía estar muy distante. Jamás, perfume alguno acarició nuestro olfato con más gratas emanaciones que las que de allí nos venían. Muy pocos minutos después, el río daba una pronunciada curva y al final de ella nos encontrábamos a la vista de nuestros amigos que habían establecido campamento en un liso promontorio, de fácil y pronto acceso. Vistas las dificultades que ellos habían tenido para guiar la propia barca, habían desistido de continuar en tan accidentada navegación. En cuanto a los otros, a los que adoptaron el recurso de infantería, sólo pudieron reunírsenos al mediodía siguiente, convencidos de que en este país los caminos al través, son una mera creación de la fantasía.

IV

LA ALDEA DE WHYACK. - LOS PIELES ROJAS. - EL RIO SUK. - DESCUBRIMIENTO DE UNA MINA DE ORO. - NANAIMO

El río sobre cuyas aguas habíamos realizado la accidentada navegación que acabo de relatar, era el Nittinhat. El 30 de junio, llegábamos a un angosto paso que, según las referencias obtenidas por

Brown, hace características y únicas las bocas de este río. La marea se precipitaba en la desembocadura formando numerosos vórtices y desde lejos podíamos escuchar el rumor que las aguas hacían al arrastrarse entre los escollos que emergían a flor de agua, indicio inequívoco de que nos hallábamos a poca distancia de la costa.

Una aldea indígena llamada Whyack, surge en este lugar a poca distancia del mar.

El jefe de la tribu que allí se hallaba establecido, había partido con un grupo de sus mejores guerreros para no sé qué expedición, pero los indígenas que habían quedado en la población, nos recibieron con las más francas demostraciones de simpatía, nos señalaron un sitio inmejorable para levantar nuestra tienda y nos vendieron, a un precio razonable, algunos magníficos "fletan" y varias otras provisiones.

Los naturales de este país, salvo pequeñas diferencias, se parecen notablemente al tipo que reproducimos aquí, como la mejor forma de dar una idea cabal de sus características más salientes. Una cabellera en desorden, una corona de hojas sobre la frente, tanto como adorno cuanto como defensa contra la picadura de los mosquitos, un ropaje de lo más elemental y que no consiste, habitualmente, nada más que en la consabida manta, copiada exactamente a los indígenas de la costa occidental. El alfiler o artilla que atraviesa el ala de la nariz, fué puesto allí, simplemente por satisfacer el capricho de su propietario, al cual le importa un bledo de su rostro con tal de cuidar el ornamento común a los de su tribu. Estas espigas tienen por objeto, mantener expedito el agujero por el cual han de pasar la anilla, cuando llegue el caso de usarla.

Estos indios reservan para la danza y los banquetes que siguen a aquéllas sus gustos inventivos; como si encontraran que la naturaleza no los ha dotado de una suficiente brutalidad, se cubren el rostro con máscaras de madera, que producen la más grotesca impresión. Las máscaras llegan a tener una extensión que llega a pasar de dos pies. Estos horrorosos antifaces son, sin embargo, construídos de un modo muy ingenioso. Mediante una cuerdecilla, hacen que los ojos se muevan y la boca se abra, o para decirlo más exactamente, el pico, puesto que casi todos tienen una lejana semejanza con una cabeza de pájaro, dentro de la más extraordinaria variedad.

Los habitantes de Whyack, son muy expertos para construir canoas de cedro; nosotros obtuvimos de ellos una ancha piragua, con la cual llegamos hasta el puerto de San Juan, situado sobre la punta meridional de Vancouver, y donde debíamos reunirnos con

el resto de la expedición, de la que, como se recordará, nos separáramos en el lago Cowitchan.

Un "setter" que desde muchos años se hallaba establecido en aquella costa salvaje, el señor Lawton, nos acogió con una cordialidad conmovedora.

Apenas llegados, nos servía un almuerzo que parecía un banquete principesco, especialmente después de las privaciones que habíamos debido soportar.

Unos días más tarde, logramos reunirnos con Leech y sus compañeros. ¡Pero en qué estado, Dios mío! Estaban extenuados por la debilidad, medio muertos de hambre, cubiertos de sudor y sus vestidos se les caían a pedazos.

Un trayecto que, según un antiguo mapa del almirantazgo apenas tenía una extensión de seis leguas, les había costado diez largos días de caminar incesante, de ahí que en aquellos momentos no encontráramos términos lo suficientemente enérgicos para calificar aquella carta embustera que les había sido entregada en el momento de partir, y, según la cual, el territorio que acababan de recorrer estaba indicado con estas palabras: "Llanura lisa". Entre tanto, ellos habían debido atravesar una serie no interrumpida de alturas y de extensas zonas de selva tupidísima, lo que les obligaba a hacer cinco leguas para salvar un trecho de una. También pudieron comprobar que el río marcado en el mapa, era sólo un impetuoso torrente, casi siempre encajonado entre rocas inaccesibles.

Habiendo recibido una cantidad suficiente de vituallas llegadas para nosotros en un "sloop" desde Victoria, partimos a bordo de dos canoas en dirección al puerto de Suk, donde desemboca el río del mismo nombre. Este curso de agua se asemeja mucho al Cowitchan, pero es aun menos navegable que aquél en algunas partes de su cauce. En una de sus riberas hicimos un gran descubrimiento, el descubrimiento sin duda alguna más grande de toda nuestra expedición y de tal carácter que vino a transtornar la vida de toda la colonia: Una mina de oro.

Apenas dimos la noticia en Victoria, se iniciaba una verdadera carrera para ver quién llegaba antes a ese lugar. El caso era llegar a Suk antes de que terminara la estación propicia. No tardó mucho tiempo y ya habían salido de las entrañas de la tierra de ese antes desierto lugar, cientos de miles de dólares del codiciado metal.

Pocas personas, sin embargo, tuvieron la suerte de dar con una veta rica y continuada; pero habiendo los salarios aumentado de una manera exagerada, muchos trabajadores consiguieron reunir buenos

ahorros. Fondas, tabernas, tiendas y negocios de toda suerte se establecieron allí para subvenir a las necesidades de la población.

No tardó, empero, la gente en darse cuenta de que para desenterrar metal por el valor de un dólar, era preciso desembolsar dos.

Los chinos son muy buenos operarios en los trabajos de minería. Exigiendo, por otra parte, un salario mucho más reducido que el que, por lo común se paga a los europeos, se hizo venir gran número de ellos a las tierras auríferas de Suk. No tardaron, tras estos naturales progresos, en llegar los que les eran afines. De inmediato se empezaron a construir grandes carreteras que unían el nuevo poblado con todas las localidades más importantes de la isla. Esto trajo como primera consecuencia el abaratamiento de los artículos de primera necesidad, y como el gobierno colonial considerase que nuestro descubrimiento iba a reportar grandes adelantos para el país, quiso reconocer nuestro trabajo en moneda contante y sonante.

Cuando el 10 de julio llegamos a esta región, el lago, que forma una de las vertientes de aquel río, nos proporcionó elementos para preparar los platos más delicados, pues en sus transparentes y tranquilas aguas la trucha se encuentra en abundancia y se pesca con facilidad.

Nuestra suerte, por todo esto, hubiera sido realmente envidiable si nos hubiéramos podido librar de la persecución de los mosquitos; pero estos terribles insectos nos habían declarado la guerra. Algunos viajeros que han recorrido estos lugares han llegado a asegurar que en Vancouver no existen los mosquitos. Por experiencia, desgraciadamente, yo pude afirmar lo contrario.

Fué en vano que, para alejarlos, pusiéramos en práctica los procedimientos más variados de uso constante en el país y muy especialmente el de las humaredas hechas con las substancias más diferentes. Al final terminaban los mosquitos por llegar hasta nuestra piel y dejárnosla hecha una miseria a picaduras. Y noche de batalla con los insectos era, inevitablemente, noche de doloroso insomnio.

Del río Suk, nos dirigimos a Nanaimo, población que se halla a veinticuatro leguas distante de Victoria y que debe su progreso, especialmente, a las minas de carbón fósil que allí abundan. La población se halla agrupada en el fondo de una pintoresca bahía, protegida de los vientos y de los avances del mar, por una serie de islas. La profundidad del agua es allí suficiente, como para que amarren en su puerto las embarcaciones de mayor tonelaje. Estas minas proveen de carbón a San Francisco, Victoria y a los poblaciones que se hallan

en las riberas del Fraser. La compañía de la Bahía de Hudson, que había construído hacía ya muchos años un fuerte en Nanaimo, fué la primera en hacer excavaciones en aquel lugar. Dicha compañía empleaba a los pieles rojas para estos trabajos y pagaba sus servicios en artículos diversos, pero especialmente en mantas, a razón de una por ocho barriles de mineral...

El carbón fósil es sin discusión el artículo más importante de la isla de Vancouver. Los depósitos internos de estos productos se consideran inmensos.

Tiempo después de haber dejado Nanaimo, descubrimos sobre la costa del río Puntiedge, una veta muy importante. La capa carbonífera es allí de dos o tres pies de espesor. Otras veces se presenta a flor de tierra, de improviso se pierde. De acuerdo a nuestras observaciones, la veta más importante ocuparía la extensión de media legua en profundidad y se halla situada en una angosta garganta.

Los futuros exploradores de esta región no tendrán grandes dificultades para encontrar nuestros rastros en la región, y los que lleguen hasta el sitio donde tuvimos habitualmente nuestro campamento, se encontrarán con un árbol en un recuadro, en cuyo tronco descortezado, descubrirán una inscripción que les hablará de nuestra permanencia en esos lugares.

V

LA AMERICA RUSA, PASA A SER LA ALASKA NORTEAMERICANA. - EXPEDICION DE LA COMPAÑIA TELEGRAFICA OCCIDENTAL. - SITKA. - INDIOS KALUCHIS. - HOSTILIDAD RUSA

La adquisición de la América Rusa, hecha por los Estados Unidos, constituye uno de los sucesos más notables de los últimos tiempos. Cuarenta y cinco mil leguas cuadradas, vinieron, bajo el nombre de Territorios de Alaska, a agregarse a los ya vastos dominios del Tío Sam, al tiempo que Rusia se desprendía de un país desolado, cuyo valor para ella resultaba bastante incierto.

Las negociaciones alrededor de este convenio, se prolongaron por espacio de algún tiempo y fueron, durante el mismo, motivo de gran preocupación para la opinión pública norteamericana que había sido tomada de sorpresa por este inesperado engrandecimiento de su país.

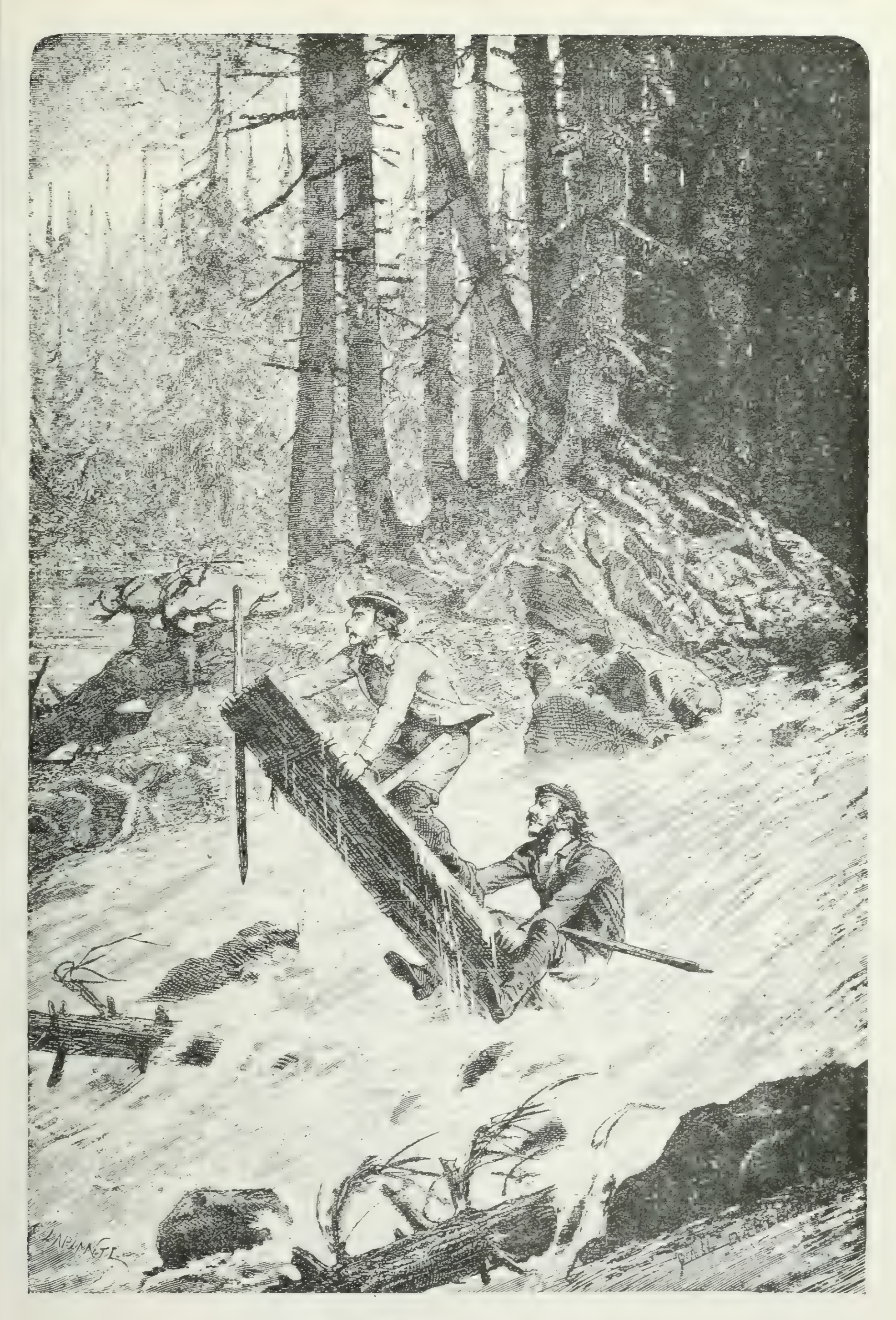
Poblado indio, próximo al Missouri



El volcán Koriatoki



Caza del bisonte



Rápido descenso por el Nittinaht



Paisaje sobre la costa de Bute



Incendio de una isla

Un gran sector del pueblo no veía la ventaja de esta adquisición territorial. Llegaba a acusarse y a atacar enérgicamente al señor Seward, autor del proyecto, de lanzar al gobierno de su país a una desastrosa especulación. Por burla, se daba el nombre de "Walrus Sia", tierra de las focas, a la posesión ambicionada por el infortunado secretario de Estado. Todas las mañanas, al vocear la prensa, se podía escuchar el anuncio de nuevas críticas motivadas por este asunto.

Los diarios de Nueva York, llegaban al sarcasmo, ofreciendo en sus editoriales inmensas ventajas para los que se atrevieran a sacar provecho de una colonia desierta, islas desconocidas y despobladas, bancos de hielo, volcanes y regiones, en fin, expuestas a todos los rigores del clima y sacudidas frecuentemente por los terremotos. No debe asombrar a nadie, la poca fortuna del previsor hombre de Estado; casi todos los innovadores corren igual suerte: más tardaron en callarse estas críticas, que la nación en sacar ventajas económicas de las nuevas posesiones, cuyas riquezas inmensas nadie se hallaba en condiciones de presumir.

El tratado concluído entre los Estados Unidos y el gobierno de San Petersburgo, señalaba los límites territoriales de la nueva posesión, en la forma siguiente: Al Este y al Sur, la demarcación que había regido en la convención celebrada entre Inglaterra y Rusia en 1825. El territorio cedido, de tal suerte, comprende, al Oeste, todas las islas Aleutienas y hacia el Norte, no se reconocen más límites que los que naturalmente imponen las nieves.

Las costas de Alaska, fueron en repetidas oportunidades estudiadas por oficiales de la marina rusa. La Peróuse y Vancouver, fueron objeto de su atención por algún tiempo; más tarde visitaba estas regiones el capitán Mac Clure, en la expedición que este marino emprendía en busca de Sir John Franklin. Sin embargo, a excepción del ruso Zagoskin, ningún viajero se había aventurado al interior del país. Sólo algunos comerciantes se arriesgaban de tarde en tarde en aquellos peligrosos senos desiertos e inhospitalarios para realizar el tráfico de pieles que producía grandes rendimientos aunque a costa de no menos señalados sacrificios.

Una relación extensa sobre esta zona no había sido aun publicada. Cuando fuí llamado a formar parte de una expedición de reconocimiento, los informes geográficos de algún valor sobre este país eran realmente bien escasos.

Una poderosa compañía americana había concebido, hacía algunos años, la idea de unir el viejo al nuevo mundo, mediante un cable submarino que atravesara el estrecho de Behring. Para llevar a cabo

el propósito se habían reunido grandes capitales y se había logrado la autorización de los gobiernos británico y ruso para convertir en una hermosa realidad tan feliz idea. Las exploraciones dieron principio en 1865, esto es, en el tiempo en que yo me encontraba en Vancouver. Dos años después, la empresa que comenzaba a actuar bajo los mejores auspicios, fué repentinamente abandonada.

La colocación del cable transatlántico la había hecho inútil.

En la primavera de 1865, el coronel Bulkley, ingeniero en jefe de la línea proyectada, partió de San Francisco, que era el cuartel general de la empresa.

Yo tuve la fortuna de encontrarlo en Victoria y me apresuré a ofrecerle mis servicios. La idea de tenerme por compañero pareció agradarle y desde aquel momento empezó entre nosotros una amistad, de la cual el tiempo no hizo sino fortalecer los vínculos.

La expedición quedaba organizada militarmente y a cada uno de sus componentes se le asignaban funciones determinadas.

El 30 de julio de 1865, yo daba el adiós a Victoria y me embarcaba sobre el "Wright", pequeño vapor de la compañía telegráfica.

Al día siguiente nos encaminábamos hacia Sitka, que había sido hasta entonces la capital de la América Rusa.

Esta ciudad, llamada después Nueva Arcángel, era, hasta este momento, la única ciudad que existía en el país y era centro de operaciones y depósito general de la compañía ruso-americana que hacía en toda Alaska el negocio de pieles; pero, poco a poco, se convertía en el centro comercial de las más grandes perspectivas. Se halla situada sobre una isla a la que se le ha dado el nombre de Baranoff.

No lejos de Sitka, se ven tendidas a lo largo del horizonte, montañas cubiertas de nieve y boscosas colinas. El monte Edgcumbe, se levanta en la isla de Crouze y su cumbre nevada se descubre desde gran distancia. El volcán que se halla en la misma, llega a una altura de ocho mil pies, dando un sello característico al país. La ciudad tiene un aspecto risueño y pintoresco en sus alrededores.

En nuestra marcha, dejamos atrás la casa del gobernador, que surge majestuosa por detrás de una colina acantilada, y la que domina en un centenar de pies por lo menos las casas vecinas, como conviene a la residencia de tan alto magistrado. Pronto llegamos a las oficinas de la compañía, a cuyo alrededor se levantan las casas de los empleados, habitaciones cómodas y no carentes de elegancia.

A la izquierda de la calle principal, sale al encuentro de los ojos un gracioso macizo de árboles frutales llamado "Club Gardens", detrás de cuyo fondo aparecen los rojos techos de las casitas de

una elegante villa. Más allá, los hoteles, los cafés, un parque y la iglesia griega proyecta la sombra de su cúpula de puro estilo oriental, sobre un templo luterano de arquitectura sobria, simple y severa; en fin, luego viene el "Club House", donde se reune la gente joven; la escuela y el hospital, edificio muy bien construído e ingeniosamente diseñado. Por los alrededores se pueden apreciar una docena de casitas de campo, después de ellas, la interminable selva, en cuya entrada se encuentra un paisaje de una gran seducción.

Sitka, es la ciudad del mundo en la que llueve con más frecuencia. De más estará decir que los inconvenientes que esto crea son innumerables y que la salud se resiente por la constante humedad. Después de las lluvias, se descuelgan las nieves, por lo cual el reuma siempre está a la orden del día.

Los fríos no son, sin embargo, insoportables. Cuando el descenso de la temperatura es mayor, no pasa nunca de los siete grados.

En los alrededores de la ciudad se encuentran muchos indios Kaluchi, tribu que habita en la costa, entre los ríos Stekine y Tschilcat. Dos mil quinientos de estos indígenas, tendrán su morada en un reducido perímetro vecino a la población.

Un fuerte y una empalizada separan la ciudad propiamente dicha del caserío indígena. Ningún piel roja debe quedarse en la ciudad después de cerrada la noche, so pena de castigo.

Las cabañas de los naturales son de forma circular, muy amplias, y con un agujero en el techo para que el humo pueda salir al exterior, pues como la mayoría de las tribus primitivas, es esta una costumbre muy difundida, tener constantemente fuego en el interior de las cabañas, exigencia que, por lo demás, proviene del intenso frío que se experimenta en la región.

La puerta de entrada es muy baja. El interior de estas cabañas se divide en dos compartimentos, uno destinado a la reunión de la familia y el otro para dormitorio. Algunas de estas viviendas han sido adornadas con esmero y unas pocas con un lujo verdaderamente raro.

El vestido que usan los naturales del país, al menos en primavera y verano, consiste simplemente en una manta. En invierno usan ropas menos ventiladas.

La soberbia prodigalidad del suelo en que viven, ha desarrollado en ellos de una manera extraordinaria, la pereza. Por todas partes el salmón se ofrece a su voracidad y los cazadores pueden, sin fatiga alguna, procurarse toda la carne de gamo que deseen, pues esta especie se multiplica de una manera fantástica.

Todo esto hace que las industrias manuales de los indígenas

apenas tengan un desarrollo elemental; sus mismas canoas, los "kayaks", están muy lejos de parecerse a los de sus hermanos de raza del continente. Sólo sus tumbas alcanzan a dar una idea vaga de sus gustos artísticos, pues en ellas acumulan sus mayores preocupaciones. Se trata de pequeños féretros en los que depositan las cenizas de sus difuntos, pues la costumbre tradicional del país es de incinerar los cadáveres. Sobre una de estas tumbas me fué dado ver que pendían unas trenzas. Ofrenda al muerto sin duda de alguien que quiso rendirle un elocuente tributo.

El gobernador de Sitka, se hallaba ausente a nuestra llegada, pero los pobladores de más significación se encargaron de representarlo dignamente.

La hospitalidad rusa que ya es proverbial, se hizo en este caso incómoda por el exceso de atenciones a que se nos sometía. Por todas partes y por cualquier motivo, nos invitaban a tomar un vaso de las fuertes bebidas que aquí se acostumbran, desde el coñac, hasta la clásica vodka; rehusar tales invitaciones, hubiera sido lo mismo que ofender a quien tan espontáneamente las ofrecía. Ya se imaginará el lector nuestro suplicio al vernos sometidos a tan fuertes dosis de alcohol. En cuanto al te, no quiera saber el que leyere la enorme cantidad que estábamos obligados a beber varias veces por día en tazas de un tamaño ciertamente alarmante.

VI

LA REGION VOLCANICA. - LOS INDIOS TCHUKTCHIS. - HUNALATCHIT. - EL RIO YUKON. - AURORA BOREAL

El 12 de agosto de 1865 salimos del puerto de Sitka a bordo del "Golden Gate". La población nos hizo una despedida que no podremos olvidar nunca. Fué una demostración de afecto, conmovedora. El tiempo se presentaba amenazador y la niebla, que ya se había insinuado al partir, se hacía cada vez más densa a punto tal, que faltó muy poco para que la nave encallara entre los escollos que aparecen a lo largo de la costa en la isla de Sanak o Halibut. Librados felizmente de este peligro, el barco atravesó sin dificultades mayores el archipélago de las Aleutienas, entre la isla Unimak y la de Ugamok. Mientras virábamos para entrar en el estrecho, un espacio descubierto nos permitía descubrir el volcán Chichaldinski. Esta montaña, situada en la isla de Unimak, tiene, según Lütke, una altura de ocho mil

novecientos treinta y cinco pies. Su forma es gallardísima. Cerca de éste, se encuentra otro monte menos alto, coronado por una doble cumbre tajada.

Durante el día 4 de septiembre, el Chichaldinski se nos aparece distintamente; habiéndose despejado el cielo, nos fué fácil poder contemplar el humo que salía de la su cima. Desde el paso de Unimak, se descubre en lontananza un segundo volcán, de una altura de cinco mil pies. Durante esa noche, el capitán del barco vió que de un tercer volcán que durante el día no había podido localizar, salían altas llamaradas de fuego y que un gran resplandor rojizo ocupaba una gran parte del cielo.

Llevábamos la intención de tocar tierra en Puerto Providencia o Plover Bay, situado sobre la costa siberiana al Norte del mar de Behring. El 22 de septiembre nos hallábamos a la vista de las costas y nos aprestábamos a entrar en la rada, cuando con gran desilusión para nuestros anhelos y propósitos, se desencadenaba una fuerte borrasca que nos arrojó hacia el Sur, a una distancia de un centenar de leguas. Solamente el 26 pudimos llegar a puerto.

Un villorrio tchutchi, agrupa sus mezquinas viviendas en una lengua de tierra que protege la bahía en su extremo meridional. En sus alrededores, encontramos vestigios de viviendas subterráneas muy hábilmente construídas y de una rara solidez contra cualquier derrumbamiento que pudiere sobrevenir. Pero la raza que había llevado a cabo aquella empresa, no era seguramente la que habitaba allí; sus representantes hacía mucho tiempo que habían desaparecido de los contornos.

Las actuales habitaciones de los naturales son en extremo groseras. Las hacen, generalmente, de pieles y no se cuidan de escoger entre éstas las de un solo animal; así es posible ver sus paredes, recubiertas de pieles de morsa, de foca, de reno, mezclados con trozos de vela de las barcas balleneras que llegan hasta allí y que sus tripulantes obsequian a esas pobres gentes que se acercan a ellos en demanda de algunos elementos de abrigo. Estas cabañas a que nos referimos, están formadas por un armazón de huesos de ballena, muy ingeniosamente dispuestos. Las cabañas deben ser muy sólidas porque estando en el descampado, deben soportar el embate de grandes, constantes y a veces destructores vientos. Algunos de los huracanes que allí se desatan, asumen caracteres terribles; el frío es vivísimo y por lo general los naturales se ven imposibilitados de hacer fuego por la carencia de leña. Su única lumbre la constituyen unas lámparas alimentadas con aceite de ballena. Esta es su única calefacción.

Los huesos de los cetáceos, en otra ocasiones, les sirven para la armadura de sus canoas. Por todos lados, la barca es recubierta por una piel de foca inflada, que debe hacer el oficio de flotador. Mediante esta estructura, el equilibrio queda fácilmente logrado.

Los tchuktchi pertenecen a una raza enérgica y robusta de físico vigoroso y extraordinario. Pude ver a uno de ellos, transportando sobre los hombros una casa de leñador que lo menos pesaba doscientas libras, sin que se notaran en él los menores signos de cansancio.

Casi todos estos indígenas tienen un modo afable y un humor alegre. Suelen, eso sí, mostrarse un tanto interesados; pero este defecto no es únicamente privativo de los indios... Por mi parte, debo declarar que en muchas ocasiones me prestaron un servicio real y desinteresado.

Las criaturitas van envueltas en ropas estrechísimas y de un espesor tal, que los pobrecitos parecen bolsas ambulantes de algo que pudiera a primera vista confundirse con cualquier cosa, menos con un ser humano. No son únicamente inconvenientes los que acarrea esta clase de vestir a los chiquillos; debido a la forma de envolverlos, cuando las criaturas caen a tierra por cualquier accidente, tan común en la vida de los párvulos, las ropas amortiguan grandemente el efecto de las caídas. Mujeres y hombres de la tribu, llevan trajes de pieles desde el principio hasta el fin del año; sólo los considerados "elegantes", se atreven en el estío a usar trajes livianos de procedencia europea, que por lo general tienen ya un buen uso en poder de los marineros europeos que visitan esas regiones.

Hay en esta tribu una serie de modas bien originales: Los indios son grandes fumadores; pero en vez de arrojar el humo sin inspirarlo, como la mayoría de los fumadores lo hacen, lo retienen en los pulmones el mayor tiempo posible. La calidad del tabaco que fuman y esta costumbre exagerada, les causa una especie de embriaguez. He visto a más de un indio fumar hasta quedar adormecido, después de echar unas cuantas bocanadas de este peligroso tóxico. Las pipas que usan llevan unos canutos extremadamente largos, en tanto que la cazoleta es pequeñísima. Contiene la cantidad indispensable de tabaco para una sola vez.

Aquí vinimos a tener noticia, de que por lo común, la bahía de Plover se helaba hasta el 4 de octubre. Ya era posible ver formarse la primera delgadísima capa de hielo; de ahí que el 29 aprovecháramos un viento favorable para navegar hacia Petropablowski, capital de Kamtchatka.

El 14 de octubre, los vientos contrarios no nos permitieron entrar en la bahía de Avatcha hasta última hora de ese día. Al siguiente,

echábamos anclas frente a Petropawloski. A distancia se descubría el volcán Koriatski, envuelto en un blanco manto de nieve. Este es uno de los espectáculos más bellos que se pueden presentar en una región donde el panorama varía constantemente de carácter y de valor estético.

La ciudad está formada simplemente por cabañas de apariencia modesta. Una iglesia del culto griego y pintada de rojo con el techo verde es la única construcción que rompe la uniformidad circundante.

Dos monumentos se levantan en Petropawloski, ambos se hallan consagrados a dos grandes navegantes, el uno en honor de Behring, y el otro, una construcción octogonal cubierta de planchas de hierro, recuerda a La Pérouse.

Desde lo alto de las colinas que circundan a la población de Petropawloski, se goza de una hermosísima vista panorámica que abarca diversos y a cual más hermosos paisajes. Tres volcanes se descubren después de una ojeada por los contornos del horizonte, son el Koriatski, el Avatcha y el Koseldskai.

El 1º de noviembre salimos de la bahía de Avatcha para regresar a San Francisco, donde llegamos el 30 del mismo mes.

Así daba término nuestro viaje del año 1865, durante el cual habíamos recorrido una distancia de diez mil millas por el océano.

Durante el invierno se organizó una nueva expedición por el Pacífico del Norte, siempre con la mira de establecer un telégrafo terrestre bajo la dirección del coronel Bulkley.

Los planes que llevábamos a desarrollar, aparte de los simplemente vinculados con las tareas que iba a imponernos empresa tan importante, eran tan diversísimos como interesantes. Componían la expedición hombres animosos que estaban dispuestos a recoger el mayor número de elementos de información sobre territorios, de los que muy pocos exploradores se habían ocupado con fines de hacerlos conocer al mundo civilizado. Las noticias que sobre los mismos circulaban, o eran exageradamente fantásticas o lo que era casi peor, horriblemente inexactas.

La nueva expedición partió el 23 de junio de 1866 y llegaba a Petropawloski el 13 de agosto. Las anclas fueron exactamente echadas en el golfo de Tnadir, de donde no tardábamos en dirigirnos hacia Plover Bay.

El 24 estábamos anclados en la isla de San Miguel, más comúnmente conocida como Michalowski, principal estación de la compañía ruso-americana de pieles, con sede central en el golfo de Norton.

El 2 de octubre partíamos hacia el villorrio de Unalatchlit, otro puesto ruso situado en la desembocadura del río del mismo nombre.

Cerca de allí, descubríamos una aldea indígena perteneciente a la tribu de los Malemutos o Naveak.

Estos pobres nativos tenían grandes puntos de contacto, así en lo físico cuanto en sus formas de vida, con los esquimales. No obstante esta innegable semejanza, los Naveak son más fuertes, más robustos, de una mayor estatura y las pieles que emplean para vestirse están cortadas con un gusto que no excluye en manera alguna la elegancia.

Confieso que tenía un gran deseo de visitar la región del Yukon, casi totalmente desconocida para los países civilizados. El coronel Bulkley me había prometido que me permitiría seguir la dirección que yo quisiera en busca de mis investigaciones, cualquiera fuera la región que yo quisiera visitar. A este efecto, la expedición se dividiría en dos secciones, de acuerdo a los objetivos de cada cual. El, por su parte, debía supeditarse, como es comprensible, a los intereses de la compañía que representaba.

El 27 de octubre nos pusimos en viaje por el Unanatchit helado, en número de nueve expedicionarios, incluso el que esto escribe. El capitán Ketchum, el lugarteniente Labarge, el señor Dall, miembro del Instituto Smithsoniano; Francis, mecánico; Picket, adscrito a nuestro servicio personal, y tres pieles rojas. Tomamos todos asiento en cuatro trineos, cada uno de los cuales llevaba cinco perros de tiro. Nuestro cargamento se componía de víveres, pieles, mantas de abrigo, botas para andar en la nieve y todos aquellos elementos que en una excursión de este carácter se hacen indispensables.

La superficie helada del río, además, estaba cubierta por una gran capa de nieve.

A la noche llegamos a un punto del cauce donde el agua no se había congelado y pasamos la noche en la orilla de este sitio, donde se gozaba de una temperatura menos cruda. En un poblado vecino, donde nos detuvimos algunos días, compramos una canoa para atravesar las partes del río que no estuvieran congeladas.

Después de muchos y diversos incidentes, viajando unas veces en trineos y otras en canoa, y. . . por qué no decirlo, muchas veces también a pie, el 11 de noviembre nos encontrábamos a la vista del río Yukon, de un ancho de mil doscientos metros en aquel lugar y enteramente cubierto de hielo, como ya lo estaba a esa altura de la estación desde sus vertientes hasta la desembocadura, en una extensión de cerca de setecientas leguas.

Las costas son en este sitio en extremo escarpadas y desde su cumbre nos dejábamos deslizar hasta las aguas del río a una velocidad asombrosa.

El 15 de noviembre hacíamos nuestra entrada en el puesto y pequeña población de Nulato.

Nulato es entre todos los puestos o estaciones que proveen a la compañía ruso-americana, el más septentrional y el más avanzado hacia el interior del territorio. Su latitud, según Sagoskin, es de 64° 42′; la longitud de 155° 38′. El pueblo ha sido emplazado sobre la ribera septentrional de una especie de llanura limitada hacia el Suroeste por el río que lleva el mismo nombre.

Una corriente bastante más pequeña lo limita por el Nordeste. Lo primero que observa el viajero que llega a estas regiones, es la presencia de tupidos bosques muy próximos a los caseríos y de los cuales se extraen las maderas que la población necesita para su consumo como combustible y demás usos que a la madera se le da, en esas aldeas, donde la armazón de las cabañas es casi esencialmente de este material y donde la necesidad de la navegación en pequeñas piraguas, exige que se tenga constantemnte a mano árboles lo suficientemente corpulentos como para poder fabricar con ellos embarcaciones de tal naturaleza.

El terreno, aunque arcilloso, tiene en su superficie una capa de tierra que lo hace muy fértil. Lo que no es común en estas zonas. Numerosos árboles frutales maduran durante el estío y un espeso mundo de verdura cubre todo el suelo, recreando gratamente la mirada del que se complace en admirar los paisajes de esta región, favorecida frecuentemente por un cielo azul limpísimo.

El Fuerte se parece a casi todos los edificios militares que de este carácter posee en el Asia el gran imperio moscovita. De su fábrica se destacan dos altas torres de vigía, lo rodea una empalizada y sus puertas están siempre cerradas durante la noche, y sistemáticamente los dominadores impiden que los indios penetren en su recinto en mayor número de dos.

Esta previsión no es caprichosa, desde luego. A poco de establecerse el Fuerte, los indios asaltaron su reducto muchas veces y los defensores debieron pagar con la vida su excesiva confianza en la amistad de los nativos.

Otras veces los defensores lograron rechazar el ataque, pero fueron peligrosamente rodeados y sólo vinieron a recibir refuerzos cuando se hallaban a punto de capitular o de morir de hambre.

Poco a poco las relaciones entre rusos e indígenas se fueron suavisando y actualmente estas previsiones más son de fórmula que por necesidad.

El edificio que nosotros ocupábamos formaba una de las alas del Fuerte.

Las ventanas de nuestra habitación, ostentaban, a guisa de vidrios, tejidos traslúcidos, obtenidos de la bejiga de las focas, material que aparte de ser muy transparente, es de una gran resistencia contra los agentes atmosféricos, siendo absolutamente impermeables a la lluvia.

El día, en esta región y durante el tiempo en que nos encontrábamos, no era todo lo largo que nosotros hubiéramos deseado que fuera. No tenía mucho más de dos horas. Vivíamos así entre dos largas sombras y un poco de luz solar.

Respecto a la iluminación, no era muy espléndida: candiles un tanto primitivos provocaban una luz que no invitaba a prolongar las veladas, por lo cual, el sueño era lo que más nos veíamos obligados a cultivar.

Envueltos en nuestras mantas, embutidos en nuestras ropas de pieles, dormíamos sobre una plataforma que se hallaba a una altura de dos pies sobre el suelo, plataforma que, para procurarnos alguna blandura, recubríamos de musgo, de paja y de pieles.

Aun cuando la habitación estuviera lo suficientemente caldeada, mediante el fuego que continuamente se mantenía vivo en una especie de estufa practicada en uno de los ángulos de la sala, la parte del piso se encontraba invariablemente a una temperatura bajísima. De ahí la necesidad imperiosa de colocar las camas en alto.

Quiero dar una idea exacta de este fenómeno de diferenciación de temperatura en una misma habitación, porque estoy seguro que ello no es muy conocido por los que viven en países templados o simplemente fríos. Para secar algunas de mis ropas, colgué las que más necesitaba usar al día siguiente, muy cerca del cielo raso de la habitación. Al poco rato, de todas las telas se desprendía un vapor que llenaba la pieza a manera de la más espesa niebla, en cambio, otras prendas de género que dejé debajo de mi cama, muy cerca del suelo, aparecían con la humedad convertidas en hielo.

Sorprendido la primera vez por este hecho que no podía dejar de llamar la atención a ningún forastero un poco observador —y para mí todo era materia de observación— puse en juego mi termómetro, para hacer apreciaciones exactas y me encontré con que en el suelo, marcaba 15 grados cero y 18 junto al techo.

Todos los días hacíamos provisión de agua a orillas del Yukon. Los rusos, prevenidos ya contra las sorpresas que provocan los congelamientos, habían practicado en la gruesa capa de escarcha que cubría el cauce un agujero que trataban de mantener expedito. Un trineo, cargado con un barril se dirigía en busca del indispensable líquido, después regresaba a la estación, tirado unas veces po muje-

res y otras por indios, que en esta forma se aseguraban su ración del precioso líquido.

En todo el contorno no había suficientes perros para transportar una carga tan pesada.

He hablado ya de la destreza que para pescar muestran los indígenas. Ellos también hacían sus perforaciones en el hielo, pero no era solamente para extraer agua, sino para obtener alimentos: el pescado, por el cual se muestran muy afectos.

La cantidad de peces que arrastra este río es sencillamente prodigiosa, pero no pensaba que la industria a este respecto alcanzara tan grandes proporciones en los alrededores de Nulato.

Desde el principio del invierno, se van colocando en el hielo, de trecho en trecho, gruesos palos cuya aguzada punta llega hasta el fondo del río, y a los cuales se hallan adaptados unos mecanismos de construcción muy simples, ya que se componen únicamente de un embudo de mimbre que va a dar a una cesta; sistema, en una palabra, muy semejante al que se emplea en algunos ríos de Europa para la pesca de las anguilas, pero de mayores dimensiones. Alrededor de cada palo, se mantiene una abertura oblonga que rompe el hielo cada vez que tiende a solificarse. Todos los días se retiran estas trampas que ordinariamente aparecen llenas de peces, algunos de ellos muy delicados.

Se encuentra además en el Yukon una especie de pez muy grueso y cornudo de color negro que los rusos llaman "nalima". Su carne, de calidad grosera y de gusto no muy apetecible, se emplea, por lo general, para alimentar a los perros. Los nativos, por su parte, estiman en gran manera el hígado de esta especie y hablando de esto con algunos naturales, se empeñaron en que lo probáramos de la manera como ellos lo preparan.

No sin algún esfuerzo, terminamos dándoles la razón, que indudablemente tenían...

Pero a mí aquella vida de estatismo no me satisfacía del todo. El Fuerte, el villorrio y sus contornos, estaban conocidos bien pronto y en ellos y alrededor de ellos, ya había visitado cuanto hay que visitar. Mi anhelo era ir un poco más lejos que los viajeros que me habían precedido en sus exploraciones, y este pensamiento me aguijoneaba el ánimo constantemente.

Un adversario irreductible tenía por el momento en contra de mis proyectos: el de una temperatura de 34 grados bajo cero.

Pero si para las excursiones la temperatura se mostraba inflexible, no se mostraba menos cruel cuando de proseguir mis esbozos se trataba. Muchas veces debí dejar los pinceles, después de trazadas

las primeras líneas de un simple boceto. Habría dado cinco pinceladas y ya tenía que entregarme a violentos ejercicios para restablecer el calor que acababa de perder con aquella inmovilidad a que por algunos momentos me veía forzado.

La carrera unas veces y la estufa más frecuentemente, terminaban siendo mi recurso preferido después de estos fracasados ensayos de labor.

Todas mis preocupaciones no impidieron que varias veces mis manos se llenaran de excoriaciones. Un día en que dejé que la oreja izquierda se helara, tuve la dolorosa sorpresa de verla hincharse de un tamaño casi tan grande como mi propia cabeza. Respecto a la nariz, sufría constantemente el temor de que se congelara totalmente. Por de pronto, muchas veces su hinchazón me impedía ponerme a la tarea, pues su tamaño crecido interceptaba la visión que debía dirigir hacia el cuadro, que, de nuevo, quedaba sin terminar. Muchas de mis comenzadas acuarelas, esperaban de tal suerte tiempos más propicios. No obstante una vez instistí desesperadamente, creyendo haber descubierto un procedimiento ideal: Calenté en la estaufa un poco de agua y me dispuse con el pincel así mojado a disolver el color, pero cuando lo acerqué a la tela, sólo pude dejar caer en ella unos cristales de hielo.

Para darse una idea del clima del país en que nos encontrábamos, en el interior de la habitación, especialmente cerca de las paredes exteriores y de las ventanas, siempre había varios grados bajo cero.

Poco tiempo después, habiendo ido uno de nuestros hombres a un lugar imperfectamente techado donde se realizaban tareas de carpintería, tuvo la mala ocurrencia de colocarse un clavo entre los labios, como suelen hacer frecuentemente las gentes de su oficio. ¡Mejor no lo hiciera! Un momento después de que tuviera esta mala ocurrencia, el frío le había atacado de tal modo la boca, que, para retirar el hierro, hubo de correr a la estufa y poner la cara muy cerca de las brasas.

El frío producía, entre tanto, en nuestras provisiones, efectos bien curiosos. Nunca algo podrá habernos sido más amargo —y ya era un aparente contrasentido— que lograr arrancar un trozo de miel de la bolsa en que la teníamos guardada. Sólo acercando la bolsa al fuego, lográbamos ablandar un tanto la superficie de la masa, pero una vez fuera, el trabajo de los dientes se estrellaba en aquella especie de piedra dulce. En cuanto al jamón, el cuchillo mejor afilado se mellaba contra su superficie, y es sabido que el acero pierde parte de sus cualidades tajantes a muy bajas temperaturas.

Con una temperatura semejante, nuestras conservas se hubieran

mantenido indefinidamente sin descomponerse... pero sin poder servirnos mayormente como alimento...

Esto tenía alguna ventaja: en caso de asedio, todos estos artículos podían muy bien servirnos de metralla...

Los gatos monteses y las liebres, que para alimento frecuente comprábamos a los indios, se mantenían frescas por todo un mes, sin que hubiera necesidad alguna de salarlos. En tales ocasiones, el cocinero tenía plena autorización para meternos gato por libre...

Los fenómenos del frío tienen también un aspecto particular que es preciso considerar. Por ejemplo, el día más frío de la estación tuvo lugar en diciembre. El 26 de noviembre, el termómetro, que en los días precedentes había señalado una temperatura relativamente moderada, que alcanzaba a lo sumo, 16 grados bajo cero, descendió de improviso a 27 grados, después continuaba descendiendo sin interrupción hasta el 5 de diciembre, en que llegó a 49 grados.

Lo extraordinario de esto era que con un tiempo magnífico, y sin que soplara el más leve hálito de viento, ni cayera un copo de nieve, este frío se soportaba mucho mejor que cuando con menos grados bajo cero, el tiempo estaba sometido a alteraciones.

Destaco de la monotonía de estos días las escenas más salientes y sobre todo, las más características. El 18 de noviembre, Labarge toma consigo dos pieles rojas y se dispone a ir en busca de víveres. Su objetivo geográfico es Unalatchlit. Lo acompañan también algunos rusos. Diez trineos forman una impresionante caravana. El patio del Fuerte presenta una de las más animadas escenas. Los hombres hablan y discuten en alta voz, dando adiós a sus amigos, y vocean tratando de que los canes no lleven su impaciencia a lanzarse antes de tiempo por el camino, llevando el vehículo a rastras, antes de que los que deben ir en él lo ocupen. Hay el peligro de que esta impaciencia general de los perros, precipite a algunos de los trineos "marla", al fondo del río. Después de una lucha bastante engorrosa con estos animales, todo queda dispuesto y la puerta del Fuerte se abre y la caravana parte como una exhalación por el camino abierto en la nieve y que se pierde en la ondulación de las colinas adyacentes. Pocos momentos después la línea de trineos ha desaparecido.

La liviandad de la carga, permite a los conductores poder marchar en los vehículos durante muy buenos trechos. El regreso no será tan cómodo por cierto. Yo. que me he quedado para realizar algunos de los trabajos que hasta ahora el frío me ha impedido, asisto a una de las transacciones comunes del Fuerte. El indio Larrión, popular en la zona, y que pertenece a la raza característica de la región, llega

con uno de sus hijos; muchacho de corta edad y de largo fusil. Trae grasa de foca, derretida, en un original recipiente de corteza de abedul. Le pagamos con objetos de un valor equivalente; después le ofrecemos pan y una taza de te.

Hoy hemos invitado a Iván, el "bidarscik" y a su lugarteniente Jargor, a entrar en relaciones con nuestra cocina.

El comandante Iván, es un mestizo que, por su habilidad comercial, ha logrado elevarse hasta el puesto que ahora ocupa; por lo demás, no posee ninguna instrucción; no sabe leer ni escribir, lo que no es obstáculo para que sea un excelente compañero. Nuestro plato del día es el "pimartigan" asado al horno, un pernil frito o como se llama por aquí: "oreja de idiota", café y por azúcar, una melaza que nosotros hemos bautizado como "azúcar de cola larga".

Nuestros invitados nos declararon que jamás habían comido más a su gusto. Esto podía ser o no verdad, pero es lo cierto que la gentileza de los invitados quedaba donde estaba con esta manifestación enteramente probada. Nuestro talento culinario fué celebrado por ellos en términos que llegaron a conmovernos. No pasó lo mismo con el te, cuya calidad estaba muy lejos de compararse a la del por ellos comúnmente consumido. A este respecto, los rusos no admiten inferioridades; un comerciante de Petropablowski, me contaba que en cierta ocasión, habiendo tenido la mala ocurrencia de traer un te de calidad dudosa, no pudo vender una sola hoja. Verdad es que, en la forma en que los rusos toman el te, tiene más de rito que de función alimenticia. Lo sorben con una solemnidad que está muy lejos de compararse a nuestra ligereza.

Cualquier habitante de Camatchatka se consideraría deshonrado, por pobre que fuera, si a la hora del te, no pusiera en su taza una bebida digna de sus tradiciones domésticas.

Hoy ha llegado al Fuerte, un nuevo grupo de indígenas. Entre ellos, se encuentra un viejo jefe de Nuclukayette, poblacho situado a ochenta leguas de Nulato y sobre las márgenes del Yukon. Este anciano, de edad indefinible, pero de una gran fortaleza física, trae para marcar ocho mantas de pieles, hecha cada una con veinte pieles de marta cosidas. Entre los rusos, este hombre está considerado como un personaje. Nosotros le hacemos algunos presentes: un traje europeo, una bota llena de pólvora, algunas balas, un cortaplumas y otros pequeños objetos. Incapaz de contener su alegría, el hombre, que ignora en absoluto nuestro idioma ni tiene idea de palabra alguna con que podernos hacer llegar sus expresiones, se dirige en una calurosa arenga a sus compatriotas con los que después inicia diálogos estridentes, de uso muy común entre las gentes de su raza.

Si no supiéramos que este discurso está encaminado a loarnos, llegaríamos a creer primero, que el hombre estaba furioso y después que nuestra presencia le era muy poco grata. Todo el tono de una filípica belicosa tenía aquella perorata, que, a juzgar por la mímica, estaba preparando un terrible acto de venganza.

Cuando estas expansiones hubieron pasado, el rostro del orador se serenaba enteramente y entonces su expresión volvía a adquirir aquel sello de bondad que era tan característico en aquel hombre que se manifestaba con tan buenos sentimientos.

Un intérprete nos tradujo lo que en síntesis había querido decir, y lo que dijo al final, no era otra cosa, que él se sentiría muy honrado si algún día queríamos visitarlo en su vivienda del bosque.

Pero el colmo de la alegría del indio llegó cuando yo, por toda respuesta a sus palabras —que no entendía— le alargaba un buen paquete de tabaco. Entonces el anciano, sin poderse contener, me estrechó en un fuerte abrazo con un gesto un tanto melodramático.

A juzgar por la expresión de su mirada, él había encontrado mi respuesta mucho más elocuente de la que intentaron los demás. Ha de saberse que el tabaco y especialmente de la calidad del que nosotros fumábamos, es estimadísimo por los indios, de los que ya he referido que este vicio llega a ser causa de que caigan muchas veces en largo sopor, más que si hubieran bebido una fuerte dosis de alcohol.

El 20 de diciembre fué para nosotros el día más corto del año.

El sol se levantó durante ese día con un retraso extraordinario: a las diez y cuarenta minutos para ponerse media hora después del mediodía.

No teníamos a mano ningún almanaque de Greenwich, y sobreentendiendo que aun cuando lo poseyéramos él no podría decirnos la hora. . . eché mano a mi cronómetro y él me dió la medida exacta del tiempo en que el sol se dignó darnos su breve saludo, alumbrando con la alegría de su luz los habitualmente sobrios rincones de nuestra alcoba.

¡Viva la alegre fiesta de Navidad que llega hasta nosotros trayéndonos gratos recuerdos del hogar lejano! No es la primera vez que me acaece, el pasar esta fiesta lejos de los míos y de mi patria.

Bien hubiera deseado no dejarme entristecer por este pensamiento lleno de añoranzas, pero tal propósito sólo pudo ser vencido a medias. No había por lo demás en el Fuerte algo que pudiera llenar el vacío que en mi corazón producían estos sentimientos.

No nos dejamos vencer, sin embargo, por la irresistible atracción de los recuerdos. En honor de la solemnidad del día, adornamos nuestra habitación con banderas, tapizamos las paredes con pieles,

colocamos ramas de abetos en forma de guirnaldas y procuramos, dentro de lo posible, dar un sello de alegría y animación a nuestra vivienda, volviéndonos el buen humor con estas tareas.

Nuestras ricas piezas del aparador donde guardábamos la vajilla, fueron colocadas en la mesa: platos, fuentes, copas, cubiertos, resplandecían al reflejo humoso de un candil. Un gran fuego crepitaba en la chimenea, que desde la mañana, era el centro obligado de todas nuestras reuniones.

Dall, se ha puesto ahora en la tarea de fabricar pan dulce y pastelillos. ¡Vano intento!... Ni aun con todo esto podemos arrancar de la memoria a nuestros queridos y lejanos parientes, entre los cuales nuestro lugar habitual está vacío...

Jagor que llega, nos trae un poco de alegría; en cuanto al Bidarscik, partido hacía algunos días para un viaje por los alrededores del territorio, no regresaría hasta la semana próxima. Los comensales éramos, por lo tanto, el lugarteniente ruso Jagor, Ketchum, Labarge, Dall y yo. Debería agregar a nuestro servidor indígenea Kuriler, que llagado muy joven a Nulato, habla el lenguaje vernáculo de los empleados como su propio idioma y que cualquiera, oyéndolo expresarse, podría confundir con un verdadero ruso.

A las cinco de la tarde, tendimos la mesa, colocamos sobre ella un trozo de tela a falta de mantel, y luego procedimos a disponer, simétricamente, los cubiertos, jarras, frascos, saleros, sopera y cuanto pudimos acumular allí para darnos la feliz impresión de que las emociones de las tradicionales reuniones familiares pudieran renovarse.

Momentos después servimos el "banquete", cuya lista transcribo:

Lista de la cena

Sopa a la Yucón.
Pollo asado.
Guisado de reno a la Alaska.
Estofado con salsa a la Nulato.
Cocido californiano de guisantes y papas.
Miel batida.
Pan dulce a la Dall.
Queso helado.
Agua de hielo.
Punch de rhon.
Café, te.
Pipa a discreción.



Llegada al río Yukon



Vista de Sitka



Armadura de una casa de indios

Empalizada para la caza de renos



Vista de Petrowpaulowski



Trampas para la pesca en el Yukon

A fin de cuentas, no era una magra comida; puedo, después de ella, recomendar a los glotones, el queso helado, simple trozo de "crester" puesto en estrechas relaciones con un trozo de hielo. ¡Ay de mí!, pero qué triste figura vino a hacer nuestra hogaza de pan dulce ante aquella masa nacional tan bien preparada con todos los elementos y sin que le faltaran en ella las pasas de uva.

Pasamos aquella noche fumando y bebiendo café y te en abundancia. Hacia el final de la reunión, se pidió el relato de alguna leyenda local, y entonces Jagor, impuso a Kuriler la tarea de referirnos alguna de las muchas historias que él sabía y que refería con tanta gracia.

Estaba rumiando la historia mejor que podía sacar de las rugosidades de su fruncido entrecejo, cuando Jagor le dijo, dirigiéndonos antes una mirada inteligente:

—Vaya, refiérenos ya, Kuriler, de que modo se abrió el estrecho de Behering.

Y así invitado, empezó su relato de la manera siguiente:

"¿Ustedes nunca han oído citar a los nativos la guerra de Katacolotcha? Es difícil que lo hayan oído porque los indios cuentan poco de lo que saben de su pasado a los extranjeros, pero la guerra de Katacolotcha, pasó así:

"Koriatski, Avatcha, Koselska y Umbakt. . .".

—¿Pero no son los tres primeros nombres de volcanes? —interumpió Yabargue, que presumía de erudito.

"—Sí —repuso el indio—, pero antes fueron los de tres príncipes de un reino, tan lejano, tan lejano, que el más antiguo de los bisabuelos de mi generación, ya tenía por antiquísimo.

"El rey Kalas, su padre, les amaba tiernamente y a su muerte hizo una división exacta de su reino entre ellos, pidiéndoles que se mantuvieran en la mayor armonía, que se ayudaran siempre y que, de lo contrario, si desobedecían su mandato, hasta la tierra se pondría en su contra y del fondo de ella saldrían torrentes de fuego.

"La capital de aquel reino, de acuerdo a lo que la leyenda dice, venía a quedar en el centro mismo del estrecho de Behering y no muy lejana al lugar que ahora ocupa Petropawloski.

"Sea por que los jóvenes príncipes no creyeran en las palabras de su sabio progenitor, o porque sus ambiciones fuesen mayores que el respeto que podían tener al difunto rey, es lo cierto que las rencillas entre ellos no tardaron en presentarse.

"Como después de muy largas y enojosas discusiones no pudieron llegar a un acuerdo, pues todos querían el dominio de las tierras fértiles y ninguno de ellos el de las áridas, estaban por irse a las

armas, cuando el príncipe Umbakt, que era el menor, se presentó ante ellos y les dijo:

"Hermanos míos: El espectáculo de codicia que estáis dando al mundo es espantoso y para que estas guerras terminen y la paz que pidió para todos nuestro anciano padre se imponga, aceptad el ofrecimiento que voy a haceros: Las tierras fértiles del reino son las mías, dividíoslas en buena hora y yo me iré hacia un país muy grande que hay hacia el Oriente —Umbakt hablaba de América— y allí con mis gentes fundaré una nueva nación.

"Los hermanos, que lo que querían era eso precisamente, eliminar a alguno por la incomodidad que las rencillas causaban a los menos enconados, aceptaron complacidos el ofrecimiento y Umbakt, abandonaba el país en compañía de aquellos vasallos que le fueron fieles.

"Pero la codicia de Koriatski, Avatcha y Koseldskai, no se satisfacía con nada. Apenas ido el menor de los hermanos, empezaron de nuevo a disputar y un día de las palabras pasaron a los hechos y la guerra quedó encendida: Koriatski y Avatcha se aliaron contra Koseldskai y éste se lanzó como un león contra sus hermanos.

"Ya están alineadas en el campo las huestes enemigas; ya van a lanzar los arqueros sus primeras flechas y los honderos tienen aprestadas sus primeras piedras dentro de las fuertes hondas de cuero crudo; hay una gran impaciencia para oír la primera voz de ataque, pero la voz que se oye, no procede de los hombres.

"La naturaleza está hablando ahora con el horrísono clamor de un espantoso terremoto.

"De aquel reino, no quedaron ni los vestigios, porque lo que era valle se hizo montaña y valle, lo que montaña fuera; es más, entre las tierras de los que habían sido reinos de Koriatski, Avatcha y Koselskai, los territorios que eligió Umbakt, para su refugio, se abrió un profundo estrecho, por el que las aguas de dos océanos, al encontrarse, por primera vez, chocaron con un estrépito aun mayor que el de los peñascos desprendidos de los montes.

"Cuando los pocos sobrevivientes de aquella catástrofe pudieron apreciar los efectos del sacudimiento experimentado por aquella tierra que un día formara parte del reino feliz de un gran rey, vieron con redoblado espanto, que en la cima de las montañas recientemente surgidas del fondo de la tierra, tres volcanes abrían sus bocas de fuego, y estaban vomitando lava.

"Y a estos volcanes fueron a los que los nativos del país habían de llamar desde entonces Koriatski, Avatcha y Koseldskai".

. . . .

El 27 de diciembre, en instantes en que nos resolvíamos a irnos a dormir, entra Jagorcasi corriendo en nuestra habitación y nos comunica que hacia poniente, ha empezado a aparecer una aurora boreal.

Semejante noticia nos trunca enteramente las ganas de dormir. A toda prisa nos encaramamos en la parte más alta del edificio y desde allí presenciamos el desarrollo del espléndido fenómeno.

No era el arco tantas veces descrito como una serpiente de luz, flexible y ondulante, que varía continuamente de forma y de colores; aquí las tonalidades dominantes se parecían mucho al color dulce y plateado del resplandor lunar, alternado con largas estrías azules, rosas, violetas, que aparecían en medio de aquel fondo plateado.

Los destellos surgían de abajo para arriba y se parecían mucho al resplandor de las estrellas que se descubrían a través de la vaporosa espiral.

La noche era plácida y maravillosamente bella, el frío aunque vivo, nos permitía admirar fácilmente el magnífico espectáculo del cual no podíamos despegar los ojos.

En esos momentos, el termómetro marcaba tan sólo, ocho grados bajo cero.

El primer día del año de 1867, nace claro y frío. Enero es por lo general el mes más frío de la estación. Hacia el 15, el mercurio de nuestro termómetro se congela y los instrumentos para el mismo uso a base de alcohol, señalan 44 grados bajo cero.

No obstante ser la temperatura mucho más baja que la que experimentáramos en diciembre, en estos últimos días hubo horas en que sufrimos mucho menos que en el mes anterior, debido a que las condiciones de la atmósfera y más particularmente la de los vientos, se mostraban mucho más favorables.

El país no se halla en estos meses desprovisto de recursos alimenticios en estos tiempos de crudo rigor invernal, como podría suponerse, pero las provisiones llegan de la manera más caprichosa y rutinaria.

Durante un tiempo, nos vemos reducidos a comer habas y todo cuanto se prepara con harina; unos días después, nadamos en la abundancia; comúnmente podemos ver figurar en nuestra mesa un pavo real o un plato de pescado; la carne de reno es bastante escasa, pero hubo meses en que nos era suministrada con bastante frecuencia.

Los indios, que son nuestros proveedores más asiduos, nos traen de cuando en cuando algunas liebres, con las cuales hacemos excelentes guisados. La piel de estos animales, además nos sirve para forrar mantas. Y no se crea que éste es un lujo inútil en Alaska. . .

Se necesitan cuarenta de estas pieles para formar una colcha de

tamaño común. Nuestro previsor cuartel-maestre, señor Dyer, tiene, sin duda alguna, mucha razón, cuando dice que en el invierno hace mucha falta tener una buena provisión de estas pieles, tan abrigadas y tan útiles. No ha de asombrar que él, por su parte, ya desde la primavera, se hubiera procurado un millar de ellas.

Ya supondrá el lector que no seríamos nosotros los que devoráramos tal cantidad de liebres... son simplemente los indios los que las cazan, consumen su carne y venden la piel.

Casi todos los días, durante las pocas horas en que el sol se deja ver, hacemos un paseo a lo largo del río, examinando las pesquerías, o nos dirigimos directamente al lugar donde están colocadas las trampas, para ver el resultado que cada una de éstas ha podido rendir, a las mujeres indias que se encargan de esta faena.

El Yukon tiene aquí, una anchura de mil seiscientos metros. En medio de su lecho se levanta una isla de imponderable hermosura, cuya gran extensión de forma irregular y curiosidades que encierra, constituyen uno de los puntos más favorecidos para las excursiones de investigación geológica o partidas de caza.

Difícilmente el cazador que se dirija a ella, volverá, si sabe desempeñarse, sin su buena provisión de pescado y de liebres. No siempre, sin embargo, fuimos a este lugar con espíritu rigurosamente especulativo. Llegamos a sus frondosos caminos y a sus retorcidas veredas en los días de sol en que la naturaleza y el frío convidan a caminar, simplemente para hacer un poco de ejercicio.

En el centro de esta isla que exploramos cuidadosamente muchas veces, fué construída una gran cabaña, que había de servir más tarde, según nuestros proyecto, para estación telegráfica, y que, por el momento, se utilizaba para refugio de los viajeros que se dispusieran a llegar hasta ella.

A fines del invierno, Ketchun y Labarge, parten de Nulato decididos a recorrer el interior del país hasta el fuerte de Yukon. El 2 de marzo, Labarge, debía hallarse en Unalatchilt. Llevaba para sus trineos veinte y dos perros y una provisión de salmón salado suficiente para veinte o treinta días. El viaje que se proponía hacer debía durar bastante tiempo, de suerte que era preciso llevara consigo el mayor número de elementos de nutrición, abrigo y caza.

Es original conocer en qué consiste el alimento principal de los perros para estas excursiones en las que no siempre es posible proveerse de carne y en las que un alimento seguro debe hallarse a mano del viajero para que los canes no desfallezcan.

Se trata de las habas. Se hace cocer una gran cantidad de ellas a fuego lento en un caldero; cuando están bien blandas, se las deja

enfriar y luego se las vacía en una artesa de madera. Las bestias famélicas, engullen aquella masa con gran satisfacción y las mantiene fuertes e infatigables para la marcha. Cuando los perros se acostumbran a esta clase de nutrición, no diré que desprecien cualquier otra, pero es lo cierto que se pelean por devorarla.

Varios indígenas había prometido a Ketchum acompañarlo, pero a última hora desistieron de su propósito, alegando que temían alejarse excesivamente de su aldea. Este hubiera sido para los viajeros un desastroso inconveniente, si rápidamente no hubiéramos reemplazado a los remisos con dos indios "co-yukon", dos de los cuales acababan de salir de la infancia. Estos, doloroso es decirlo, fueron los miembros menos útiles de la expedición.

El día 11, quedan terminados todos los prepartivos de marcha. Nuestros amigos parten en cuatro trineos. No se crea que, por haber terminado la era de los fríos, la expedición iba a encontrarse con menores dificultades. En cierto modo, las que ahora debían vencer eran mayores que en lo más crudo de la estación invernal, por cuanto la nieve comenzaba a ablandarse de un modo, que en algunos trayectos la marcha iba a resultar penosísima.

Acompañamos a los viajeros durante más de una legua.

Dyer, que se había quedado en la fortaleza, quiso darnos una agradable sorpresa: desde lo alto de una de las torres, donde había emplazada una vieja pieza de artillería, hizo una honrosa salva de despedida.

VII

LAS TRIBUS DE LOS CO-YUKON. - LA MASACRE DE NULATO. - FEROCIDAD DE LOS NATIVOS

Los indios llamados Co-yukon, o sea los que viven en las inmediaciones del río que da nombre a la zona, forman una de las tribus más numerosas del territorio de Alaska.

El país que habitan estos naturales es extenso, pero sigue, casi sin excepciones, el curso del río mencionado, a ambas márgenes del cual escalonan sus rústicas casitas y desarrollan una vida de relación bastante primitiva.

Los límites mejor determinados para fijar los de su territorio principal, serían los que encuadran dentro de los ríos Co-Yukon hasta el Tanana, que desemboca en el gran río de que es afluente junto a Nuclu-kayette.

Algunas tribus intermedias llevan nombres que les son particulares y distintivos, pero todas ellas hablan el mismo dialecto y existe mucha razón en no considerarlas de otro modo que como integrantes de un idéntico grupo racial.

Los Co-yukon, presentan cierta semejanza con los indios llamados "indigeletes", pero tienen en su semblante, a diferencia de aquellos, algo de más cruel y feroz.

Su modo de vestir se distingue por llevar una especie de chaqueta de la que cuelga una especie de doble cola, una hacia delante y la otra hacia atras.

Gracias al comercio que las tribus mantienen entre si, se ve muy frecuentemente que estos indios adoptan algunas veces la moda malemuta, pero lo habitual, es el traje que ya he descrito, modificado de acuerdo a gustos o a circunstancias diversísimas. Sin embargo, en una extensión de trescientas leguas, reina cierta uniformidad en los trajes.

El traje de las mujeres es bien característico, porque la túnica que usan lleva cortes en ángulos diversos. Las más elegantes de entre ellas se adornan el rostro con conchillas de "hy a qua" (dentalium), que les son proporcionadas por los comerciantes europeos con el trueque de otros artículos para ellos de mucho más valor. Estos ornamentos se aplican haciendo una perforación en los cartílagos nasales.

El temperamento feroz de los indios del alto Yukon, ha causado más de una vez la inquietud del gobierno ruso. En frecuentes oportunidades, los indígenas han ensangrentado Nulato.

Tras el perímetro ocupado por la fortaleza, se encuentra un pequeño cementerio donde reposa un valeroso súbdito inglés, que adscrito al almirantazgo de su país, iba en busca de sir John Franklin. Este meritorio marino, encontró la muerte bajo el puñal de los indígenas.

He aquí de que modo los rusos me contaron este dolororo suceso:

"El lugarteniente Barnard, había desembarcado en San Miguel, el 12 de octubre de 1850, donde había permanecido, hasta la llegada del comandante del fuerte de Nulato, esto es, hasta el principio del invierno. Días más tarde, el joven oficial de marina, partía para el Yukon con un militar ruso, siguiendo el mismo camino que nosotros habíamos tomado para dirigirnos allí. El viaje se había realizado sin tropiezos. Al pasar los viajeros por los poblados indígenas, se detenían en algunos de ellos y cambiaban expresiones cordiales con los nativos, sin que nada hiciera presumir el fin que les esperaba. Es más, los indios se mostraban amabilísimos con ellos y, cada vez que lo requirieron, les facilitaron los alimentos que les proponían adqui-

rir o las pieles que deseaban comprarles. Un horrible drama, sin embargo, les reservaba el papel de actores principales.

Apenas estuvo en Nulato, el lugarteniente Barnard envió a un empleado del fuerte al que acompañaba un criado indígena, para que obtuviera de los Co-Yukon algunas informaciones que le eran necesarias para su viaje. Este remontó el curso del río por espacio de varios días y en determinado momento, cediendo a las exigencias del cansancio, después de una marcha tan prolongada y penosa, se quedó dormido en el trineo.

Viendo a su amo descansar tranquilamente, el nativo se dirigió lentamente hacia el agua para calmar la sed. Los indios, que entre tanto habían estado observando con curiosidad los movimientos de los viajeros, aprovecharon aquel momento para arrojarse sobre el oficial ruso. Cuando el criado volvió, se encontraba con un doloroso espectáculo: Su patrón se hallaba exánime y cubierto de heridas. Comprendiendo lo que pasaba y conociendo la ferocidad que algunas veces demostraban las tribus que poblaban los caseríos próximos, el sirviente se dió a la fuga.

"Un grupo de indígenas empezó a seguirle. Cuando se hallaron a cierta distancia en que el prófugo pudiera escucharles, le gritaron que se detuviera, que ellos no pretendían atacar de ningún modo a un hermano de raza, que podía regresar al lugar del hecho y, si así lo deseaba, hacerse cargo también del trineo que quedaba abandonado en el camino.

"El pobre indio creyó en estas palabras de sus hermanos de raza, pero apenas se detuvo y caminó dos pasos hacia los que le prometían amistad, varias flechas partieron del grupo y le atravesaron el pecho, dejándolo muerto en el acto.

"Pero este no era nada más que el primer episodio de lo que se preparaba.

"Comprendiendo los indios que en el fuerte hacía pocos defensores y que estos debían hallarse, como de común, confiados en la amistad que los naturales les prometieran, se dirigieron hacia el mismo en una masa compacta de varios centenares de guerreros, dispuestos a satisfacer su sed de sangre y hacerse de un rico botín.

"Aquel pequeño ejército, en su marcha, pasó ante el grupo formado por unas cuarenta cabañas que los indios amigos de los europeos tenían establecidas a media legua del fuerte, con el que mantenían las más cordiales relaciones. Estas cabañas tienen la mayor parte del espacio habitable bajo tierra y de ellas solo alcanza a verse la techumbre de paja, en el centro de la cual es característico un agujero circular practicado especialmente para que salga el humo de la

fogata que dentro se mantiene, casi sin interrupción, mientras reina el invierno.

"Pues bien, aquella población tranquila formada por familias de la misma sangre de los atacantes, los indios no creyeron hacer cosa mejor que rodearla, se apoderaron de todos los elementos de caza y de pesca que sus propietarios tenían, y después de cerrar casi herméticamente todas las aberturas de las cabañas, mediante paja traída de las riberas del río y ramas del bosque próximo, prendieron fuego a aquella población que no había cometido más delito que el de hallarse en el trayecto de la expedición guerrera de sus asaltantes.

El espectáculo de este atentado fué horroroso. De dentro de las cabañas, partían gritos, lamentos y alaridos de desesperación. La mayoría de los allí sacrificados eran niños, mujeres y ancianos; pero los enfurecidos guerreros no tuvieron en cuenta esta circunstancia y v no vieron más que una nueva oportunidad de satisfacer su sed de sangre.

Cuando alguno de los que allí se hallaban sepultados, realizando esfuerzos supremos, intentaba abrirse camino entre el endeble tejido de la techumbre de la cabaña y se daba a la fuga, un centenar de flechas caían sobre él, procurándole una muerte instantánea.

Cuando se hubo cumplido totalmente la destrucción de esta modesta aldea, episodio que se recuerda todavía con pavor y del que se cuenta que solamente tres indios lograron salvar, la tropa salvaje se dirigió hacia el fuerte, cuyo patio invadió dando fuertes y desafiantes voces.

En aquel entonces la fortaleza no se hallaba rodeada de empalizada alguna, de suerte que los centinelas no pudieron darse cuenta del peligro sinó cuando este ya casi no podía ser conjurado. Por lo demás tenían una confianza absoluta en la fidelidad de los indígenas y no se habían cuidado de cerrar la puerta, de modo que cuando se apercibieron, los atacantes ya estaban sobre ellos.

Se dice que una mujer indígena, que se salvó milagrosamente del incendio de las cabañas y que pudo llegar hasta el fuerte, quiso transmitir a los soldados el hecho que estaba ocurriendo, pero la desventurada había enmudecido de pavor.

Por aquellos días, el comandante de la fortaleza no estaba en ella; se había dirigido a un punto cercano de la misma, y allí fué acribillado a cuchilladas. Lo dejaron por muerto. Este hombre de hierro, porque no cabe decirlo de otro modo, restañando como pudo la sangre de sus heridas y no perdiendo un segundo el ánimo, se dirigió hacia el fuerte arrastrándose. En esta forma logró llegar hasta él y, justamente, al llegar a su habitación fallecía.

Adueñados de la parte baja del fuerte, los indios se lanzaron hacia los torreones donde se encontraban Barnard y otro señor inglés, que hacía las veces de intérprete y que en ese momento se encontraba todavía en cama.

Advertidos del ataque, los dos europeos se levantaron de un salto, empuñaron sus armas y se aprestaron a la defensa de sus vidas, ya que la del fuerte era imposible, puesto que los asaltantes se habían adueñado de las partes principales del mismo.

Los primeros disparos no dan en el blanco. Los proyectiles hieren levemente a los atacantes, lo que, en vez de detenerlos los enfurece. Se empeña entonces una lucha terrible. Los indios se acercan cada vez más a los ingleses y estos van descargando sus armas con la mayor rapidez que les es dado, pero hay un momento en que la lentitud de la tarea de cargar, da un tiempo propicio a los asaltantes y estos se abalanzan sobre sus víctimas.

Los ingleses convierten en mazas sus fusiles, cuyas culatas descargan en furiosos golpes sobre la cabeza de sus atacantes, pero estos son muchos y están seguros de su victoria.

La lucha no dura mucho más, los atacantes arrojan al vencido sobre el lecho y lo acribillan a puñaladas. También el intérprete resultaba con heridas serias en varias partes del cuerpo.

En el momento en que los asaltantes se retiraban del fuerte dejando nueve víctimas, un soldado ruso, apostado en la parte opuesta del edificio, descargó su arma sobre los fugitivos. Un indio cae a tierra fulminado por un proyectil y otro que intenta contestar al fuego con una flecha, cae también antes de que haya podido hacer puntería con su arco.

Este golpe certero del soldado, desmoraliza y aterra a los demás indígenas, que satisfecha ya su ferocidad, huyen a la desbandada.

Un indio fiel, fué rápidamente enviado al puerto de San Miguel con una carta dirigida al cirujano de aquella localidad, señor Adams, cuyos servicios se reclamaban urgentemente en el fuerte, para evitar que muchos de los heridos que en el mismo quedaban, fallecieran por falta de auxilio.

A una legua de distancia de Nulato, un grupo de indígenas detuvo al mensajero considerándolo sospechoso y revisándole las ropas de pies a cabeza, imaginando que pudiera llevar un parte. Lo único en que no repararon fué en las sandalias del indio, en las cuales precisamente iba el mensaje.

Demás está decir que burlada con toda astucia la investigación, el buen indígena pudo hacer llegar la carta que se le confiara a su destinatario. El señor Adams, se puso de inmediato en camino des-

preciando los peligros que se le podían presentar, teniendo en cuenta que en tiempos de sublevación, la vida de los extranjeros no es mayormente respetada por los salvajes, pero la distancia que tenía que recorrer era un factor todavía más decisivo que el de los peligros que se resolvía a afrontar y cuando llegaba al fuerte, los dos heridos ingleses habían fallecido.

Las víctimas de aquel bárbaro cuanto inútil atentado, fueron objeto de las más elocuentes demostraciones póstumas y las honras fúnebres que se les rindieron, alcanzaron gran solemnidad.

Durante mi permanencia en Nulato, fuí varias veces a visitar la tumba de aquellos desventurados viajeros que pagaron muy caro su anhelo de investigación y sus nobles propósitos de llevar algo de civilización a aquellos sitios donde tanta falta hacía la presencia de hombres cultos y progresistas.

Una humilde cruz, señala el lugar donde reposan los restos de los dos ingleses y una inscripción, breve y elocuente, recuerda el suceso que determinara su desaparición.

Se dijo, un poco más tarde, que el comandante del fuerte había provocado la reacción indígena con su mal tratamiento a los naturales del país y que estos se habían querido tomar una justa represalia; pero jamás pudo probar nadie semejante aserto, hallándose por otra parte en contradicción abierta con los informes de cuantos visitaron la fortaleza, donde tuvieron oportunidad de ver que los oficiales rusos, si severos, no eran en ningún caso crueles ni injustos con los naturales.

Había, además, un punto que ahondaba el misterio de aquella determinación sangrienta de los indios: el asalto a sus hermanos de la aldea incendiada, hecho que no tenía explicación razonable, como no fuera considerándolo como una explosión de ferocidad por parte de los nativos.

No es sin embargo la primera vez que estas ataques se producen entre las tribus que habitan las riberas del Yukon; los conflictos más frecuentes son de carácter individual, como, por ejemplo, los determinados por discordias ante una buena caza.

A este respecto se cuenta un caso bien típico por cierto, del desdén que estos salvajes tienen por la vida del prójimo:

"Durante el otoño de 1865, un co-yukon, partió con un hermano que habitaba en su misma aldea, en busca de la caza que necesitaban para el sustento. Parece, empero, que el designio real era otro, bien criminal por cierto, pues, buscando un pretexto cualquiera, dió muerte a su acompañante y al regresar a la aldea, se apropió sin más justificación, de los bienes de su víctima, y de la viuda

del muerto. Entre tanto, la familia del difunto se había conmovido ante hecho tan monstruoso y algunos de los hombres de la misma fueron en busca del asesino. Este, que tuvo conocimiento que se le iba a hacer objeto de venganza, huyó al interior del bosque, llevándose consigo a la compañera de su víctima, y nadie supo nunca nada más de él.

Los indios no han perdido, sin embargo, la esperanza de encontrarse con él algún día, pues se han conjurado a perseguirlo hasta la muerte.

VIII

VELADA FUNERARIA. - FERETROS AEREOS. - SUPERSTICIONES. - CAZA DE RENOS. - COMERCIO DE PIELES. - ANTEOJOS INDIOS. - LOS NIÑOS

Los muertos —como ocurre entre otras tribus salvajes— no son olvidados prontamente entre los co-yukon. Cuando un indio muere, las mujeres se reunen varias veces para llorar junto al difunto y recordar sus virtudes, ciertas o atribuídas.

En el aniversario del fallecimiento, los ritos funerarios fializan con una fiesta. Durante mi permanencia en Nulato, fuí testigo de una de estas ceremonias.

Esta tuvo lugar en la caserna del fuerte, puesta a disposición de la afligida familia para tal circunstancia, y a instancia de los deudos y amigos del difunto.

En el año anterior había fallecido un niño y como quiera que, de acuerdo al rito, éste debería terminar con un gran banquete, era preciso tomar todas las disposiciones necesarias para que el acto alcanzara el mayor esplendor. Parientes y amigos debían hallarse presentes en el lugar de la ceremonia a la que también nosotros habíamos sido especialmente invitados.

En el primer momento, todos se mostraban compungidos, el rostro de las mujeres se hallaba cubierto de llanto; pero poco a poco la alegría fué cundiendo entre los presentes y, cosa extraordinaria, jamás he visto más rara mezcla de lamentos y expansiones alegres.

La madre, rodeada por algunas matronas, seguía llorando amargamente, en tanto que los invitados cantaban en coro y se entregaban a la danza con entusiasmo indesmayable, alrededor de una de las columnas que sostenían la habitación y que habían sido pintadas con colores violentos y adornadas con guirnaldas que estaban clave-

teadas por adornos que intentaban simular grandes perlas. También se habían colgado de las paredes grandes mantas formadas con pieles de marta y de lobo. Esta fiesta se prolongó hasta la madrugada, no interrumpiéndose la diversión nada más que para comer. . . y se comía repetidamente.

El parlerío era imposible de describir; un chiquillo, sobre todo, no dejó, durante toda la fiesta, de gritar con toda la fuerza de sus pulmones, de modo tan desmesurado y continuo, que en los días sucesivos aquella criatura quedó afónica por algún tiempo. ¡Vaya un diablillo aquel gritando!

Los objetos con que las columnas de la habitación habían sido adornadas, fueron divididos en partes iguales y distribuídos como obsequio entre los invitados.

Se podrá juzgar del ímpetu con que estos salvajes danzan en estas ocasiones, por un original detalle: La estufa maciza, colocada en el centro de la habitación, fué, durante las danzas coreográficas, atropellada más de una vez por los danzarines y destruída hasta su base no obstante la reciedumbre de su material.

En vez de sepultar a sus difuntos, los indígenas de esta región los colocan en unas cajas oblongas y los cuelgan a uno o dos metros del suelo, mediante correas que fabrican especialmente para este oficio. Algunas veces, se les ve colocar sobre el féretro, pieles y cuantos objetos pertenecieron al difunto y si este poseía canoa, la barca pasa también a coronar la pirámide de las cosas que se ofrendan, y entre las que no pueden faltar ni sus remos, ni sus armas y flechas predilectas.

El uso de estos raros féretros, se halla muy difundido en esta zona, pero especialmente entre los habitantes ribereños del Yukon.

No solamente los cadáveres humanos gozan del privilegio de ser religiosamente conservados, por los naturales de este país. Hasta los huesos de los animales merecen de ellos un respeto asaz supersticioso.

A sus perros, por ejemplo, una vez muertos, los van amontonando en sus propias casas, en vez de tirarlos al campo o quemarlos, como es el uso corriente en otras tribus. Para los indios constituía un motivo de verdadero escándalo cuando veían que nosotros, en viaje, dejábamos comer por las aves carniceras, algún muslo de reno que no nos resolvíamos a terminar en nuestro almuerzo.

"Ustedes se atraerán la desgracia", —nos gritaban— "La cacería que hemos emprendido será infructuosa, y nuestras trampas, dejarán escapar a las fieras".

Una parecida superstición, les impide tirar los recortes de sus

uñas, cuando proceden a cortárselas y de una manera idéntica obran con los cabellos, que se cortan o con los que se les caen de la cabeza o la barba. De todos estos despojos, hacen pequeños paquetes y los cuelgan de los árboles.

Los indios co-yukon, tienen un verdadero talento para la caza y la pesca. Para cazar el reno, emplean un medio muy ingenioso. Apenas se dan cuenta de que hay un lugar del bosque que los rebaños de estos animales frecuentan, trazan en él un recinto de forma elíptica que cercan por tres lados, dejando el cuarto abierto, o levantando una empalizada cuadrangular, con una puerta bien amplia. Los palos que componen el cerco, se hallan unidos entre si por cuerdas o tiras de cuero de nudo corredizo. Realizado este preparativo, los indios se lanzan al interior del bosque para iniciar una caza que se caracteriza por el vocear constante de los hombres que toman parte en ella. El reno, al sentirse perseguido, huye por instinto al sitio que le es predilecto y allí queda muy poco tiempo después encerrado, metido el cuello entre las maderas y las cuerdas, y donde es muy fácil hacer presa de él, pues la colocación de las cuerdas hace que el mismo animal se encargue de apretar el nudo que debe ahogarlo. Los renos que no quedan aprisionados por este recuerso, corren de allá para acá, no tartando en servir su atolondramiento para que los cazadores les den muerte con sus flechas. La mayor parte de los cazadores se emboscan detrás de montículos de nieve hábilmente situados a la entrada del corral y dentro de los cuales los cazadores se ocultan lanzando sus dardos desde las barbacanas que les facilitan la caza sin que el animal pueda ver al hombre que la realiza.

Cuando los rebaños de una zona quedan exhaustos, los indios se dirigen a otra mejor provista y dejan que la últimamente agotada se reponga por un período de tiempo que ellos saben calcular perfectamente.

La mayoría de las tribus co-yukon, llevan una existencia nómada, no se encariñan definitivamente con sitio alguno y esta circunstancia es la que determina que cualquier noticia, corra con la velocidad del rayo entre ellos, pues constantemente hay siempre una parte de la tribu que está en movimiento fuera del lugar de su habitual residencia.

Si un barco, ponemos por caso, echa anclas en San Miguel, una o dos semanas después, el hecho es conocido por todas las tribus del litoral. Pero si estas gacetas vivientes del país viajan tan rápidamente, no es menos verídico que a veces transmiten las más absurdas y las más espantosas noticias.

A fines de diciembre, fueron a decir a nuestros amigos de la costa, que habíamos sufrido un ataque de parte de los indios, lo que determinó al capitán Ennis, a enviar a algunos hombres armados para asegurarse de la verdad de tan alarmante comunicación.

La información había tenido origen, al parecer, en cierta tirantez de relaciones entre los rusos y los ingleses de San Miguel. La imaginación de los nativos, había creado todo lo demás...

Claro que la llegada de nuestros amigos, fuera cual fuera el motivo que la determinara, era para nosotros causa de una viva satisfacción.

Otras veces los indios se hacen eco de los más extraños rumores. Un día que habíamos hecho una pobre comida, tuvimos la mala ocurrencia de hacer una burla a las mujeres de la tribu que por allí cerca pasaban. Les dijimos que les íbamos a quitar los hijitos para echarlos a la olla y comérnoslos. ¡Para que se nos ocurriría semejante cosa!... Pocos días después, a veinte leguas a la redonda, se repetía con espanto el incidente, privado, claro está, del espíritu humorístico y por demás inocente con el cual lo habíamos hecho. Según esas versiones, nosotros éramos caníbales a quienes gustaba extremadamente la carne humana fresca y que nos habíamos devorado varios niños...

En general, los indios se alegraban mucho de vernor reír y bromear con ellos, pero estábamos obligados a pesar cuidadosamente nuestros actos y medir hasta el más sencillo de nuestros ademanes. Especialmente, era preciso que nuestras palabras se hallaran en relación estrecha con hechos comprobados, pues, de otro modo, nos exponíamos a demostraciones bien poco gratas.

Habiendo un día anunciado confidencialmente a algunos de los indios que muy probablemente llegara hasta el fuerte, remontando la corriente del río una embarcación de tamaño poco común en aquella zona, como el hecho demorara por algún tiempo más del prefijado, no confirmando por lo tanto nuestras aseveraciones, el revuelo que eso levantó no hay como describirlo. Nuestra reputación se vino a tierra estrepitosamente, ya no éramos para ellos nada más que unos desvergonzados embusteros. Debo decir que numerosos indígenas de las tribus circundantes, anhelantes de asistir al paso de la embarcación habían dejado sus viviendas situadas a muchas leguas de Nulato. La indignación era por lo tanto general.

Unas veces son burlescos y otras crueles. Los co-yukon, ignoran el uso del "agua de fuego" todavía no se han dejado pervertir por el alcohol, al contacto de los comerciantes y de los aventureros, pero, si no usan de la bebida, en cambio fuman hasta embriagarse.

Las pipas que emplean son mucho más grandes que las usadas por los indígenas de las otras regiones que antes visitáramos, pero ellos no las fabrican sinó que se las proveen los miembros de la compañía peletera y, debo confesarlo, los integrantes de nuestra expedición.

Las mujeres son, por lo común, graciosas y nada feas. Las que viven en los alrededores del fuerte se habitúan rápidamente al trato con los europeos. Gustan de los juegos y ejercicios físicos y es muy común verlas arrojándose pelotas de nieve y reír alegremente de las incidencias de estas batallas.

Casi todas estas mujeres son buenas madres. Tratan a sus hijitos con dulzura, no reparan en el sacrificio para atender a sus criaturas y a mí me ha enternecido muchas veces la ternura con que se dirigen a sus recién nacidos.

Una noche de estío, Dall, tuvo la gentileza de ofrecer una flor silvestre a una jovencita de la tribu. Ella aceptó sonriendo la flor, pero por su sonrojo, se comprendía que no sabía qué hacer con ella. Nuestro amigo, entonces, quiso llamar la atención de la joven indígena sobre la delicadeza del perfume de la flor y se la acercó a la nariz. Con gran sorpresa nuestra, ella ante esto, se retiró con expresiones del mayor disgusto.

Se da el caso, que las flores han servido más de una vez entre los indígenas para transmitir lo que ellos llaman males de hechicería. Probablemente las madres ancianas tienen prohibido a las jóvenes acercar la nariz al que pudiera ser un vehículo de daño.

Los indios acumulan durante el invierno una gran cantidad de pieles, provenientes de animales cazados con trampa. Pero solamente una parte reducida de estos productos entra en el fuerte ruso. El resto es vendido a la compañía peletera de la había de Hudson, previa una reunión de todos los cazadores indígenas en el villorrio de Nuclukayette.

A pesar del gran desarrollo que este comercio de las pieles alcanza fuera de las plazas comerciales rusas, dará idea de las proporciones que asume este mercado el hecho de que, solamente los empleados de Nulato, en una sola estación, compraron cinco mil pieles de marta, sin incluir en esta cifra las pieles de castor y de oso negro y gris plateado.

Estos mismos empleados, se rehusan a entablar un intercambio que les sería aun más fructuoso: el de pieles por armas de fuego; pero la precaución es comprensible. Es de imaginar lo que sería esta gente belicosa armada tan poderosamente. La negativa de vender estas armas, produce entre los indígenas un gran descontento, pero

ello es preferible a las consecuencias que pudiera tener satisfacer sus reclamos en la medida y cantidad en que ellos los formulan.

Debido a esto, Ketchum se había hecho de un gran número de amigos entre los indígenas, a los que regalaba balas y pólvora para sus escasas armas de fuego.

Las bagatelas de vidrio —cualquiera sea la forma y uso de estas— son la mejor mercadería de intercambio con las naturales; pero estos exigen que sean irrompibles. Las enormes perlas de porcelana, son las que entre ellos cuentan con una marcada predilección. Para probar su consistencia, las arrojan contra un pedazo de madera y si resisten la prueba las adquieren de inmediato y las tienen en gran estima. Los peines, espejos y tejidos de algodón, tienen una gran demanda, especialmente entre las mujeres. Los pedernales, eslabones, cuchillos y las tijeras, encuentran de inmediato compradores entre los naturales así como el jabón, que cada vez encuentra mayor número de tribus que lo reclaman.

Nuestras compras a los indios se limitaban a las pieles, que más tarde venderíamos en los grandes centros industriales y a los artículos alimenticios, todo lo cual nos era adjudicado a cambio de esos objetos de poco precio de que he hablado. Cuando se trataba de servicios extraordinarios, pagábamos con mantas, fusiles y tejidos.

El dialecto que caracteriza a los indios co-yukon, tiene una estrecha afinidad con el que hablan todas las tribus próximas al estrecho. En cambio se diferencia de una manera absoluta con otros pueblos de la costa. Los indios del litoral de Alaska, especialmente de la Alaska septentrional, provienen, sin duda alguna de los tchuktchi del Asia, pero modificados por las diferentes influencias americanas. ¿Pero, a qué raza pertenecen los indios Yukon? No se puede definir fácilmente, pero a cada paso se encuentra uno que presentan grandes afinidades con los pieles rojas descritos por Catlin y otros exploradores. A cada instante me era dado apreciar rasgos y caracteres que me revelaban que estaba muy lejos de encontrarme frente a una raza diferente de la citada.

Como todas las tribus de las regiones circunvecinas, los co-yukon, usan en primavera unas gafas de madera, sin cuya precaución, los reflejos solares sobre la nieve, les producirían oftalmias de carácter grave. Estas gafas tienen diferentes formas, pero todas ellas se caracterizan por que la visual tiene que pasar por un agujero muy oblongo largo y angosto. Con esto ellos han reemplazado el cristal de los europeos, que ahora también empieza a conocerse y adoptarse entre ellos. Aplicadas estas gafas a nuestros ojos, comprobamos que con

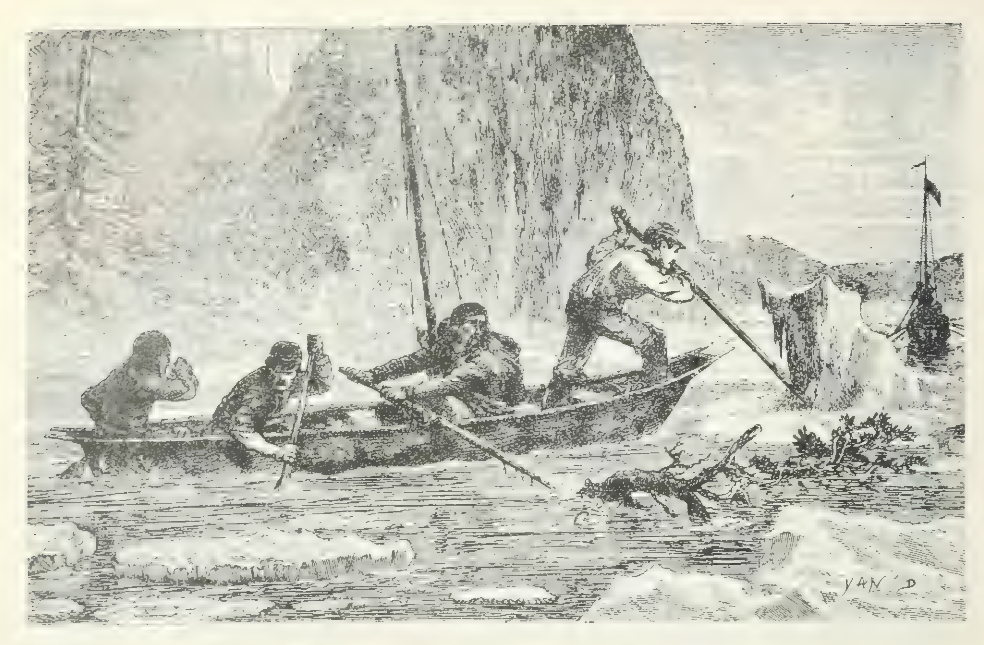
Campamento indio en Newicargut



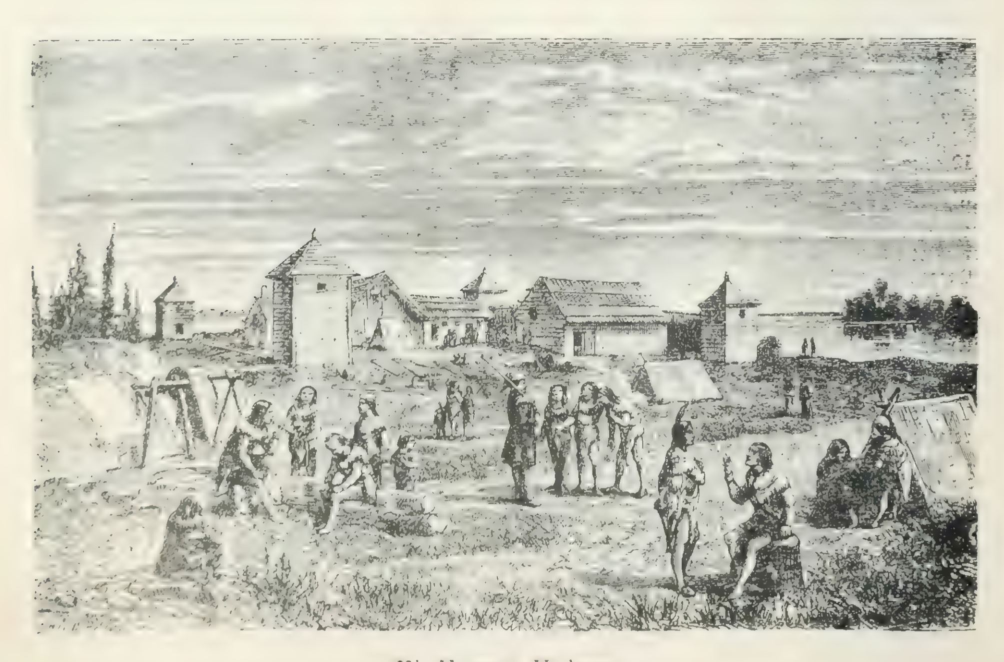
Fuerte de San Miguel



Caza de alces en el río Yukon



Deshielo del Yukon en primavera



El Fuerte Yukon

ellas se ve con bastante nitidez. Por nuestra parte, remediábamos el inconveniente de las refracciones solares con gafas de vidrios rojos.

Para divertir a sus bebés, las madres indígenas fabrican unos muñequitos muy ingeniosamente trabajados y que representan con bastante fidelidad las formas de seres humanos de ambos sexos. Pero estos juguetes no sirven mucho tiempo, ya que los co-yukon, no tardan mucho en pasar de la infancia a la edad viril. A los diez años, todo el sueño de un niño indio es poseer un fusil, y a esa misma edad, ya las mujeres se hallan en estado de casarse, o de tender las redes, cuando menos, para pescar marido.

IX

PRIMEROS VIENTOS DE PRIMAVERA. - EL DESHIELO DEL YUKON

Por más que la nieve cubra la tierra y el río esté totalmente helado, por una período que dura ocho meses, no sería exacto decir que al Norte de Alaska el invierno dura todo este tiempo.

Cierto es que el frío adquiere mayor vigor a medida que se acerca la primavera, pero ello tiene la compensación nada despreciable de un aumento progresivo de luz solar durante la jornada.

El 9, las moscas hicieron su aparición y el patio del fuerte se convertía en un pantano. El 10, tuve un feliz encuentro: los sauces estaban dando sus primeros brotes y en toda la naturaleza vegetal se adivinaba al advenimiento de la primavera.

Solamente ahora, los rusos parecen haberse dado cuenta de que el invierno ha pasado, pues con una precipitación que bien pudieron ahorrarse comenzando un poco antes, se han dado a la tarea de despejar de nieve los techos del fuerte, la que, al derretirse, producía un verdadero arroyo, cuyo riego, cada vez que entrábamos en la habitaciones, resultaba bastante desagrable. Por esta razón, el agua invadía diariamente nuestras habitaciones; el suelo, impregnado de humedad, se había transformado en una esponja; fué preciso excavar un foso alrededor del fuerte, para que el agua siguiera un curso menos perjudicial a sus habitantes.

La misma operación hubo de repetirse en el interior, de otro modo, nuestras viviendas hubieran parecido surgir de un verdadero lago. No podíamos aguantar la risa, viendo a los empleados del fuerte re-

alizar esta labor. Después de tantos meses de obligada ociosidad, aquella faena les resultaba penosísima. Había que verlos hacer esfuerzos y visages, cuando, después de colocar una buena cantidad de tierra en un cuero que les servía para transportar esta carga hasta el río, debían repetir la operación algunas veces más; nunca he visto caras de víctimas, semejantes a aquellas caras. Cada palada de tierra les costaba un triunfo y cuando al fin terminaron, dijérase que hubieran llevado a cabo una tarea de Hércules. Después de haber realizado esta faena digna de la epopeya, bien se habían ganado el descanso, y era preciso ver con la fruición con que encendían sus pipas y lo felices que se sentían fumándolas. . .

Claro que entre fumar y charlas se les iba el tiempo. ¡Nada! que para cada pulgada de nieve que arrancaban, necesitaban una hora de reposo.

A partir del 11 hasta el 25 de abril, el tiempo extremó los rigores del frío y aun se produjeron algunos turbiones de nieve. A partir de la última de estas fechas, el termómetro descendía raras veces de cero grado. La temperatura, era por lo tanto, bastante agradable, y comparándola con la crueldad de los fríos pasados, llegaba a parecernos calurosa. Durante el 28, llegaron las primeras bandadas de gansos del Sur. Kuriler, estaba en el colmo del contento. Atravesó desdeñando peligros el hielo ya agrietado y reblandecido del río, se internó en la isla que quedaba frente a nuestro fuerte y se pasó toda la noche dedicado a preparar una fructífera jornada de caza.

No regresó con las manos vacías.

El 5 de mayo tuvo lugar el deshielo completo del río frente a Nulato. Varios días antes lo anunciaron diversos indicios. Hasta entonces el invierno había mantenido firmemente sus derechos. Ahora el deshielo era completo y la naturaleza se iba lentamente despojando de su triste apariencia invernal.

El 12 de mayo, la barrera de hielo que aun interrumpía la navegación por el río, se rompe con estrépito. Las aguas del brazo secundario del cauce, ya se pueden ver en una extensión uniforme de media legua. En el brazo mayor del río el hielo aun se defiende porfiadamente de la licuación.

Viene en auxilio de las fuerzas que darán carácter a la estación estival, la precipitación pluvial en contínuos chaparrones, cuya acción disolvente precipita la descongelación de las aguas. Todo es desorden y confusión en torno nuestro. Masas de hielo terroso, mezcladas con troncos de árboles, y otras materias minerales y vegetales de las ori-

llas del caudal, se mezclan en un espacio de miles de metros. En otras partes, el agua de los deshielos se precipita en impetuosos torrentes. Varios habitantes del fuerte que se habían ido a cazar a la isla, encuentran muchas dificultades para escalar la orilla, pues los bloques en que van a afirmarse, se desmoronan a la primera presión y se incorporan a la impetuosa corriente circundante, enormemente aumentada por esta contribución de caudal.

El mismo jefe del fuerte, que se encontraba ausente, corrió esta mañana un serio riesgo y hubiera probablemente perecido si con toda oportunidad no se le auxilia con una canoa. Cuando estos deshielos son repentinos y se anticipan un poco a la época normal, muchos indígenas desprevenidos, perecen al cruzar la superficie helada del río. En esta época es también frecuente que todas las trampas preparadas para pescas, sean arrancadas y llevadas por la corriente.

El 12, los mosquitos comienzan a darnos la noticia de su presencia, de "cuya atención" de buena gana los dispensaríamos. Esta visita poco grata queda compensada al día siguiente con la llegada de las golondrinas, que, antes de volver a sus nidos, trazan varios círculos alrededor de las torres del fuerte. Con estas aves, llega también para nosotros un mundo de recuerdos; es imposible verlas y dejar de pensar en la patria lejana.

Nuestro infatigable cazador Kuriler, ha cobrado diez hermosas piezas en sus andanzas. Son patos salvajes que se agregan a los seis que cazara el día anterior. El calor aumenta cada día y los rayos del sol comienzan a caer con tal fuerza, que por un momento nos abaten. Tal es la fuerza del cambio que estamos experimentando.

El 19 de mayo, ya no queda traza alguna en el río de la planicie de hielo; este reducido a fragmentos, rueda con estrépito entre la corriente a una velocidad de seis nudos por hora. El deshielo, sin embargo, aun se prolonga por varios días más. Nuestros ojos, cansados de la monotonía del invierno, contemplan ahora con placer indefinible este espectáculo de continuo movimiento y estruendo.

En estos momentos las masas de hielo detenidas por un momento por cualquier obstáculo, se amontonan las unas sobre las otras, formando blancas montañas; de improviso, cuando el obstáculo cede, toda aquella pirámide se desploma y rueda entre las aguas arrastrando entre sus fragmentos cuanto se atreva a oponerse a su marcha. Arboles enteros, troncos seculares, caen bajo el peso de estas montañas en marcha, que ruedan impetuosamente sobre un caudal que ha

crecido catorce pies sobre el límite que alcanzara la superficie de hielo durante el invierno.

El 22 la corriente arrastra un hielo negruzco, ensuciado sin duda al contacto del fango de las orillas del río de donde arranca grandes trozos de tierra vegetal. El 24, el Yukon, ya ha comenzado a liberarse de todos estos obstáculos que hacen imposible la navegación por sus aguas.

Decir la cantidad de aspectos bajo los cuales se ha presentado el río durante estos días, sería poco menos que imposible. En algunos, sus aguas aparecían transparentes, cristalinas, las masas de hielo que flotaban entre sus ondas, brillaban al sol como grandes y preciosos brillantes; otras veces, estos témpanos no presentaban una consistencia mayor que la de la gelatina; unos aparecían llenos de agujeros como una criba, otros, ofrecían una superficie lisa y brillante. Cuando uno de estos fragmentos lanzados a la corriente por el fenómeno del deshielo llegaba a chocar con otro, ambos se rompían en mil pedazos con un estruendo ensordecedor como si un centenar de vasos y de botellas se estrellaran al mismo tiempo.

Gran cantidad de lodo venía en estos días mezclado con el hielo, substancias diversas entraban de tal suerte en la composición de las aguas y por esta circunstancia, ora sobre la corriente aparecían estrias de color amarillo, azul o rojo que restaban pureza a la corriente, que a ratos llegaba a semejarse, por su densidad gris, a la del Támesis. Tras estas masas pesadas, de materiales costeros, se precipitaban bancos de hielo en miniatura de una blancura purísima y en un gran número de grietas, se veía surgir, de cuando en cuando, un trozo de árbol. Algunos de estos troncos, que a veces correspondían a árboles enteros, eran desprendimientos de la primavera anterior que el río había depositado en alguna orilla, donde los hielos los apresaron.

Aunque la caza de estos troncos no deja de ofrecer peligros por la fuerza con que la corriente los arrastra, los rusos se daban a la tarea de obtener la mayor cantidad de madera proveniente de las aguas del río, con que aseguraban su provisión de combustible para una buena parte del año y escogían aquellas maderas que más se prestaban para la construcción.

X

PREPARATIVOS DE VIAJE. - NUESTRAS CANOAS. - INMENSIDAD DEL RIO - NAVEGACION PELIGROSA - ISLAS SUMERGIDAS. - VISTA DEL MONTE CO-YUKON. - FLOTILLA DE BOTES HECHOS CON CORTEZA DE ABEDUL. - NEWICARGUT. UN DOCTOR INDIGENA. - SILLAS DE NIÑOS.

La actividad reina ahora por todas partes en este veinticinco de mayo. Los rusos se preparan para emprender dentro de muy poco sus expediciones comerciales de la primavera. Dall y yo, pensamos en las excursiones que de tiempo atras tenemos proyectadas; en cuanto al señor Dyer, se dispone a aprovechar las favorables circunstancias en que se encuentra el río, cuya normalidad invita a la navegación, para descender por su curso hasta la desembocadura del mismo, en donde debe encontrarse con un caballero adscrito a la comisión encargada de establecer la línea telegráfica de que ya he tenido oportunidad de hablar. Se trata del señor Everest Smith, que el coronel Bulkley ha encargado de hacer sondeos en el mencionado lugar. Desde ese momento nos pusimos a almacenar y embalar los víveres y demás elementos que debían acompañarnos en la expedición, así como a preparar las armas que tan indispensables son en esta clase de viajes en que los riesgos salen al encuentro del viajero a cada paso y hay pasos en que la vida corre el peligro de verse expuesta a los más diversos incidentes. Armas y remos, por lo tanto, los teníamos en buena cantidad y con estos elementos, lo principal ya estaba asegurado para dar comienzo a la empresa.

Las pieles de nuestro depósito y las de tres depósitos que posee el señor Dyer, son sacadas al sol para examinar el estado en que se encuentran, pues ocurre que muy frecuentemente estas pieles sufren averías y es preciso revisarlas y separarlas en categorías, como también darles un tratamiento adecuado a las necesidadts del transporte y a las de su conservación después.

Cuando todas estas tareas fueron cumplidas satisfactoriamente, nos hallábamos preparados para dar el adiós a aquellos parajes donde tanto tiempo habíamos pasado y del que íbamos a guardar durante toda la vida tan gratos recuerdos.

El 26 todo estaba listo para partir. La lluvia cae a torrentes pero nos hallamos tan impacientes por emprender la marcha, que este tropiezo no nos hace desistir del propósito.

A las seis de la mañana, el señor Dyer se instala en su barquita y, con dos indígenas, empieza el descenso del río. Una hora después, nosotros, en compañía de los rusos, partimos en dirección opuesta, o lo que es lo mismo, remontamos el curso del río.

El "bidarscik" Iván, nuestro amigo, tiene bajo sus órdenes ocho hombres entre moscovitas e indígenas. Su barca de piel, construída con sumo cuidado y provista de un timón de un mástil y de una vela, es bastante grande, ya que debe contener a los viajeros, dos toneladas por lo menos de provisiones y de bagajes. Nuestra embarcación, mucho más reducida, lleva nada más que cinco personas, una tienda, los abrigos, utensilios de cocina, las armas y dos bolsas de bizcochos, con ciento cincuenta libras de harina y una cantidad de pequeños objetos de diversa especie. La dotación está integrada por Kuriler, que tiene a su cargo la tarea de timonel y de dos indios, uno perteneciente a la tribu de los ingeletes y el otro a la de los co-yukon; Dall y yo atendíamos la pequeña vela, en tanto que nuestros hombres remaban. Con estos mismos remos había que mantener la dirección de la barca que carecía de timón. El río se halla todavía lleno de masas de hielo flotante que a cada paso chocan con la proa de nuestra embarcación. También debemos esquivar los trozos de árbol que vienen en la corriente y que constituyen la más terrible amenaza para nuestra navecilla. Procuramos, por muchas razones, mantenernos cerca de la ribera, pero cuando notamos que en el centro del cauce el agua es más tranquila, nos dirigimos allí, sorteando de este modo los peligros.

Hay momentos en que la corriente es tan poderosa, que nos lleva hasta una milla atrás de lo andado; pero es preferible que se produzcan estos retrocesos a empecinarnos en contrariar el torrentoso cauce, al que debemos seguir con maniobras muy hábiles para poder remontar la corriente.

¿Cómo podría describir la manificencia de este río, que llevara al que ha de leer la idea siquiera aproximada de lo que él mismo es y representa en medio de esta naturaleza imponente?

Nuestros compañeros, algunos de los cuales han viajado por América, lo comparan al Mississipi. Los aspectos de su grandeza no están al alcance de las descripciones que pueda hacer la pluma ni de los apuntes que el lápiz pudiera fijar. Es preciso enfrentarse con la pujanza de estas aguas que corren entre selvas, praderas y montañas variadísimas, para recibir la emoción que el viajero

menos sensible experimenta ante un país en que la naturaleza es escenario y actor a un mismo tiempo; escenario de solemne grandeza, cuyo telón de fondo son montañas nevadas y bosques impenetrables; actores que son ríos, torrentes, tempestades y volcanes y, en último término, el hombre, que nunca parece más pequeño que entre tan desproporcionados contrastes.

En Nulato, esto es, a doscientas leguas de su desembocadura, el Yukón tiene, desde una a otra orilla, una extensión aproximada de media legua. Un poco más allá, sus aguas forman algunas lagunas de más de dos leguas de extensión en las cuales se descubren numerosas y pintorescas islas, todas ellas cubiertas de la más frondosa vegetación. La extensión total del Yukón, no ha sido hasta este momento medida en toda su extensión por los exploradores europeos, que sólo han recorrido sus costas en una extensión de seiscientas leguas, hallándose entre éstos los miembros de la expedición telegráfica que nos precedieran. Sin embargo, a la altura que ellos alcanzaran, se hallaban todavía muy lejos de las fuentes del caudaloso río.

En cuanto a los afluentes de esta poderosa arteria, cualquiera de los más modestos sería considerado en Europa como un gran río.

Bogamos sobre esta inmensa masa de agua que ahora nos rodeaba por todas partes y cuya pujanza sentíamos tan patentemente bajo la endeble quilla de nuestra embarcación, contemplando la diversidad de panoramas tan desconocidos como hermosos por los hombres que recorren el mundo en busca de bellezas naturales que admirar, yo comprendía perfectamente el justo orgullo de los indígenas de estas tierras, al saberse señores de tan magníficos lugares.

"No somos salvajes —suelen decir ellos cuando protestan de la forma despectiva con que algunos extranjeros los tratan— nosotros somos los indios del Yucón".

A una media legua de Nulato, masas enormes de granito mezcladas con estrastos de origen volcánico se levantan a orillas del río, al que en algunos puntos encajonan con acantilados extremadamente escabrosos.

Arboles y plantas de las especies más variadas, se encaraman por estas escarpadas laderas entre las que también muestran la gracia de sus dentadas hojas altos helechos. En la base de estos acantilados, la flora es más espesa y de un verde más claro, debido al predominio de los céspedes.

A eso del mediodía, hicimos un alto para tomar el te. La costa, tan empinada, es muy difícil de escalar aquí, no hubiéramos, desde luego, elegido voluntariamente este sitio para desembarcar, pero la

necesidad nos lo impuso y hubo que acatarla. Rápidamente escalamos la escabrosa ribera y no tardamos mucho en encender un buen fuego, cuyo chisporreteo llena nuestro ánimo de sana alegría. Kuriler va a buscar agua de un manantial cercano y muy pocos momentos después almorzamos con el mejor apetito del mundo.

No lejos de este lugar, el río describe una curva muy pronunciada. Masas de hielo, troncos de árboles, ramas arrebatadas a las arboledas de la orilla por la corriente y maderas de todas las dimensiones, flotan sobre la revuelta superficie de las aguas. En este lugar se hace indispensable que uno de nuestros hombres se sitúe en la proa y, mediante una pértiga provista de un gancho, aleje los obstáculos que se nos vienen encima y que podrían ser en cualquier momento motivo cierto de desastre.

La canoa de los rusos, navega a poca distancia de la nuestra. Vemos grandes troncos de árboles pasar bajo la quilla de ese barco, hacerlo bambolear por unos instantes, sacarlo por unos segundos a flor de agua y librarlo después de nuevo a la corriente, sin más percance que la entrada de un poco de agua en el interior de la embarcación y cierta alarma de sus tripulantes, muy expertos, sin embargo, en esta clase de viajes.

Debo decir que un viaje en tales condiciones, es lo más arriesgado que pueda suponerse. Cualquier tronco de árbol, cualquier masa de hielo de grandes proporciones que llegara a chocar de frente con cualquiera de nuestras barcas, habría de determinar su naufragio. La fuerza de impulsión que llevan los objetos arrastrados por la corriente en esta época del año, es de tres leguas por hora, por lo menos, velocidad suficiente para poner en peligro al botero más experto.

Muy frecuentemente sentimos que, bajo la quilla de nuestra embarcación objetos duros la rozan, produciéndonos una sensación bien ingrata. Cualquiera de estos objetos podría producir un rumbo en nuestra cáscara de nuez construída en una endeble madera recubierta con piel de reno, si no fuera que su ligereza le permite levantarse sobre el obstáculo y salvarlo de un salto. Una embarcación más pesada no podría realizar semejante hazaña. Pero como cada medalla tiene su respectivo reverso, también es verdad que cualquiera de estos troncos que pueblan las aguas y muchos de los cuales no podemos ver, al tocar nuestra barca de punta, podría perforarla en un instante.

Mientras remontamos la corriente vamos comprobando que el cauce se hace cada vez más tortuoso. En una de las curvas más difíciles de salvar, los rusos, después de inútiles esfuerzos para luchar contra la corriente, declaran que es imposible seguir más adelante,

y encontrándose en un punto en el cual por ser muy empinada la ribera no es posible escalarla, se dejan llevar por las aguas para buscar un poco más abajo un sitio más propicio al desembarco que intentan. Están determinados a esperar allí que el río se haga más navegable, a medida que se descarga de los elementos extraños que ahora obstaculizan su corriente.

A la vista de esta determinación, Kuriler hace un gesto de desprecio; después dice:

"—¿Quieren también ustedes volver hacia atrás o están dispuestos a proseguir la marcha? Yo supongo que paralelamente a la otra ribera las aguas están un poco más plácidas; creo que es conveniente ahora, cruzar el cauce y probar fortuna enfrentando el peligro".

La proposición es para nosotros tentadora y constituye una ocasión brillante para dar pruebas de nuestro valor, lo que sin duda alguna nos realzará a los ojos de los moscovitas, los cuales, muchas veces, habían parecido dar a entender que no tenían mucha confianza en la entereza de los jóvenes que iban en nuestra barca, muy especialmente, teniendo en cuenta lo que significa un viaje al fuerte de Yukón por el río.

Nuestro amor propio, aguijoneado por la seriedad de la prueba a que íbamos a someternos nos llevó a no retroceder ante la invitación que se nos hacía y dijimos a Kuriler que le seguiríamos, al tiempo que todos tomábamos los remos para disponernos a un esfuerzo máximo, como era el que requería el cruce transversal de la corriente.

Muchas veces, durante el cruce, masas flotantes de madera o de hielo se avalanzaban sobre nuestra embarcación amenazando hundirla, pero frente a tales peligros, adoptábamos el recurso de dejarnos llevar por la corriente hasta que el obstáculo había pasado. La pericia del timonel en todas estas ocasiones fué magistral y en medio del peligro que el cruce representaba, era magnífico ver cómo la proa de nuestra barca zigzagueaba entre los dificultades, saliendo airosa en cada una de ellas.

Nuestros amigos de la ribera, al vernos proseguir el viaje por la orilla opuesta, no salían de su estupor y siguieron con gran interés todas nuestras maniobras. Los indios, por su parte, estaban fuera de sí de contentos y se entregaban a las más ruidosas demostraciones de júbilo. Ellos no comprendían cómo nosotros no participáramos de ellas haciendo otro tanto. . . ¡No concebían que nos tomáramos tan serenamente aquella victoria!

Pero ahora el cansancio empieza a hacerse sentir.

Elegimos sobre la ribera un lugar apropiado y, sobre las rocas costeras, un sitio que no estuviera invadido por las aguas que procedían de los deshielos de las alturas próximas. Allí levantamos nuestro campamento.

Estamos sobre la orilla oriental del río; el suelo, enteramente llano, descubre a nuestros ojos un amplio horizonte que a la distancia termina en la cadena montañosa que a unas diez leguas, confina con el monte T'Kitske. De buen grado hubiéramos hecho una excursión a pie desde allí, pero en repetidas oportunidades debimos guarecernos bajo nuestra tienda, pues el agua caía sin interrupción.

Habíamos traído con nosotros una cuerda de remolque, pero no sabemos cuándo podremos servinos de ella, ya que las riberas del río han desaparecido bajo el agua en sus puntos más bajos. Hoy, 27, en cambio, la novegación ha tenido menos dificultades, las numerosas islas esparcidas por el lecho del río, rompen la violencia de la corriente, y nosotros, por supuesto, bendecimos este obstáculo saludable, aunque, en realidad, la mayoría de estas islas no se hallan bajo nuestra mirada sino bajo las aguas que las cubren por entero y de las que sólo se advierten las copas de los más altos árboles.

Hacia el mediodía llegamos a la confluencia del río en que bogábamos con el Co-Yukuk, junto al villorrio del mismo nombre. Uno de nuestros barqueros indígenas es de este país. El nos invita a visitar la cabaña de su familia y nosotros aceptamos con gran satisfacción. Allí adquirimos algunas bagatelas, con las que enriquecimos nuestra colección. Mientras regresábamos, en otra cabaña vimos el original espectáculo de un féretro colgado en lo alto de una empalizada que oscilaba al viento rítmicamente.

La "sofka" (montaña) Co-Yukuk, prolonga sus últimos contrafuertes hasta el Yukón. En esta masa granítica que afecta la forma de una ciudadela, los estratos geológicos aparecen dispuestos perpendicularmente en vez de afectar la disposición horizontal, como por lo común caracteriza a todas las masas de este carácter. Allá, donde el río lame la base de este macizo, el cauce forma una corriente saz peligrosa. Para salvarla, atravesamos de nuevo el río, que en este punto hace un gran codo hacia levante.

Estamos pasando ahora por delante de diversos campamentos indígenas. Pronto nos vemos escoltados por toda una flotilla de barcas, las que se dirigen a los villorrios de Nuclukayette y de Newicargut. Sus canoas se componen de una sólida armazón de sauce, cubierta de corteza de abedul; estas barcas tienen una extensión que varía de ocho a diez y seis pies, según se las destine a llevar mayor o

menor número de personas. Las planchas de corteza, son cosidas por medio de delgadas raíces de abeto y calafateadas cuidadosamente con resina. Cada vez que los indígenas descubren una vía de agua en sus embarcaciones, las llevan a la orilla, encienden fuego, calientan la resina —de la que siempre llevan un buena provisión—, dan vuelta a la barca y rellenan las costuras con aquel emplasto casi líquido que pocas horas después se solidifica y da consistencia e impermeabilidad al casco.

Para remar, los indios del Yukón, se sirven de un remo de forma simplísima; los dobles, semejantes a los que usan los groenlandeses para maniobrar con sus "kyack", se hallan muy difundidos entre éstos. Donde las aguas no son profundas, en vez de remo, los naturales de esta región emplean una pértiga y para maniobrar van de pie sobre la barca.

En las oportunidades en que levantamos nuestra tienda de la ribera, los indios nos proveen de carne; pero muy poco después, se presentan de nuevo ofreciendo sus servicios para indicarnos los peligros que nos esperan corriente arriba. En realidad estos informes son en extremo interesados; mientras hablan, sus miradas se dirigen insistentemente hacia nuestras provisiones, de las que sin duda quisieran alguna cantidad. Nosotros no nos apartamos de nuestro sistema de no pagar sino sus servicios, pues de otro modo tendríamos tras de nosotros una escolta indígena demasiado numerosa. . .

Los indios que habíamos tomado a nuestro servicio para este viaje, se cansaban muy pronto y a causa de ello, nos era preciso estar constantemente sobre los remos o bien ayudándolos con los remos suplementarios. En general, los naturales no se revelan capaces de realizar un esfuerzo prolongado, y hacen una verdadera batahola por cualquier ampolla que el constante remar les levanta en las palmas de las manos.

Nuestros indios, hay que reconocerlo, se portan, sin embargo, mucho mejor de lo que, conociendo a los indígenas, pudiera esperarse de ellos.

El indígena Mikechker, es un jovencito lleno de buena voluntad, siempre dispuesto a ofrecerse para cualquier tarea. Hay en él el anhelo constante de ser útil. Muchos de los indios que viajan junto a nosotros llevan tiendas de terliz, hechas del mismo modo de las que usan los rusos.

Iván llega por la noche trayéndonos algunos huevos de ánades salvajes, que los indios le han vendido. Estos huevos, representan un objeto y alimento de lujo, pues no abundan en el país.

Ahora hemos acampado junto a los rusos. El sitio que han elegido es bastante húmedo, pero hubiera sido imposible encontrar uno mejor por estas inmediaciones.

A la una de la madrugada del 28, nos ponemos en viaje. Las masas de hielo y los troncos de árboles, siguen obstaculizando nuestra marcha y obligándonos a que la hagamos mucho más lenta.

Por tres veces nos vemos obligados a cruzar el cauce hasta la otra ribera. En este lugar el río tiene una anchura de tres kilómetros. Una ligera brisa hincha las velas; esto, es bien comprensible, disminuye en mucho nuestra fatiga determinada por el constante remar. Varios grandes álamos, cruzan a lo largo de la costa y levantan a gran altura las lanzas de sus rectos troncos, en cuyos ramajes empiezan a verdeguear los primeros brotes. Casi todos estos árboles presentan una curiosa particularidad: las ramas de la cúspide, se doblan hasta formar una especie de arco. Probablementemente esto señala la fuerza y la dirección de los vientos más constantes.

Tras de nosotros, van quedando poblados y cementerios indígenas. Al acercarnos a cada poblado, los rusos anuncian el suceso, descargando algunas salvas con sus fusiles, de grueso calibre, los mismos de que se sirven para la caza de la ballena. A las dos de la tarde, establecemos nuestro campamento sobre un acantilado de la costa. Al llegar el crepúsculo se descarga una copiosa lluvia. La recibimos con verdadero júbilo, no por la lluvia en sí, sino porque ella nos aleja el martirio de los mosquitos.

La jornada del treinta la pasamos calafateando de nuevo la embarcación que ya empieza a dar señales de que no es impermeable, pues el agua la anega después de realizar algún trayecto. Los rusos hacen lo propio. En esta tarea, son los indígenas los que muestran una mayor habilidad, pues preparan la resina y la extienden en las junturas de las planchas de corteza.

El astillero de reparaciones en que ahora nos hemos establecido, es muy extenso, y en él, cada uno de nosotros, estimulado por el ejemplo, trabaja de firme, sin atender a la lluvia que está cayendo a torrentes.

El 31, hemos llegado a una aldea indígena de pescadores, llamada Sachertelutin.

Fué hasta este lugar donde llegára aquella célebre expedición de Zagoskin, en la cual se trazara la única carta conocida hasta ahora sobre estos territorios. Por mi cuenta, tomo las medidas para acumular todos los datos que puedan servir a los viajeros del futuro que lleguen a estas regiones, fijando la latitud y anotando todas aquellas noticias que puedan ser útiles a otros.

Si bien el Yukón, describe, hasta llegar al fuerte que lleva su nombre innumerables sinuosidades, puede decirse que, por lo general, sigue una dirección Nord-este. En muy pocos lugares se dirige rectamente al Norte o enfila decididamente hacia el Este.

El primero de junio nos sorprende frente a una gran laguna formada por el río.

Esta laguna tiene un ancho de dos leguas y tres de larga. En su centro se ven numerosas islas llenas de verdegueante vegetación. Sus orillas son, por lo general, muy escarpadas, lo que da a entender las dificultades con que se tropezará para llegar a ellas en las épocas en que el caudal del río decrece apreciablemente. En la orilla de algunas de estas islas las rocas se levantan a una altura aun mayor que la superficie general del terreno, presentando picos de las más caprichosas formas. El país presenta aquí caracteres de una belleza tan grande como salvaje.

En estas inmensas soledades se encuentra poca caza. En el espacio de tres días, sólo pudimos cazar tres ánades silvestres, encontrar algunos huevos de ave y cazar un castor. La carne de este animal no es muy apetitosa; tiene un sabor a musgo muy característico. La cola, sin embargo, representa uno de los más apetitosos platos que se puedan ofrecer a un cazador del Yukón.

La pobre gente de estos lugares no es, por cierto, tan escrupulosa, de modo que, cuando hay escasez de víveres, consume martas, lo mismo que halcones y hasta murciélagos. Y no es, precisamente, que estos alimentos sean de su predilección, es, simplemente que la necesidad se los impone.

"Hay que saber contentarse —dicen riendo— de cuervos y de cornejas, entretanto llegan alimentos más exquisitos".

Es doloroso ver cómo esta poco satisfactoria alimentación, constituye casi el exclusivo alimento diario de los ancianos de las tribus. Es muy triste cosa en estas regiones para los que ven encanecer su cabello y debilitarse sus fuerzas. Los nativos no maltratan a los viejos, no obligan tampoco a sus parientes ancianos a prestar servicio alguno, pero los abandonan a su propia debilidad, lo que casi equivale a una sentencia de muerte.

Este lugar del río que ahora hemos alcanzado, se caracteriza por una vegetación que alcanza insólito vigor. Los abetos negros crecen en mayor número que en otras zonas y casi todos ellos alcanzan grandes alturas. El río se halla en este lugar cubierto de enormes balsas, las cuales no son hechas por la mano del hombre, sino que se fueron formando por la caprichosa aglomeración de troncos de árboles y de pedazos de madera. La flotilla de balsas avanza con

gran rapidez por enmedio de la corriente; se desliza ligeramente por la superficie siguiendo una línea recta, y sigue, casi invariablemente, aquella parte de la corriente donde ésta lleva una fuerza y una velocidad mayores. Nosotros contemplamos su paso desde lejos y hacemos cálculos sobre la distancia a que pasarán de nuestra canoa. Unos momentos después la flotilla encuentra un remolino; en éste, gira unos momentos sobre sí misma, se hunde unos instante, vuelve a aparecer y de repente las armadías delanteras reanudan la marcha siguiendo en los primeros momentos una dirección bien diferente de la que traían.

Estas masas flotantes de madera, que representan el tributo anual de la selva al gran río, atentan a cada instante contra la estabilidad de las embarcaciones y han puesto en serios riesgos nuestras vidas en repetidas oportunidades. Para nuestra fortuna, Kuriler es un timonel admirable; ningún peligro turba su intrepidez. Su atención no se deja distraer jamás.

Al día siguiente, altas montañas perfilan hacia el Norte y el Nord-este sus relieves iluminados por la luz del amanecer.

Los nativos dan a esta cadena el nombre de Sukonkilla. Navegamos todavía por espacio de un legua al cabo de la cual encontramos otro afluente del Yukón, el Melozecargut. ("Cargut", en el dialecto yukón, quiere decir "riachuelo"). Este cauce parece estrecho y minúsculo comparado con el majestuoso Yukón, lo que no impide que para los ojos de un europeo, esta corriente de agua sea de proporciones bien respetables, dado que su modestia puede competir ventajosamente con muchos llamados grandes ríos del viejo mundo.

Por estas inmediaciones, encontramos un objeto que excita grandemente nuestra curiosidad. Son trozos de madera de árboles que no se encuentran en ningún lugar de la ribera que hemos venido recorriendo. Más adelante volveremos a encontrar estas demostraciones de flora que a buen seguro pertenece a los bosques de las vertientes del río y que en estas épocas son arrastradas a lo largo de todo el curso.

Ahora la temperatura se ha hecho sofocante. Ello nos obliga a suspender momentáneamente nuestro viaje. Necesitamos dormir, y desembarcamos dispuestos a intentarlo. Por la noche nos ponemos en marcha, pues aquel calor nos permite viajar con una comodidad que durante el día no sería posible. Al día siguiente establecemos el nuevo campamento, que se hallaba situado vecino al de los rusos y en las riberas del Newicargut, donde se ha establecido una de las estaciones y pequeños puertos más importantes de todo el curso.

El jefe de la tribu del lugar se presenta por la noche en nuestro campamento, para invitarnos gentilmente a que le hagamos una visita en su aldea, ofrecimiento que nos apresuramos a aceptar. Aprovechando una garganta muy angosta sobre la ribera Sudeste del Yukón, entramos en una especie de bahía que viene a corresponder a la desembocadura del Newicargut.

Un poco más allá se encuentra la aldea. La saludamos con una salva de revólveres, de carabinas y de fusiles, con gran regocijo y admiración de los habitantes, que, como todos los indios, se muestran apasionados por las detonaciones de armas de fuego, y que nos devuelven en igual forma el cumplimiento.

Nuestro "factotum", el impagable Kuriler, no cabe en la piel de puro contento, embriagado con el olor de la pólvora, dispara continuamente su arma, en forma tan exagerada, que amenaza con agotar las reservas de proyectiles que posee. Para hacerlo volver a la realidad de este peligro, le amenazamos humorísticamente con confiscarle la cartuchera.

Ciento cincuenta indios, vestidos y pintados con gran esmero, de acuerdo a los usos regionales, han llegado a este lugar para vender sus pieles. Casi todos ellos llevan la túnica de doble punta adornada con bordados hechos con perlas. Llevan colgando de su cintura bolsitas conteniendo pólvora, vainas de cuchillo, cinturones delicadamente bordados.

Viven bajo tiendas hechas con terliz de algodón que ellos mismos fabrican, o en cabañas formadas por armazones de madera que sostienen un techo de ramaje casi siempre verde en el tiempo en que es colocado en su lugar. A los lados, colocan pieles o cortezas de árboles, con lo cual forman la pared de su morada. En su interior, tienen constantemente encendido el fuego, para evitar que los mosquitos se les acerquen.

La temperatura en estos momentos es muy elevada, el termómetro señala 22 grados a la sombra.

Mientras los rusos están haciendo negociaciones con los indígenas por pieles de castor y de marta, Dall, les está adquiriendo una partida de carne seca y grasa y también otros artículos que los naturales ofrecen con mucha insistencia.

Hemos distribuído entre nosotros las diversas tareas que hay a realizar en un viaje como el que estamos llevando a cabo; ellos han tomado a su cargo la provisión de los víveres y yo dirijo a mis hombres, elijo los sitios donde levantar campamento, y dispongo todas las medidas que para tales casos es necesario tomar.

En esta ocasión hemos adquirido una canoa suplementaria y contratamos dos indígenas del lugar para cuidarla. Esta nueva embarcación va a servirnos como el ténder en la máquina del ferrocarril, o el esquife en las prácticas marineras: un pequeño depósito para nuestra expedición.

Habíamos tenido, antes de salir, buen cuidado de proveernos de una buena cantidad de baratijas de esas que tanto deslumbran a los indios y que tan bien las pagan y con ellas hacemos el trueque de los productos que necesitamos y obsequiamos generosamente al cacique de la tribu.

Este me pide mi toalla de uso particular y el jabón; yo me apresuro a obsequiárselo entendiendo que debo sacrificarlo. Después, sus miradas se dirigen a mi cepillo de dientes y quiere también poseerlo, pero no me queda más remedio que negarme a esta petición: este cepillo es el único de que puedo disponer por el momento.

No es solamente el jefe indígena el que se muestra admirado y ganoso de poseer este objeto, del cual, sin embargo, ignoran absolutamente el uso. En instantes en que yo había ido un momento hacia nuestra embarcación, un minero indígena, de los muchos que por allí pululan, aprovechó de mi ausencia para apoderarse del cepillo en cuestión y con la ingenuidad más soberbia de la tierra, se puso a limpiar con él un pedacito de cuarzo que había traído en la mano.

A mi regreso, viéndolo en esta extraña operación, le manifesté de manera inequívoca la poca gracia que me había hecho su intromisión en mis cosas.

—No lo tome usted a mal —me respondía—, si lo quiere, se lo devuelvo de inmediato para que lo use. . .

Me limité entonces a asegurarle que, después de su "trabajo", ya no podría volver a usarlo más. . .

Durante la noche del 4 de junio, asistíamos a una escena muy curiosa de medicina indígena. Un co-yukón de apellido Larrión, se había puesto en afanes de curar a un pariente suyo del mal del pecho. No menos de la mitad de la población del villorrio, se ha reunido en la plaza del mismo alrededor del enfermo. A la llegada del médico. o para decirlo mejor, del mago, los nativos se ponen a cantar en coro, con voz muy baja y triste que viene a ser una especie de invocación.

Entretanto, Larrión cumple un rito complicado, del cual no referiré más que lo esencial. Gracias a la potencia de sus sortilegios, el médico va a arrancar del cuerpo del enfermo, el espíritu maligno que lo tortura. Pero el demonio no quiere soltar así no más a su presa. El mago lucha con el invisible adversario y hace el ademán

de arrojarlo al fuego; vencido en este simulado combate, el enfermo se pone a correr de aquí para allá con gestos de desesperado terror. El pobre está poseído en estos momentos por el espíritu de las tinieblas; gesticula frenéticamente, lanza ahullidos, la boca se le llena de espuma, lo que no le impide continuar las palabras de un recitado, cuyas cadencias combinan con el coro que en esos momentos entona la multitud allí reunida.

Se diría que lo que estamos presenciando, es una escena de evocación de una obra de Shakespeare. Los reflejos vacilantes del fuego, los gigantescos abetos que, débilmente iluminados por las últimas luces del crepúsculo, parece que alargaran sobre nosotros, largos brazos, cargados de tétricas sombras, todo transporta nuestra imaginación de un modo extraño y fantástico.

Finalmente, la ceremonia, adquiere un carácter menos tétrico. Los cantos resuenan ruidosos, pero alegres. ¡El enfermo ha sido curado!

Por lo menos así parecen darlo a entender todas las manifestaciones que allí se realizan. El hace un momento poseído por los malos espíritus se retira ahora a su cabaña, sostenido por los brazos de sus hijos.

Estoy observando atentamente a los indios y me parece descubrir entre ellos, a más de un incrédulo. El gesto de la boca tan característico de este hombre que observo, en el cual se refleja una franca expresión de incredulidad, contrasta de una manera saliente con el férvido entusiasmo que se nota entre los demás espectadores. No hay lugar a dudas, hay algunos de estos indios que no dan mayor fe a los talentos médicos de Larrión, y asisten a la complicada ceremonia de la expulsión del mal espíritu como a una simple costumbre lugareña.

Los naturales de este país tienen en verano una expresión de fatiga muy pronunciada en el rostro, lo que se explica por su manera de vivir. Avidos de aprovechar los buenos días, se pasan el tiempo en fiestas y más fiestas. Estas diversiones son danzas y banquetes y diversiones de toda clase. Comen y beben fuera de la medida prudente, enrronquecen a fuerza de cantar desde la mañana a la noche, duermen solamente cuando el sueño los rinde, pero están muy lejos de dormir exageradamente en un tiempo en que casi puede decirse que la noche no existe.

Como estas diversiones son verdaderamente contagiosas, aun para los europeos que llegan hasta estos lugares, nosotros hubiéramos llegado a participar de esta costumbre de sustraernos al sueño, si el cansancio del viaje no nos hubiera obligado a dormir contra nuestro propósito.

Observo en este villorrio, el desarrollo de una industria sue parece común a los pueblos que se alinean en la ribera del Yukón: se trata de unas sillitas para niño que los indígenas fabrican con la corteza del abedul. Son una especie de blanda silla de brazos, que resultaría comodísima si no llevara por delante, un pedazo de madera mediante el cual se impide a las piernas de las criaturas, tomar una posición que pudiera deformarlas. El asiento del mueble se halla tapizado de musgo. Lo reducido y liviano de este mueble, permite a las mujeres de la tribu, cargar sus hijuelos a la espalda. Yo me he entretenido en hacer minuciosamente el diseño de esta sillita; lo dedico respetuosamente a las madres europeas y si algún valeroso fabricante quisiera introducir su uso en el viejo mundo, yo estoy dispuesto a cederle de buen grado todos mis derechos de importador, y no me reservo ni siquiera el privilegio del adorno que atraviesa la nariz de la criatura, la que, por lo demás, lleva una moda corriente entre las gentes de estas tribus.

Los co-yukón, pretenden dar más expresión a la fisonomía con estas garabatos; si tal es el parecer del lector, se le deja en plena libertad de acción para aprovecharse como mejor le acomode de esta información.

XI

ENCUENTRO CON UN DESERTOR. - PASION DE LOS INDIOS POR LA MUSICA BULLICIOSA. - REMOLQUE. - UNA LAGUNA. - PIRAMIDE DE LEÑA FLOTANTE. - NUCLUKAYETTE. - RECIBIMIENTO CARACTERISTICO. - NOS SEPARAMOS DE LOS RUSOS

El 5 de junio, salíamos rápidamente a las cuatro de la mañana y continuábamos nuestro viaje hasta que el calor del mediodía, nos obligó a detenernos.

Pocas personas estarían dispuestas a que en este lugar, en una latitud casi polar, estuviéramos soportando ahora una temperatura de veintiocho grados centígrados. Esta temperatura nos parecía aun más sofocante cuanto que sucedía casi sin transición a los rigurosos fríos invernales. De no aceptar la compañía de los rusos, ya desde bastantes días atrás hubiéramos decidido viajar solamente de noche;

pero nuestros compañeros moscovitas prefirieron la navegación durante el día, por razones que yo jamás llegué a entender del todo.

Habiéndose mostrado más benigno el día después de las primeras horas de la tarde, proseguimos nuestra marcha y muy pronto, con gran sorpresa de nuestra parte, descubrimos sobre la ribera una gran fogata.

Es bien raro que los indios enciendan fuegos de tal magnitud. Ellos prefieren, aun en invierno, ponerse a tiritar de frío junto a cualquier ramaje encendido que da llama sin procurar calor alguno. La llama oscilante que nos atraía ahora señalaba, no cabía la menor duda, la presencia de un hombre blanco en ese lugar.

Sin vacilar un segundo, desembarcamos.

Se trataba de un hombre blanco, efectivamente; pero no era un explorador como creyéramos en el primer momento, sino un desertor de la campiña de la bahía de Hudson. Seguía el curso de la corriente, en compañía de un indígena, cuando su canoa se dió vuelta. Dentro de la embarcación, el hombre llevaba cuanto poseía. Se comprenderá el dolor que experimentaría al ver hundirse en las aguas todo su capital y hasta su flamante carabina. Aquellos dos hombres se vieron obligados a ganar a nado la costa y a ascender por sus escarpadas laderas con grandes dificultades.

Los encontramos en momentos en que hacían secar su ropa junto al fuego, sin parecer darse cuenta exacta de la gravedad de su situación.

Apenas nos enteramos de las circunstancias por las que se encontraban en ese sitio, les expresamos nuestra buena voluntad, primero con unas palabras de aliento y después con el obsequio de algunos alimentos que bien necesitaban. El hombre europeo, de un rostro muy moreno por su permanencia en las regiones polares, no difería mucho en lo que al color de la piel se refiere, con su compañero de aventura y de desventura. Ambos devoran los alimentos que les ofrecemos y declaran que hacía muchos años que no comían algo más exquisito. Iván, que ha levantado su campamento cerca de aquel lugar, les ofrece una manta.

Por nuestra parte, tratamos de persuadir a los hombres de que se vengan con nosotros al fuerte Yukón y ellos hubieran aceptado nuestra proposición que les seducía, pero temían que se les castigara por su fuga.

Este pobre hombre, mantuvo un altercado con el comandante del fuerte y aun cuando ningún peligro inminente lo amenazara, tomó el partido de huir. Y así, desde hacía varios años, llevaba una vida azarosa, corriendo de aquí para allá sin encontrar sosiego. Aun-

que se hallaba en edad relativamente joven, hacía muchos años que trabajaba en la compañía inglesa, a la que ingresara cuando era casi una criatura.

Habiendo recorrido en su vida errante toda la América del Norte, desde la bahía de Hudson hasta el estrecho de Behering, había por fuerza encontrado también el famoso pasaje del Noroeste, tanto tiempo buscado. Pero, fuera por lo que fuera, él no se inquietaba por nada de esto; ni sensibilidad artística ni curiosidad científica lo impulsaban; el cuidado de su persona constituía su única preocupación.

El 6 de junio, después de haber dado el adiós al fugitivo, proseguimos nuestra ruta a eso del mediodía y continuamos remontando el río hasta el día siguiente a las cuatro.

El día no está ahora seguido por los tinieblas; la noche no puede llamarse verdadera noche. Ocupa el lugar de ésta un pálido crepúsculo y los últimos rayos del sol doran todavía el horizonte hacia poniente, cuando la aurora aparece radiante por el lado opuesto.

Los indios vogan vigorosamente —porque son indios— y nosotros, porque somos europeos, nos esforzamos en estimular su buen humor. Sabiendo cuán amantes son estos indios de la música, les enseñamos una buena cantidad de árias europeas. No se asombren los exploradores del futuro si algún día oyen resonar en las soledades de esta región, algunas de nuestras más conocidas canzonetas nacionales.

Los indios poseen fibra musical y aprenden rápidamente los motivos que oyen por complicados que sean. Dos trozos, sobre todo, del canto de guerra americano y del himno "Excelsior", les inspiraron una gran admiración. El ritmo cadencioso de esta última composición, se adapta a todos los dialectos y conviene a todas las razas y países.

El nivel del río ha descendido unos pocos pies y el remolque se hace ahora posible. Mientras disponemos las cuerdas, los indios descienden a la ribera. Unos van descalzos, los otros llevan el calzado de verano que estilan y cuya impermeabilidad logran mediante una capa de corcho.

El trabajo que se les ha encomendado, está muy lejos de ser agradable.

La alta ribera, presenta algunos planos pantanosos en los que los nativos hunden los pies hasta las rodillas. Aquí y allí, troncos de árboles arrojados a la orilla por la corriente, les dificultan el paso. nuestros hombres tienen por fuerza, que salvar estos obstáculos. Entre tanto, el cable les magulla la espalda y la impetuosidad de

la corriente, que actúa en sentido contrario, les impone los más penosos esfuerzos.

También el timonel tiene una tarea seria a llevar a cabo, puesto que no es tan fácil como parece impedir a la canoa tocar tierra con su quilla.

Poco después, llegamos a una nueva laguna formada por el río; está situada hacia el Norte, y su extensión debe ser de unas ocho leguas. Su borde oriental se halla formado por altas y escarpadas rocas. Varias islas, algunas de las cuales son de respetables dimensiones, van apareciendo sucesivamente, a medida que reconocemos este gigantesco receptáculo de agua.

Una de estas islas es tan larga, que Dall llega a creer que hemos dejado el curso del Yukón y estamos siguiendo el curso de alguno de sus afluentes. A toda costa quiere que volvamos atrás.

Finalmente llegamos al término de aquella interminable costa y el río despliega de nuevo, a nuestros ojos, su majestuosa extensión. La isla que acabamos de pasar, tenía una longitud de cinco leguas.

El 7, íbamos siguiendo una ribera pantanosa y baja, la que no produce otra cosa que mosquitos. . . El 8, llegamos a la desembocadura de un gran río que viene del Oeste a arrojarse tumultuosamente en la corriente del Yukón y al cual los indios han dado el nombre de Towchecargut.

Una larga pirámide de leña cortada, acumulada allí por los siglos, surge ante nosotros, llegando a una altura de cincuenta pies. Su situación es, exactamente, el ángulo que forman ambos ríos al encontrarse.

Encendemos fuego para tomar la consabida taza de te; después, proseguimos la marcha. Un buen viento del Noroeste empuja nuestra barca, en tanto que la anchura del río continúa siendo notable y como en el trecho anterior, salpicado de islas. Por la tarde vemos lucir a lo lejos el agua del Tanana; allí donde esta corriente se arroja al Yukón, surge, sobre una lengua de tierra el villorrio de Noclukayette, principal centro comercial del país.

Pasamos rápidamente ante esta población, porque la corriente en este lugar es tan rápida, que no nos permite detenernos; a una distancia como de media legua, cruzamos el río en compañía de los rusos y de la flotilla de canoas indígenas; luego, no tenemos más que dejarnos llevar por la corriente algún trecho, para hallarnos en punto de desembarco frente a Nuclukayette.

Iván da la consabida señal de desembarco y, pocos segundos después, comenzamos a hacer una magnífica sucesión de salvas, con

todas las armas que tenemos a mano y que vamos descargando sucesivamente.

Esta aldea, situada a ochenta leguas de Nulato, es el punto más lejano a que se han atrevido a llegar los comerciantes rusos. Dos o tres años ha, los empleados de la compañía Hudson, descendiendo el río, se encontraron en Nuclukayette con los primeros comerciantes moscovitas. En esta especie de feria anual, se pueden ver reunidos indios de todas las tribus: co-yukones, newicargutes, tananas y hasta kotch-a-kutchin del fuerte Yukón; todos los cuales suelen pasar de seiscientas almas.

Entre los indios tananas, es frecuente encontrar el más puro tipo de piel roja. Todos ellos llevan el rostro pintado de colores vivos; su larga cabellera está siempre adornada con plumas; fijadas en la parte posterior de la cabeza, mediante una masa de arcilla, llevan una pequeña garza; sus cortas vestiduras de cuero y sus pantalones, los fabrican con cuero de reno; estos últimos van invariablemente adornados con anchas franjas vistosas entre las que gustan colocar hileras de perlas. Llevan a la cintura una pequeña vasija muy cuidadosamente adornada en las que guardan pólvora para sus armas.

El altivo continente de estos indígenas, recuerda el indio clásico de la América del Norte, del cual había leído muchas descripciones, pero de los que también, hasta el presente, no había tenido la suerte de ver alguno.

Antes de entrar en la aldea, es preciso someterse a una especie de prueba masónica. Los nativos quieren asegurarse de que nosotros poseemos "corazón esforzado".

Se precipitan sobre nosotros lanzando furiosos gritos, agitando sus armas y haciendo todas aquellas manifestaciones exteriores del preludio de un encuentro. Ya junto a nosotros, lanzan por el aire sus propias armas. Nosotros respondemos a aquella ceremonia en la misma forma. Terminado esto, el viejo cacique que habíamos conocido en Nulato, se nos acerca para darnos la bienvenida.

Este nativo se mostró especialmente hospitalario con Ketchum y Labargue, cuando hace dos meses llegaron hasta su aldea; es por ello que los citados compañeros le remitían por nuestro intermedio, una carta en la que nos rogaban hacer entrega al jefe indio de algunos obsequios, entre los cuales se encontraba un paquete de pólvora.

En estos momentos, la población a la que hemos llegado, se halla completamente desprovista de víveres, pero nuestros indios, aunque tienen el estómago vacío, no hacen otra cosa que cantar y bailar con un espíritu admirable; bien saben ellos, por lo demás, que bien

pronto podrán compensar sus actuales penurias con la caza del alce, que en estos días se acerca.

Esperábamos encontrar aquí un mestizo llamado Antonio Houle, que en el fuerte de Yukón desempeñaba el oficio de intérprete. Desgraciadamente este hombre, que debía ser para nuestras relaciones con los indígenas un elemento tan valioso, ha terminado sus tareas comerciales y ha dejado la población hace algunos días.

Apenas llegados, enviamos tras él un indio, al que encomendamos no el pedirle que regresara, sino que tuviera a bien esperarnos para hacer el camino en su compañía. El enviado no tarda en regresar. Nos dice que no pudo alcanzar al mulato, por haberse éste alejado rápidamente del lugar en que últimamente se encontraba. La verdad parece ser otra bien distinta. El emisario se había salido del camino —donde, al seguirlo, hubiera dado con el intérprete— para cazar dos alces.

Hoy vamos a separarnos de nuestros amigos rusos. Antes de hacerlo, les agradecemos sus buenos oficios en todo cuanto se relacionara con las oportunidades que tuvieron de prestarnos su apoyo y, a las tres de la tarde, tomamos nuestra embarcación para proseguir viaje.

Uno de los remeros indígenas que habíamos traído, ha rehusado de proseguir la marcha en nuestra embarcación; lo reemplazamos con un indígena de esta localidad, vigoroso muchacho de expresión abierta e inteligente, el cual, nos aseguran, conoce perfectamente la navegación por el río.

Varias canoas nos acompañan; todas ellas llevan una vasija muy grande de madera llena de cenizas, de entre las cuales surge una ligera columna de humo. Es un recuerdo de los naturales para alejar a los mosquitos que tanto comienzan a importunar en esta época. También tiene este fuego otra aplicación valiosa: al llegar al lugar donde será establecido el campamento, no hay necesidad de encender fuego: éste se lleva en la canoa.

Entre los indígenas que nos escoltan, se encuentran cinco o seis tananas. Sus caras en estos momentos, me es doloroso decirlo, inspiran compasión. Se han despojado de las grandes plumas que forman su orgulloso penacho. La humedad ha transformado en fango la arcilla en la que empastaban su plumero. Plumas y cabellos forman una sola informe y repugnante masa. La primera vez que vi a un indio en semejante estado, llegué a suponer que se hallaba atacado de una enfermedad repugnante. Le dí un pedazo de jabón, recomendándole no acercarse a nosotros hasta que se hubiera lavado cuidadosamente.

Inmediatamente después de pasar Nuclukayette, el Yukon disminuye de anchura. Boscosas colinas y rocas escarpadas estrechan su lecho.

No viajando en compañía de los rusos, y pudiendo regular el camino a nuestro placer, determinamos viajar únicamente de noche, o para decirlo mejor, durante el crepúsculo que la reemplaza. Dos hombres gobiernan la canoa de corteza: Las barcas de abedul son muy fáciles de manejar, es por eso que vamos a preferir esta a la otra, por lo menos, en tanto que dure la estación primaveral. En cambio, cuando el río no está enteramente libre de bancos de hielo, son muy frágiles y se destruyen al primer choque.

Los perros que nos acompañan, hacen la mayor parte del trayecto por tierra y no es para ellos poca fatiga el de girar, bajar y ascender por los vericuetos que forman los caminos que siguen la costa rocosa. Cuando pasamos de una a la otra ribera, ellos hacen la travesía del cauce a nado y a veces nos siguen por él durante mucho tiempo, nadando contra la vigorosa corriente.

La condición de estos animales que nos acompañan, es ahora mucho mejor que lo era en el fuerte, donde, en lo que respecta a alimentos, se les dejaba abandonados a lo que pudieran conseguir por sí mismos.

Aquí, en cambio, nosotros cuidamos mucho de su alimentación. Ellos nos son en estos momentos de una grande utilidad, por cuanto constantemente recorren el bosque y nos traen a cada instante noticias de buena caza.

Esta tarde sacaron de su cueva a un alce y no abandonaron su persecución hasta que la llegada de los indígenas completó su obra.

En la mañana del 10 de junio, descubrimos que nuestra barca tiene un rumbo por el cual el agua penetra. Lo ha producido una de esas agudas piedras que, bajo las aguas, en sitios profundos, atentan constantemente contra la integridad de las embarcaciones.

Afortunadamente las mujeres de nuestros indios, que les siguen en su excursión, se hallan siempre dispuestas a emprender esta clase de reparación, mediante el pequeño salario de un espejo o unas pocas monedas. Agregamos a esta paga, una taza de te, a lo que agregamos trozos de bizcocho, que sirven para engañar el apetito y hacer olvidar un poco la flojedad con que está preparada la infusión.

XII

CORRIENTES. - EL BALUARTE DEL RIO. - CAZA DEL ALCE. EL FUERTE YUKON.

En los días 10 y 11 de junio nuestra navegación se realizaba casi exclusivamente a remolque. Por la tarde llegamos al lugar donde la corriente es muy poderosa. Los rusos nos habían hecho inspirar algún temor respecto a las dificultades que se nos presentarían al llegar a este punto. Es preciso decir que estos informes nos parecieron exagerados. El río es en estos lugares relativamente estrecho y la altura del agua bastante pronunciada. Una larga isla rocosa, en estos días reaparecida después de la bajante, obstruye el paso en el cual la corriente es potentísima. Los hombres del cable han descendido a las rocas ribereñas hacia el lado de occidente. De cuando en cuando debemos tomarlos a bordo para transportarlos a un sitio donde la operación de arrastrar la barca se hace más fácil. En estas circunstancias, todos remamos con extremado fervor.

Un narrador menos amante de la verdad, podría, llegado a este punto, trazar un relato conmovedor sobre la lucha en que estamos empeñados contra la corriente bravía, pero mi honradez me obliga a dejar sentado, que atravesamos todos estos obstáculos sin grandes riesgos ni dificultades graves. De un mes a esta parte, el río ha bajado en su nivel, no menos de doce pies.

Las alturas que estrechan las riberas del río, son llamadas baluarte en el fuerte Yukon, en razón de la forma que toman las rocas en ese punto.

Los indios entregan a Dall un diente fósil de enormes dimensiones. No cabe la menor duda de que aquí se podrían hacer grandes descubrimientos en el campo de la Paleontología.

Un riachuelo denominado Klakinikot, desemboca en el Yukon, cerca de seis millas más abajo.

Desembarcamos a las cuatro de la mañana sobre la orilla, y encontramos entre los boscajes circunvecinos, frutos de grosella y uva espina. Ya en días anteriores, aunque a la distancia, habíamos tenido oportunidad de ver, al pasar, árboles de esta clase cargados de frutos de los cuales los indios recogen grandes cantidades. En cuanto a su gusto, es preciso convenir en que no se diferencia gran cosa del de

las especies cultivadas. De cuando en cuando, a su turno, rosales silvestres nos alegran la vista con sus corolas rojas.

A las cuatro de la mañana del siguiente día, entramos en una garganta menos angosta que la cruzada en los días precedentes. Por la noche, habiendo descubierto que la embarcación ha sufrido otra avería, la llevamos a la costa para repararla.

En esta parte del río, la caza es abundante, pero los mosquitos infectan el bosque y los alces mismos no pueden soportar la persecución a que los someten los terribles insectos. Para sustraerse a los asaltos de sus obstinados enemigos, los alces se lanzan a la corriente donde se bañan y a veces cruzan a nado el cauce hasta llegar a las islas.

La región en que ahora estamos, es la predilecta de los cazadores indígenas. En ningún lugar del curso del río se encuentran tantos alces. Estos animales aparecen muy raramente en la zona de Nuclukayette y jamás se les ve descender hasta Nulato. En cambio, deben hallarse en gran número en la ribera de todos los afluentes del Yukon, y más particularmente a lo largo de la costa del Newicargut.

Gracias a esta circunstancia es que nuestros indios han hecho ahora una espléndida provisión de carne del citado animal. Cuentan los indios que, durante el invierno los naturales, calzando sus botas de estación para sustraerse a los efectos de la nieve, se lanzan en persecución de estos animales, los que se fatigan con mucha facilidad, no tardando en dejarse alcanzar por los expertos cazadores que conocen sus costumbres.

La carne del alce es excelente y mucho más delicada que la del gamo y aun que la del reno. Su carne, preparada en fritura, constituye un plato exquisito.

Para hacer economía de pólvora, de la que suelen andar casi siempre escasos, los indios de la región proceden del modo siguiente en sus cacerías: Cuando descubren un alce en el río, se le acercan con su piragua de corteza y le impiden regresar a la costa. El animal huye por las aguas pero su marcha jamás se puede igualar a la que los nativos imprimen a sus ligeras embarcaciones y, cuando el hombre tiene cerca a la presa, le clava el cuchillo —que ya lleva preparado— en partes vitales del cuerpo, y cuando puede, en el corazón, que el indio sabe ubicar sabiamente. Un alce pesa setecientas y pico de libras y se ha dado el caso de que algunos de ellos, llegaran a pesar hasta mil doscientas.

Mientras seguimos el curso a lo largo del "baluarte", el remolque se hace constantemente desde la ribera. El 11 salimos de la garganta. El río aquí se extiende en sus orillas formando lagunas y bañados,

entre las cuales surgen numerosas islas. Los altos ribazos, carcomidos en su base por la corriente, sobresalen pronunciadamente sobre el cauce.

En la mañana del 20 tenemos un encuentro ingrato: el de un formidable huracán. El viento sopla con furia y la lluvia nos penetra hasta los tuétanos. Luchamos en los primeros momentos gallardamente, pero al cabo, extenuados, nos vemos obligados a ceder ante la violencia de los elementos desencadenados.

Un buen fuego, encendido en un lugar abrigado de la costa, nos compensa unos momentos después de nuestro infortunio. Nos secamos las ropas al calor de las brasas y cómodamente tendidos bajo la tienda, hacemos un poco de filosofía.

Estamos en los días más largos del año. El sol, se ausenta únicamente a la una y minutos del horizonte y esto, por pocos minutos. Su radiante disco se muestra por levante un poco antes de la medionoche; de este modo, lo perdemos de vista solamente por el espacio de tres cuartos de hora, tan próximos nos hallamos al círculo polar.

A las siete de la mañana, encontramos una brigada de indígenas en el alto Yukon acampada sobre las orillas del cauce. Se trata de una familia de la tribu de los kotch-akutchin, que se halla ocupada en secar los peces de su abundante pesca. El cacique nos ofrece un cuarto de alce; amable distinción, a la que respondemos obsequiándole con cualquier bagatela.

El 23 de junio, a medio día, pasamos frente al río Porkujine, que desde el Norte, viene a entregar al Yukon el tributo de sus aguas. Después de media hora de remar enérgicamente, nos hallamos a la vista del fuerte.

El aspecto de la fortaleza no tiene nada de grandioso, sin embargo, jamás un panorama, por soberbio que fuera, pudo ser saludado con un entusiasmo mayor que el nuestro en aquel instante.

Una gran multitud de indígenas se halla acampada fuera del recinto que señala el fuerte propiamente dicho. Nos lanzamos corriendo a tierra, donde empezamos a dar apretones de mano a diestra y siniestra. No pasan muchos momentos y quedamos cómodamente instalados en una amplia habitación del fuerte.

Habíamos empleado un mes en recorrer doscientas leguas y solo nos habíamos proporcionado dos días de reposo.

Nada fué omitido para hacer agradable nuestra permanencia en el fuerte Yukon. Durante las dos semanas que permanecimos en este lugar nos fué dado valorar cuan dura debe ser la vida que se ven obligados a soportar año tras año, los colonizadores europeos que han logrado aclimatarse aquí.

Alce hervido en el almuerzo; alce hervido para la cena; alce hervido a cualquier hora que haya necesidad de comer y se pida algún alimento, tal el régimen alimenticio. Tan lejano se halla este fuerte de los centros de producción de víveres de cierto refinamiento, que bien puede asegurarse que lo que aquí llega, que no sea la inevitable carne local, es por una mera excepción.

El fuerte en que nos hallamos fué construído en el año 1847, pero el edificio, solamente se levantó en 1864, terminándose tres años después. Está situado en el 66°, en un territorio que forma parte de Alaska.

Frente a la fortaleza, el río se divide en cinco canales, separados por islas, que impiden ver la orilla de uno a otro lado. Las aguas del río están aquí cubiertas de barcas y diariamente llegan al lugar centenares de indígenas, lo que significa que desde la noche a la mañana tenemos salvas de fusilería, pues no se concibe ninguna llegada al fuerte, sin rendir este tributo de pólvora. . .

Todo indio que se presente al fuerte, recibe, a título gratuito, una pequeña cantidad de tabaco, y si lo solicita, una ración de carne de alce.

El traje de invierno de los nativos, consiste en una larga túnica de piel de alce, con el pelo vuelto al revés.

Diversas tribus han enviado durante estos días sus representantes a las autoridades del fuerte, entre estos, los kotch-akutchin, los An-Kutchin, y los Tatanchok-kutchin; estos proceden de un país bastante lejano del alto Yukon.

El comercio que realizan los individuos de esta tribu entre si es muy original por la moneda que usan, si es que de este modo puede llamarse a unas conchillas "hya-que" o "hy-que" (dentalium entalis) con las que compran las mercaderías que necesitan y especialmente pieles. He podido ver algunos indígenas ricos del Yukon, meterse entre las orlas de sus ropas una cantidad considerable de esta "moneda", con la que fácilmente se podrían adquirir cientos de pieles de marta.

Cualquier cacique, o sin serlo, cualquier indígena rico, posee, según se dice, montones de perlas, de las que, sin embargo no hacen uso alguno, contentándose con tenerlas bajo tierra por un extraño sentido de avaricia que es muy difícil hallarle explicación.

La facilidad de las comunicaciones fluviales, permite a los indios de toda esta inmensa región mantener activas y constantes relaciones, y algunas tribus que se caracterizan por su amor al comercio y a las expediciones, algunas de las cuales llegan hasta los dominios de los esquimales.

El trineo que se encuentra en uso en el fuerte Yukon, así como en las otras poblaciones de la costa del río, se compone de una tabla larga de doce o quince pies, levantada hacia uno de los extremos en forma de proa. Mediante correas tensas, se logra que la madera mantenga su forma indefinidamente, al tiempo que un juego de gruesas cuerdas cruzadas, mantiene fijo el equipaje o la carga que se ha de transportar. Este trineo es muy cómodo, sobre todo cuando se viaja sobre una nieve que no se ha endurecido demasiado.

Habiendo terminado las reparaciones de nuestro barquichuelo, dejamos el fuerte Yukon el día 8 de julio para regresar a Nulato. Nos habíamos procurado dos canoas de corteza en las cuales transportaríamos una parte de los bagajes, como la mejor forma de aligerar la embarcación principal. Teníamos resuelto viajar día y noche.

No pocos esfuerzos debíamos hacer para guiar la canoa, que la corriente arrastraba con una velocidad de treinta y cinco leguas por día. En los altos, levantábamos una tienda común en la ribera, donde pasábamos el tiempo fumando, haciendo castillos en el aire y soñando según las predilecciones románticas de cada cual. Nuestras comidas se hacían, por lo general, a bordo, y eran bastante frugales; solo para cocer el pescado o tomar el te, nos dirigíamos hacia la orilla; pero estos descansos eran siempre muy breves.

Prescindiendo de la velocidad de la marcha, que por lo demás no nos exigía esfuerzo alguno, nuestro viaje parecía una excursión de placer. En tales momentos, no podíamos menos que recordar la fatiga que habíamos experimentado al remontar la corriente y lo que ese esfuerzo representaba.

El día 10 llegamos a Nuclukayette, pero solo en la mañana siguiente pudimos verlo. Estaba desierto. Habiendo los indios vendido sus productos, lo habían abandonado.

El 13 llegábamos a Nulato, no habiendo empleado más de seis días para recorrer aquella misma distancia —doscientas leguas— que remontando el río nos exigiera veintisiete.

El 15, ya sin motivos para una nueva estancia aquí, proseguimos nuestro viaje sin detenernos esta vez en las riberas, encontrándonos al día siguiente en Cothog, el mismo sitio desde el cual, viajando en trineo, viéramos por vez primera el Yukon.

Descendiendo así el curso en navegación vertiginosa y estación por estación, llegamos al fuerte Andreavski, donde desembarcamos en la mañana del 22. Por toda guarnición, tiene dos hombres, un blanco y un indígena.

El indio consiente en servirnos de guía hasta la desembocadura del Aphun, o brazo septentrional del Yukon, que desemboca en el

mar de Behring, siguiendo la dirección Norte-Noroeste. Los otros brazos se dirigen hacia el Oeste y el Suroeste.

A la mañana siguiente, a las nueve, tenemos ocasión de ver como aquel magestuoso curso de agua se ramifica en diversos brazos, de los cuales resulta imposible contar el número; lo único que podemos decir es que cinco de ellos son los principales y que el delta del Yukon ocupa sobre la costa una extensión de cerca de veinte leguas.

El Aphun se distingue de los otros brazos por los hermosos sauces y otros grandes árboles que crecen en sus riberas, por las que se desliza un caudal no muy profundo por lo tanto dificultoso para la navegación.

Después de visitar este río en el punto en que entrega al mar el inmenso caudal de sus aguas, no sin antes regar generosamente un inmensa territorio que le debe gran parte de sus incalculables riquezas, nos dirigimos a Plower Bay, donde nos embarcamos para San Francisco el 8 de septiembre en el vapor Nightingale, llevando la mente poblada de las más diversas e imponentes imágenes y el alma de las más profundas sensaciones. Las hizo todavía más gratas una travesía feliz hasta la capital californiana, donde llegamos después de veinte y dos días de navegación.

FIN.

